

FRAY MOCHO



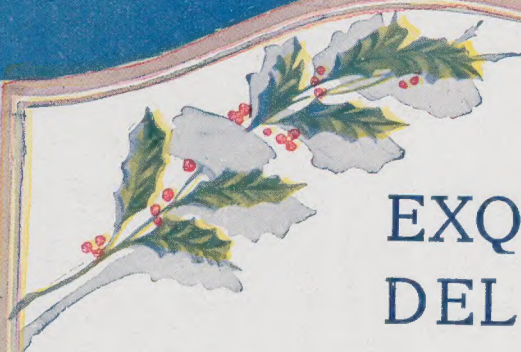
"La del lunar"

Por César Peluffo

N.º 783

26.4.1927.

D. M. 222-6



EXQUISITA,
DELICADA,

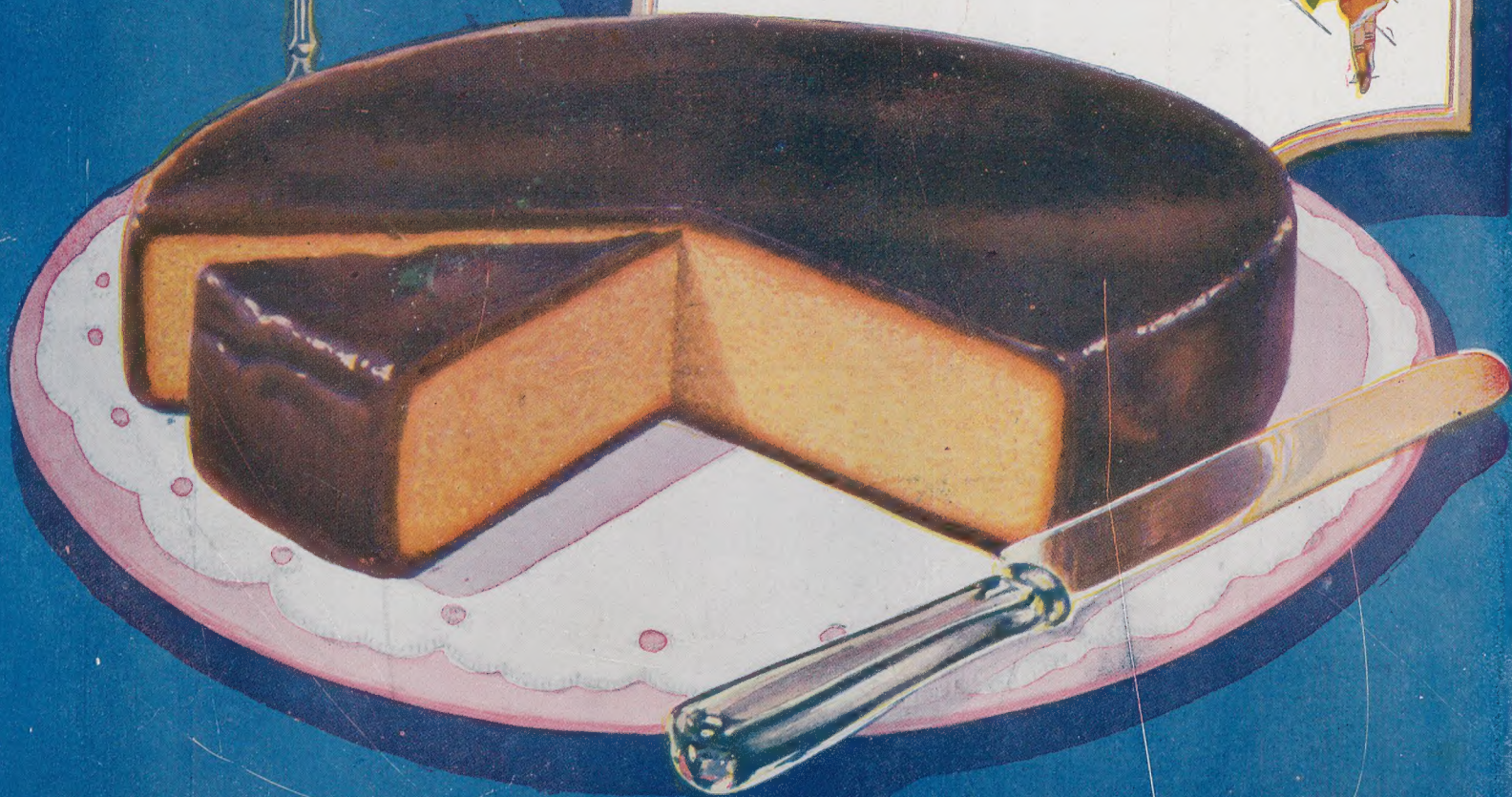
con el sello inconfundible de los
productos de alta calidad, la

Torta Paradiso

se impone siempre en todas las mesas,
como el postre más delicioso y apeteci-
ble que pueda ofrecerse a las personas de
gustos exigentes o de refinado paladar.

Terrabusi Hnos. & Cia.

ESTABLECIMIENTO MODELO
San José 1060 — Buenos Aires



TORTA PARADISO

Reina de la mesa



FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912.

Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI

Buenos Aires, 26 de abril de 1927

N.º 783

Vida que pasa, por Rojas



—Ya tenemos un nuevo campeón de box: Campolo. Le llaman "El carnicero de Quilmes". De un puñetazo le hizo doblar las piernas a Spalla.
—¿Carnicero y hacer doblar las piernas? No me lo explico yo, que no como carne y me caigo de debilidad.

—¿Qué sintió usted, señor ministro, cuando lo despidió el aeroplano y se encontró suspendido en el aire por el paracaídas?
—Pues sentí... sentí haber subido.

—En Shangai, un general hizo matar a un maestro de la Universidad.
—En eso estamos más adelantados que en Shangai. Aquí los maestros se mueren solos, pero de hambre.

—Para usted, señora, ha sido una suerte no estar en Mendoza cuando el terremoto.

—¿Por qué?

—Porque he leído que a casi todas las casas se les cayó la cornisa y, excuso decirle, si se le cae a usted la suya, se acaba de hundir la provincia.

—¿Qué tal lo trata el reuma con el cambio de estación, don Nicolás?

—Mal. Los médicos me recetan yoduro de sodio, yoduro de hierro, yoduro de potasio, yoduro de calcio...

—¿Y?

—Que yo duro muy poco.

LA VISITA

Por Camilo Maclair

La señora de Stnay estaba leyendo en su saloncito, amueblado con sencillo buen gusto, cuando el sirviente anunció que una dama deseaba hablar con ella.

—Que pase — ordenó.

Abrióse la puerta y una joven vestida de negro se adelantó con timidez. La señora de Stnay la observó con instintiva simpatía; era bonita, muy pálida con una expresión dolorosa y tímida en el semblante.

—Síntese, señora... ¿A qué debo el honor de...

—Mi nombre no podrá decirle gran cosa, señora — interrumpió dulcemente la joven. — La ruego ante todo, me disculpe la molestia que pueda causarla el que yo... No tengo tarjetas... ¡Perdóneme!

La señora de Stnay creyendo que se trataba de alguna petición de dinero agregó con benevolencia.

—¿En qué puedo serla útil?

—La diré, señora. ¿Usted es quien ha comprado recientemente en la calle de Chateaudun, en la venta de muebles de Milon, un pequeño escritorio de palo de rosa, estilo Luis XV?

—Sí, — contestó la señora de Stnay.

La desconocida respiró con fuerza y continuó.

—Ah! más vale así!... Señora, ese escritorio fué mío. Lo vendí hace apenas un mes con otros muebles a consecuencia de la situación que me creó una gran desgracia... y me acordé, demasiado tarde que había dejado en él las cartas...

—No sé de que cartas me habla usted, señora. Cuando hice esa compra los cajones del mueble estaban vacíos.

—¡Vacíos! Entonces ya no me queda ninguna esperanza. Tuve una alegría prematura. Esas cartas eran todo lo que me quedaban de...

—¿De su marido?

—No la quiero engañar, señora. Parece usted muy buena, muy generosa, está de luto, como yo... Me comprenderá... No era mi marido sino... mi amigo... Pensad que no sabrá su nombre... ¿Para qué? — me respondía cuando yo le interrogaba al respecto... y era cierto.

Esas cartas constituían mi tesoro. El me las escribió cuando nos conocimos, cuando yo todavía era pura... Es tan precioso — cuando no se tiene el derecho de poseer nada, ni aún el de confesar una

pena, — tan precioso — repito, — un objeto, una carta... Le llo-
ra menos entonces... Pero yo no sé como tengo la audacia de con-
tarla todo esto, señora: és su bon-

los cajones estaban vacíos, yo mis-
ma pude cerciorarme de ello cuando
hice embalar el escritorio para en-
viarlo a una quinta cerca de Blois,
a donde pienso retirarme... por-

EL LÁTIGO DEL POSTILLÓN

En un coche ligero,
Cual siempre ansioso de encontrar la calma,
Las bellas flores que el abril envía,
Y el placer verdadero
Que hallarse suele con la paz del alma,
A mi campestre soledad corría.
El tiro a lentos pasos,
Adormido marchaba y perezoso,
Burlando mi impaciencia,
Y al parecer, no obstante, vigoroso,
Y con bríos no escasos
Para mostrar más viva diligencia.

El zagal por mis voces excitado,
Excitaba a su vez con juramentos
Al indolente y singular ganado:
Pero vana esperanza, enojo inútil.
Impasible a los gritos y amenaza
Y al lenguaje expresivo,
Seguía en sus intentos
Con igual lentitud e igual cachaza:
De tal pereza, pues, ¿cuál el motivo?

Aquel torpe zagal, perdido hubo
Su látigo, y sin él todo era vano;
Mas lo encuentra por fin. Cuando en su mano
Triunfadora lo tuvo,
Lo eleva en el instante,
Sin herir en el lomo a los corceles
Lo vibra sibilante.
Y, ¡oh prodigio!, despiértalos de súbito.
Sus orejas levantan, se reaniman:
Rauda galope con ardor emprenden
Por la senda en que así los encaminan;
Sus largas crines a los aires tienden,
Y envuelto en sofocante polvareda,
Devorando el espacio, el coche rueda.

—Ahora, pues, a vosotros, conductores
De los Estados, del poder señores,
Esta fábula os dé justa enseñanza.
La violencia detesto: no podría
Otorgarla jamás una alabanza;
A los déspotas nunca he defendido;
Odio me causa con su faz siniestra
La dura tiranía;
Pero haced que el chasquido
Del látigo se escuche en vuestra diestra.

VIENNET.

—¿Pero tiene alguna el escrito-
rio?

—¡Sí señora! — respondió la
joven — A la derecha, se aprieta
un resorte disimulado... ¿No lo
sabía usted?

—Nó — manifestó la señora
Stnay. — Y al adquirirlo tam-
poco me advirtieron nada... ¿De mo-
do, que es allí?...

—La suplico que tenga la bon-
dad señora...

—Déjeme su dirección y la es-
cribiré... A mi llegada a Blois
tendré el placer de enviarla las car-
tas de su amigo.

La desconocida escribió febril-
mente sobre una hoja de papel al-
gunas líneas y se dirigió hacia
la puerta murmurando frases de
agradecimiento. La señora de Stnay
vió su pobre semblante transfigu-
rarse por el gozo y la estrechó la
mano.

Cuando quedó sola pensó y lloró.

Era una mujer grave que sabía
de cuanta amargura se compone
una serenidad.

Su matrimonio de conveniencia
con un hombre cortés y frío ha-
bía dejado morir su alma sin amor.
Era viuda, sin hijos, y su vida
no tenía más objeto que hacer la
caridad.

Lloró por aquella extraña y por
ella misma.

Dos días después llegaba a su
quinta de Blois y su primer cui-
dado fué buscar el secreto del es-
critorio. Lo halló y también el pa-
quete de cartas. Su mirada cayó
sobre la primera de ellas.

Era la letra de su marido.

La señora de Stnay veló hasta
muy tarde aquella noche. Al ama-
necer vió el paquete sobre el es-
critorio y sacó de su cartera la direc-
ción escrita por la desconocida.

—Aline Roget...

Y pensó:

—El amaba a Aline Roget... Ese
és el nombre de la persona que
ha amado durante tres años...
¡Infeliz!

Movió la cabeza y se estremeció
Después, sin apresurarse, con un
ligero temblor en las manos, des-
lizó en las cartas un retrato de
su esposo y un billete de mil fran-
cos. Envolvió todo y escribió con
letra no muy firme la dirección
de Aline Roget.

Y mientras caían lentamente las
hojas de otoño, ella miró larga-
mente desde las ventanas, al cria-
do que, con el paquete en la mano
se perdía en el crepúsculo.

dad la que me alienta... Yo...
yo me voy... Perdóneme.

Conmovida la señora de Stnay
exclamó.

—Confía usted su pena a quien
puede comprenderla. Me ha sido
usted muy simpática, señora, créa-
lo... Lamento mucho que las car-
tas hayan desaparecido... Todos

que mañana mismo dejo esta casa.

—Yo tenía una débil esperanza
de que hubiera sido respetada la
pequeña gaveta secreta — murmu-
ró la desconocida. Pero evidente-
mente todas fueron abiertas antes
de que usted recibiera el mueble.

—¿Una gaveta secreta? — exclamó
sorprendida la señora de Stnay



SINTÉTICAS

TIERRA DE SABIOS

Según noticias de Bourg-en-Bresse, en toda la región montañosa del Revermont reina entre los hombres un extraordinario horror hacia el matrimonio, al extremo de que, durante los dos últimos años, no se ha registrado, en ninguno de los pueblos de dicha zona, un solo enlace civil ni religioso. Los alcaldes y los curas párrocos han organizado propagandas en pro del fomento de la nupcialidad, pero sus iniciativas han resultado infructuosas. Los candidatos al himeneo han permanecido inflexibles, alegando, en un manifiesto, que el estado perfecto del hombre es el celibato, ya que en él pueden tener todas las ventajas del matrimonio y ninguno de sus inconvenientes. Por esta razón, las mujeres, aunque sean bellas y tengan dote, no encuentran novios por ninguna parte.

Revermont, te han de llegar
Elogios de muchos labios,
Pues lograste demostrar
Que eres cuna de hombres sabios.

A TODO HAY QUIEN GANE

Los gascones acaban de proponer se efectúe la reapertura de su antigua "Academia de Mentirosos", célebre institución de embusteros que tenía instalada su sede social en Moncrabeu, pueblo situado al sur de Francia. Dicha asociación, cuyo lema era mentir en todo lugar, pero sin hacer daño a nadie más que a la verdad, fué invencible en su especialidad y estuvo actuando, con gran éxito, hasta el año 1850. Hoy por lo visto, Gascuña, al hacer revivir la tal academia, se propone reverdecer sus pasadas glorias en el culto al embuste; pero creamos empresa un tanto difícil que, en esta materia, los gascones consigan actualmente recuperar la supremacía de otros tiempos. Nosotros, por ejemplo,

A los gascones más diestros
Podemos, fácil, batir;
Pues hay martilleros nuestros,
Que son eximios maestros
En el arte de mentir.

CULTO CATOLICO

En un pueblo de la provincia de Cádiz (España), el alcalde y el cura párroco de la localidad sostuvieron una violenta discusión acerca del itinerario que debía seguir una de las procesiones de Semana Santa. Como no se pusiesen de acuerdo, el señor cura, amoscado porque no pudo salirse con la suya, abandonó la procesión, marchó a la iglesia, cerró las puertas de la misma y se ausentó al campo. Entretanto, la procesión continuó su camino; pero como al regresar al templo se encontraran las puertas cerradas, fué forzoso depositar las imágenes en mitad de la calle, escena que provocó un formidable alboroto entre los numerosos fieles que tomaban parte en la religiosa ceremonia.

Aunque el asunto escandalizó al vecindario y dió motivo a que las autoridades ordenasen la detención del párroco, opinamos que

El cura no cometió
Ningún censurable exceso,
Pues el precedente halló
En aquel Padre truhano
Que el púlpito abandonó
Exclamando: "¡Ahí queda eso!"



Dolor inextinguible

Por Eduardo Rod

Instalados en una habitación contigua a la en que se velaba el cuerpo de la muerta, el señor de Sourbelles comenzó diciendo:

—¿Tendré que referírselo a usted todo? No, ¿no es así? Los detalles del comienzo no son necesarios. Además, todas las historias se parecen al principio, o a lo menos tienen aspecto de semejarse. Sin embargo, la nuestra no empezó por completo como las otras. Desde su origen hubo en nuestro caso, algo repentino, irresistible, fatal; una tempestad de verano preparada en un abrir y cerrar de ojos por un soplo de viento y que estaba sin verla venir...

Estaba yo de guarnición en una pequeña ciudad del norte... Capitán de caballería... Tenía entonces treinta y cuatro años. Hasta aquel momento había vivido como todo el mundo... Aventuras, ni más ni menos que la generalidad de mis camaradas y del mismo orden; en suma: fáciles, vulgares, iniciadas sin esfuerzos, concluidas sin penas, olvidadas de prisa...

Pues bien; a consecuencia de un movimiento en el personal facultativo, fué trasladado el subprefecto de la ciudad donde llevaba ya varios meses de residencia. Su sucesor se llamaba... Le llamaré el señor "H".

Le llegada y la instalación del nuevo subprefecto fueron un acontecimiento para la comarca; con tanto más motivo, cuando que el señor "H" disfrutaba de una vaga notoriedad literaria por haber publicado algunos libros, dos o tres novelas, unos estudios históricos, yo no sé qué. Decíase de él que era hombre de chispa, y de su mujer que era muy guapa; se pensaba que darían un poco de animación a nuestra vida de sociedad, desprovista de todo género de esplendores. Llegaron a la entrada del invierno en el momento de comenzar la temporada de diversiones. No tardé en encontrarle en un baile que en honor suyo dada una familia amiga mía. Fué presentado al señor "H" en el gabinete de fumar. Me desagradó hasta ponerme nervioso. Tenía una vocecilla de carraca, que me causaba daño. Hablaba mucho de política, de literatura, de galanteos, bien informado acerca de todo, abundoso en anécdotas y agudezas de ingenio, satisfecho hasta el delirio de lo que decía. Además era muy amable, muy atento, con sus puntas y ribetes de obsequiosidad; sabía interrumpirse para escuchar los dichos de algunas personas principales, con un aire de interés perfectamente representado; en una palabra, conducíase como un hombre astuto que penetra en un medio desconocido sin saber a ciencia cierta a qué carta quedarse, pero resuelto a ser simpático allí.

No sé cómo fué ello, pero el señor "H" se cogió a mi brazo y nos dirigimos hacia el jardín de invierno, como dos buenos amigos. Recuerdo muy bien que me hablaba del Emperador de Alemania, cuyo carácter impetuoso le causaba inquietud. Respondíale yo con monosílabos. De pronto me dijo:

—Allí viene mi mujer. ¿Me permite usted que lo presente?

Miré a la señora de "H", que se acercaba despacio a nosotros; mirándonos también, con otra mujer:

quedé deslumbrado, deslumbrado hasta perder el juicio. Su marido la dijo mi nombre. Cruzamos unas cuantas palabras insignificantes, sin oír yo ninguna de las suyas: tanto me trastornó el sonido de su voz. Luego, como el señor "H" ofreciese el brazo a la otra señora, yo le ofrecí el mío maquinalmente. Entramos en los salones.

Cuando la dejé, inclinándome ante ella, bebiendo su mirada, ya nos pertenecíamos uno a otro, aunque no habíamos cruzado sino las fra-

bios! Fué un relámpago; ya no estaba allí ella; me quedé solo, oprimido el pecho, feliz, desesperado, ebrio, loco y obligado empero, a reprimirme a ocultar los pensamientos que imaginaba irradiar fuera de mí mismo.

Entonces comenzó una existencia de angustia y de embriaguez. Tuve una vida multiplicada, hipnotizado por un pensamiento único que jamás me abandonaba, que absorbía todas mis fuerzas, y tan intenso que no hubiera podido decir si

DESEO

Murió también Tomás. Todos se marchan y yo me siento viejo, me encuentro solitario en medio de los nuevos, afines por la sangre y extraños por el tiempo.

En mi largo correr tengo adquirida a la luz sin calor de la experiencia la implacable virtud de ver tan sólo la parte triste que la vida encierra. Melancólico y grato es refugiarse en el jardín brumoso del recuerdo para ver la casona en que los años su ocre oscuro pusieron y campiñas y calles luminosas donde el amor pasaba sonriendo.

Ver jóvenes los rostros ahora magros de los que quedan pocos, de los nuestros, espíritus hermanos que quizás el dolor hizo más buenos.

En esa lenta procesión desfilan muchos de los que fueron compañeros de un día de ventura y hoy son polvo en lejano cementerio.

Pasan... y siento que me invade el alma hondo deseo de marchar con ellos.

HORACIO H. SÍVORI.

ses más corrientes. Creo que ambos temimos destruir el éxtasis que se apoderaba de nosotros; quizás sintiéramos también ese confuso miedo que da el presentimiento de la suerte futura cuando se encarna y amaga. Nada decíamos, hasta nuestros ojos se esforzaban en callar; pero sentí como un escalofrío imperceptible correr por su brazo que rozaba el mío; y cada minuto que pasábamos juntos, en medio de la para nosotros invisible concurrencia, forjábame más robusta la cadena que iba a unir nuestros dos seres.

Entretanto, avanzaba la velada. El señor "H" llevóse consigo a su mujer. La ví alejarse con él; sus ojos se encontraron con mis ojos. ¡Oh, cómo hablaban! ¡Cómo expresaban la inextinguible angustia de un sentimiento dominante hasta lo sumo! ¡Cómo pregonaban la confesión que no había salido de sus la-

era dolor o gozo. Sentía siempre como al final de aquel baile, del que se me pasaba el tiempo en evocar los menores minutos; sólo a ella veía, aunque ya no estuviese allí; sólo pensaba en volver a verla. Sin embargo, necesité mucho ingenio para encontrarla de nuevo. Nada hay sencillo en las ciudades pequeñas; en la nuestra había poco trato social y hasta entonces no me había mezclado en él. De pronto me volví el más sociable de los oficiales de la guarnición; frecuentaba todas las casas donde podía presentarme, iba al teatro siempre que actuaba cualquiera compañía de paso, no perdía ni uno de los medianos conciertos que se daban dos veces al mes. Algunas veces la veía en el fondo de un palco y apenas me era posible dirigirla un saludo, que me devolvía con la mirada más bien, que con el ademán, o pasaba interminables noches,

oculto en el hueco de un balcón, espiando hasta la hora en que se disipaba toda esperanza de una estrada tardía. Pero también algunas veces estaba allí ella, la hablaba, oía su voz. Al cabo, me invitó a las recepciones de su casa, a las cuales fui. Muy luego, llegando a horas desusadas (en las que me aguardaba, bien lo comprendía yo), logré proporcionarme breves instantes de entrevista a solas. ¿Qué era eso? A cada encuentro crecía mi amor; crecía a cada combinación que me aproximaba a ella, a cada palabra, a cada mirada que cruzábamos; crecía de continuo, se hacía más tiránico, más exigente, más impaciente.

Fué aquel, un período de fiebre en que tuve horas de locura, pero que no se prolongó. No hubo entre nosotros ningún manejo de galantería, ningún regateo. Nuestro primera declaración fué decisiva. Por mi parte, en aquel momento no conocí la menor lucha interior, la menor vacilación, el menor escrúpulo; y sin remordimiento ninguno me acercaba al señor "H" y le apretaba la mano, aunque tenía el firme propósito de quitarle su mujer; fui calculista, embustero, hipócrita, aun siéndolo muy poco por naturaleza, sin que me costase ningún esfuerzo. En cuanto a ella, que por fortuna no tenía hijos, ignoro lo que pesaron en su ánimo los vínculos de la familia, de la costumbre de la sociedad; los afectos arraigados, los deberes, todos esos obstáculos que a veces retardan o hasta impiden el desenlace fatal del amor. Las mujeres tienen siempre más virtud o preocupaciones que nosotros; ella conoció de seguro luchas ignoradas por mí. Sin embargo, creo que pasó con rapidez también por la fase de las vacilaciones y que me quiso como yo la amaba, es decir, en absoluto, sin emitir nada que pudiera retrasarlo ni disminuirlo. Respondió a mi primer llamamiento. Se entregó sin aplazamientos, sin coquetería, sin combate, con el único gozo triunfal de ser de aquel a quien amaba y de embriagarle con la posesión de ella.

El señor de Sourbelles se detuvo un momento, sus ojos se dirigían a mirar lo pasado, resucitaba los recuerdos evocados por sus palabras, meditaba acerca de aquellas cosas remotas, que acaso juzgase muy de otro modo ahora. Pasóse luego la mano por la frente y prosiguió:

—Sí, así fué... Sin embargo, ni uno ni otro estábamos corrompidos o éramos perversos... Ella no había amado nunca antes de conocerme, ni deseado nunca el amor, ni pensado jamás que pudiera separarse de la línea recta de su vida; tenía buenos sentimientos para con su marido, para con su familia, respecto a las leyes sociales, temor a los juicios del mundo, afición al bien; todas las opiniones, todas las creencias, todos los intereses de una mujer honrada... Yo mismo era bastante escrupuloso en esas materias. No habiendo buscado en mis anteriores amores más que distracciones o placeres, en otro tiempo me hubiera retraído de comprometer, para satisfacerlos, intereses graves y respetables. En dos ocasiones hasta dejé de frecuentar casas amigas por temor de introducir la perturbación en ellas, aunque fué para

mi un penoso sacrificio. Por tanto (puedo hacerme hasta esta justicia), yo también era un hombre honrado, tal vez hasta con más delicadeza de lo que esta expresión suele suponer cuando están interesados los sentidos. Sin embargo, creo que nunca se establecieron relaciones pecaminosas con mayor sencillez: aquello fué como si hubiéramos estado siempre destinados el uno al otro; como si nuestro encuentro hubiera borrado en un instante todo nuestro pasado, destruídos todos los obstáculos puestos entre nuestras dos vidas. Admiré cada vez más a mi amiga, la juzgué generosa y noble; me dijo que se confiaba a mi amor con plena candidez, sin poner ninguna reserva a esa dación de su persona que la generalidad de las mujeres acostumbra a complicar con tantas vacilaciones mezquinas o cálculos mediores; y unido a ella por un lazo más fuerte que ningún vínculo consagrado, me juré que nunca tendría que arrepentirse de su confianza...

Leía en su corazón cual en un libro abierto, como estoy seguro que ella leía en el mío. Estaba cierto de que era puro, a pesar de todo, en fuerza de abnegación. Hubiérame considerado yo mismo como el último de los miserables, si hubiese tenido para con ella algo que no fuese una gratitud infinita y una ternura sin límites.

Fuimos imprudentes, sin cuidarnos de las astucias, precauciones y habilidades habituales. Nada temíamos, sino el no vernos lo suficiente, empero de amenazarnos la curiosidad siempre en acecho de una ciudad pequeña y estar seguros de que vería claro. Por otra parte a los dos nos pesaba la mentira, pareciéndonos la única mancha de nuestro amor, la única falta que cometíamos. Por eso, sin decidirnos a unos de esos escándalos que, cuando se les provoca, tienen un feísimo carácter de bravata y de crueldad, esperábamos tranquilamente a que se produjese por la fuerza de las cosas, aceptando de antemano, sin pavor ninguno, todas sus consecuencias posibles. Por mi parte, yo iba aun más lejos; deseaba ese escándalo, le llamaba con todas mis aspiraciones. Porque no quería a mi amiga sólo para las citas furtivas en que nos reuníamos, para las breves horas que robaba yo a su existencia, para nuestros rápidos besos, para nuestras intimidantes sobraduras cortas; amábala con el impaciente deseo de consagrarla mi vida entera, con esa necesidad de duración, esa sed de eternidad que es la señal de un amor verdadero, olvidándome de todo lo que no fuese ella, con un desasimiento completo de mi ser abortivo. Amábame ella otro tanto, aunque estaba más temerosa: por grande que sea su amor, las mujeres tienen un miedo insuperable al escándalo. Esta no se eximia de ese instinto de su sexo; estremecíase al pensar en la hora (que ambos preveíamos, que yo deseaba y que ella también deseaba a su manera) en que, descubierta nuestro caro secreto, habría de remacharnos uno a otro. Sin embargo, cuando por fin llegó esa hora, estuvo muy valiente; fué como si el peligro real disipase sus temores, como si sus últimos escrúpulos se desvaneciesen en el momento decisivo. Aun la veo entrar en mi casa, dónde nunca había puesto los pies, pálida, pero serena, y decirme, alargándome entrambas manos:

—Lo sabe todo.
Me miró confiada aguardando mi respuesta.

—¡Bueno! — la dije. — ¡Vámonos?...

Vacílo unos cuantos segundos, haciendo por última vez la cuenta de sus sacrificios, con un postrer temblor ante lo desconocido en pos de que íbamos a ir, y me respondió:

—Cuando quieras.

Había previsto yo tantas veces este caso, que un abrir y cerrar de ojos hice el balance de los trámites que me permitirían salir con decencia de la vida regular.

—Necesito unos días para arreglarlo todo — la dije.

micilio, encontré allí una tarjeta del señor "H".

Estó era inesperado, insólito, incorrecto; era el único incidente que yo no había previsto.

—Pero en último término — pensé — un hombre en su caso, si tiene corazón, está en su derecho para ponerse por encima del código habitual que rige en los pequeños disimulamientos de los hombres; es muy dueño de vengarse como le parezca.

Por tanto, en seguida le envié un recado para advertirle que estaba a disposición suya.

Media hora después entró en mi casa.

Supuse que venía con intención

diqué una butaca. Rehusó, haciendo una señal con la cabeza; pero luego se dejó caer en el asiento, jadeando. Crispábanse y se retorciaban sus manos encima de sus rodillas. Dos o tres veces entreabrió los labios, sin proferir ningún sonido. Por fin, murmuró con voz sorda:

—Tengo derecho a matarle a usted...

En el estado de agobio en que se hallaba, esa amenaza era ridícula, se lo aseguro a usted; por eso no la recogí.

—Pero no tema usted nada — prosiguió.

Al oír estas palabras no pude reprimir un ademán, que detuvo él haciendo una seña con la mano, encogiéndose de hombros y, aun más con la mirada... una mirada indefinible, mirada que tendré presente siempre.

—No me comprende usted — prosiguió, explicándose. — Bien sé que usted no tiene miedo... No, lo que yo quiero decir es que, aun cuando tuviera derecho a matarle, nunca seré un asesino.

Interrumpióse para repetir dos veces estas palabras misteriosas, que, sin duda, expresaban largas reflexiones incomprensibles para mí.

—Además, ¿acaso se sabe?... ¿Acaso se sabe nunca?...

Quedóse silencioso. Reanudaba el hilo de sus ideas, distraído de pronto del momento actual, por grave que fuese, con algo más grave todavía. Sentí un malestar indecible. ¡Cuánto hubiera preferido un acto de violencia a ese dolor, tan hondo, que no pensaba en contenerse ni en ocultarse, y que se desbordaba ante mí, que a esa causa, cómo se habría manifestado junto a un amigo!

—Sin embargo—continuó por fin — uno de los dos sobra en el mundo. Supongo que será usted del mismo parecer...

Hice una señal afirmativa.

—Por tanto — prosiguió, — es preciso batirnos... ¡Batirnos a muerte!...

Transformóse de nuevo, brillando en sus ojos un relámpago de odio, con la frente resuelta y enérgica. Prefería verle así; acabábasele la compasión, tenía a mi vista un verdadero enemigo.

—Cuando usted quiera y como usted quiera — le dije.

—¡Bien — exclamó como aliviado, — muy bien!... He querido verle a usted, aun cuando eso no está en uso... Ya comprenderá usted... para que nos entendiéramos bien... antes que nuestros testigos... Los testigos nunca tratan sino de disminuir las probabilidades de peligro; por el contrario tratamos de aumentarlas... ¿Tira usted a pistola?

—Sí.

—¡Mejor!... Yo también... Bueno; a quince pasos, apuntando... hasta que uno de los dos no esté ya en estado de tirar, ¿no es así?

—Comprendido.

Levantóse más fuerte, más tranquilo, más confiado, como si esa perspectiva de sangre le consolase.

El encuentro se efectuó al día siguiente en la frontera belga.

Estaba yo muy sereno, resuelto en absoluto, con la conciencia tan tranquila como debe estar en vísperas de una batalla donde se va a matar o morir en cumplimiento del deber. La vida de aquel hombre, a quien había hecho yo tanto daño y que acababa de hablarme con una generosidad que no me era posible



—Me gustan mucho los niños, Poldina.

—Cácese.

—No; me gustan los de los otros.

—Pues... cácese.

—Está bien — contestó ella. — Yo no vuelvo más a casa.

En seguida convinimos el sitio donde iría a esperarme.

Discutimos con la mayor serenidad nuestro plan de conducta, trazando sus líneas sin titubear, como si se tratase de cosas sencillísimas. Sin embargo, esta discusión me condujo a preguntarla si sospechaba los propósitos de su marido.

—No — me dijo mirándome con los más francos ojos. — Presumo que pedirá el divorcio. Lo espero. ¿Qué quieres que haga él?...

Después de una pausa apenas perceptible, añadió:

—...Puesto que no me ha matado...

—Es justo — la dije, — no tiene otra cosa que hacer.

Unas horas después, tras una breve salida, al regresar a mi do-

de matarme, y confieso a usted que estaba dispuesto a defenderme, porque amaba mi vida. No tuve que mirarle para comprender que no tenía nada que temer de él. Era otro hombre, destrozado y como ennoblecido por un inmenso dolor. Jamás hubiera podido creer que su insípido rostro pudiera expresar tanta angustia, ni que hubiese tal facultad de sufrir en el insignificante funcionario que la víspera aun mariposeaba y cotorreaba por los salones de la ciudad. Esperaba odiarle y le tuve lástima, esa compasión casi física que se siente por los heridos o los moribundos. Hubiera querido decirle alguna frase compasiva; sentí la necesidad de manifestarle no sé qué estafalaria simpatía. Pero éramos enemigos...

Me levanté cuando entró y le in-



desconocer, parecíame insignificante por completo entonces. Por supuesto, la mía también. Harto se me alcanzaba que si volvía en mi contra la suerte de las armas, mi amada no me sobreviviría. Pero estaba decidido a defenderme como mejor supiese, es decir, a hacer lo posible por matar al señor "H" que estaba entre ella y yo.

De nuevo se detuvo el señor de Sourbelles, para preguntarme:

—¿Acaso le parezco a usted odioso?... ¡Entonces, usted no ha amado nunca!... Cuando se ama, sepa usted, que se borra todo cuanto no sea el amor... Y luego, ¿tenemos la culpa de que nuestra vida tenga absurdas exigencias? ¿Si las leyes y las costumbres están en flagrante contradicción con la Naturaleza?... No siento ninguna necesidad de alegar circunstancias atenuantes en mi favor, se lo aseguro a usted. Pero, en último caso ¿no sublevaba el que esta mujer estuviese unida para toda la vida con un hombre a quien no amaba, y que yo no pudiera tenerla sino a escondidas, vergonzosamente, yo que la adoraba?

Aunque estaba yo lleno de compasión por el infeliz que ante mí se agitaba, érame imposible darle la razón. Por tanto, me limité a responderle evasivamente.

—En efecto, hay horas en que se ven las cosas bajo un prisma especial.

Me miró como si quisiera en mis ojos el verdadero significado de esas palabras vagas; comprendió que le vituperaba y encogióse de hombros, diciendome:

—A pesar de todo lo que sobrevino después, no he cambiado de punto de vista...

Su dolorosa actitud desmentía sus palabras.

—Puesto que estoy hablando de ello — prosiguió, — no necesito decir a usted cual fué el término de aquel combate...

El señor "H" hizo el primer disparo y su bala me rozó el cuello; contesté sereno, y le dejé seco.

Callóse y volvió a mirarme; no se me ocurría ni una palabra que decirle. Se levantó y desapareció en el aposento inmediato, donde sin duda iba a pedir a la muerta, muda para siempre, las palabras de consuelo, que sólo ella sabría tal vez decirle. Permaneció a su lado unos instantes, entró de nuevo, dió dos o tres vueltas alrededor del gabinete, retorciendo el pañuelo con dedos nerviosos. Su emoción era extremada. Sin embargo, consiguió vencerla, sentóse haciendo un esfuerzo y reanudó el relato con voz sorda.

—...Algunas horas después, me había reunido con mi amiga.

Distaba mucho de esperar semejante desenlace, pues creo que no conocía a su marido; siempre lo tuvo por hombre pacífico, prudente, poco propenso a arrebatos peligrosos; nunca sospeché que la amase. No la referí nuestra entrevista; la dejé creer que el señor "H" había cedido a un impulso de amor propio, más bien que a un impulso de amor... ¡Ay, no podíamos decirnoslo todo!... Tampoco ella me lo dijo todo; vi pasar por sus grandes ojos desavoridos todo un mundo de pensamientos, pero no los expresó. Ignoro si se sintió herida en el corazón o en la conciencia, si en el fondo de ella retemblaron antiguos recuerdos, si una voz secreta

la acusó cruelmente por la sangre que acababa de correr. Tengo algún fundamento para sospechar que sufrió más que yo (el señor de Sourbelles no se hizo cargo de que se contradecía, en partes más de-

formaba entre nosotros, en adelante, el más sagrado de los vínculos. Pero no me lo dijo; su habitual impenetrabilidad la sirvió en eso maravillosamente y también su fuerza de carácter, que debía apren-

El juego del tejo

Cierto tejo lanzado con destreza,
Cual un rayo partiendo, a parar viene
Cercano al blanco, y juzga con presteza
Que tal sitio no es malo y le conviene,
Sin temer haya alguno más certero;
Cuando se ve muy pronto repasado
Por otro, y después por un tercero,
Que a su vez acertado,
Aventajando a todos, más se ufana;
Pero un cuarto lanzándose oportuno
El mismo blanco toca, y cual ninguno
Con fortuna en el juego, entonces gana.
Lo mismo entre los hombres acontece
Sin cesar en la vida.
Hacia el objeto aquel que se apetece
Más o menos lejano,
Corremos con un ansia desmedida.
El que piensa tocarle desde luego,
Suplantado es en breve, porque es vano
Así luchar contra el destino ciego.
Tal se ve; del lugar que se ambiciona,
El último por fin se posesiona.

AUBERT.

licadas de su alma, por el acto irremediable que nos entregaba uno a otro, por esa especie de complicidad en... el crimen, para dar a las cosas su nombre convenido, que

der yo a conocer. Imagino que aceptó consumado con la enérgica serenidad que tienen las naturalezas vigorosas frente a lo irreparable. En todo caso, ninguna palabra suya

Las dos temeridades

El sol rinde a las plantas. Los yerbazales, desfallecidos, se encorvan, queriendo beberse el agua de sus propias raíces. Millares de insectos se entregan zumbando al amor y a la matanza.

En su red, tendida de hoja a hoja, una diminuta araña vigila, prestas sus ocho patas, avizores sus ocho ojos.

Cae una mariposa, hay lucha, y la red se agita violentamente.

Pero la mariposa es demasiado grande, demasiado fuerte, y en uno de sus forcejeos ha roto los hilos y ha escapado.

¡Ha escapado por el cielo con la araña a cuestas!

Y yo, conmovido, mirando a la desierta red, mirando al cielo, he dicho:

—¡La temeridad del loco!

Al poco rato, otro drama.

Un avispon zumba agresivamente, cazando para sus larvas.

De pronto se lanza sobre una mosca vulgar y la hace presa, y se encorva encima de ella juntando el abdomen y el tórax, y la arranca patas y alas...

Y en esto, otra mosca vulgar, sin darse cuenta del peligro, viene a pararse junto al avispon, corriendo indiferente sobre los despojos de su compañera.

Y me digo:

—¡La temeridad del imbécil!

Los hombres de ahora, sin dejar de ser muchas veces temerarios, deben librarse de estas dos temeridades. Pero antes deben ser temerarios locos, que no de la muchedumbre inmensa de los temerarios imbéciles.

ADIANFTE.

me permitió nunca sospechar que ese trágico acontecimiento hubiera dejado sombras en su conciencia; y si sufrió por ello, tuvo el heroísmo de sufrir sola...

Ya conoce usted el mundo, caballero, y sabe que está lleno de indulgencias para con los tapujos y faltas a medias, para con las situaciones en las cuales sólo hay cobardía, al paso que es implacable con quienes rompen sus moldes y hacen caso omiso de sus hipocresías. Por supuesto, nosotros no tuvimos la ilusión ni el deseo de reconciliarnos algún día con él, ni tampoco pensamos pedirle perdón. Harto comprendíamos que entre el mundo y nosotros había algo más imposible de pasar que no importa qué barrera. Comprendíamos que estábamos irrevocablemente separados, que nuestro castigo y nuestro premio eran el aislamiento absoluto, un aislamiento en que seríamos el todo uno para otro, en que no podríamos tener más esperanzas, goces, ambiciones, fines ni razón de ser, en una palabra, sino nuestro amor. ¿Sabe usted que estoy orgulloso de haber comprendido todo eso en seguida, sin sentir ningún temor ante el terrible peso que teníamos que llevar juntos, sin echar de menos nada de lo que dejaba detrás de mí, familia, amigos, carrera? Positivamente parecíame que se me ensanchaba el alma, que me había elevado por encima de la vida, que respiraba un aire nuevo y libre. La tierra no era ya para nosotros más que una decoración cuyo primer término llenábamos nosotros por completo, mientras por el fondo se deslizaban comparsas invisibles.

Quizá no le interese a usted sino a medias la descripción de mis sentimientos. Querría usted, sin duda, conocer los de "ella"... ¡Ah, ésa es la cuestión!... Como todas las verdaderas mujeres, llevaba el misterio dentro de sí; tal vez por eso inspiraba tanto amor... Y luego, para que algún día pudiese yo conocerla, descifrar el enigma que me planteaban sus palabras, sus silencios, sus miradas, sus caricias, hubieran sido menester otros sucesos que los que acaecieron... Comprendíame usted bien, se lo suplico; nos adorábamos, pero el amor había sobrevenido tan rápido, tan violento, tan ciego, que había precedido a la intimidad. Aun éramos uno para otro un terreno desconocido. En cuanto a mí, que la había amado sin conocerla, continuaba ignorándola. Entonces no sufría por ello; mi amor podía prescindir de la curiosidad. Hoy es cuando sufro y sufriré siempre...

Hubo otra de aquellas pausas febriles que entrecortaban el relato del señor de Sourbelles. Volvió junto a la muerta, como poco antes. Aunque su visita se prolongó pocos minutos, no salió por eso de su extraña preocupación, pues a la vuelta repitió:

—¡Nunca había de llegar a conocerla jamás!... Porque llega el momento en que todo se confunde y se niebla; aproximase el espantoso choque; vienen las horas de desesperación, peor que la muerte, y cuyo recuerdo es una lanza que me atraviesa, un fuego que me abrasa, un dolor inextinguible, donde hay también rubor; sí, la vergüenza de ser hombre, de tener un corazón cobarde y débil, un corazón de fango...

Era preciso marcharse, ¿no es así? Pues bien; los acontecimientos

que le he referido a usted ocurrieron en otoño. ¿Adónde iríamos en el comienzo del invierno? Buscamos qué cielo podía convenirnos y elegimos el de los lagos italianos. Queríamos un paisaje dulce, tranquilizador, propio para el olvido, favorable para la dicha; un paisaje bastante apartado para estar allí solos, sin que nos molestase nuestro aislamiento, separados de la muchedumbre enemiga, de los hoteles; uno de esos paisajes que la Naturaleza complaciente ha bordado como de propósito para ciertos estados de alma.

En la "villa" de color de rosa, que habíamos alquilado en la margen italiana del lago de Lugano, transcurrieron días de infinita brevedad. Las olas verdes por el reflejo de los castaños, cantaban en derredor de los muros de nuestra terraza, embalsamada por el aroma del "ólea fragans". Alfombras de ciclámenes florecían aun en los vallecitos que subían en suaves requeustos desde el lago hasta las cimas. Nosotros no pensábamos en nada. El pasado no existía ya para nosotros, así como el resto del mundo; las mismas montañas que cortaban nuestro horizonte detenían también nuestros recuerdos. "Cuando se han vivido días como éstos — decíamos a veces en esas horas en que se quiere sondear lo desconocido del porvenir, — se ha realizado el ideal de la vida; ¡ya puede acontecer lo que quiera!" Eso creía yo, caballero. Después, figurábame que se puede hacer provisión de felicidad como quien junta dinero para su vejez. Luego aprendí ¡ay! que la dicha pasada no compensa los dolores presentes, y ahora sé que el encanto de las horas más hermosas se desvanece en amargura y desolación. Todo se enlaza. Mi sufrimiento actual es tan profundo, como completa fué mi ventura. Pero será más largo. Durará... durará...

Un sollozo, que no pudo reprimir, interrumpió al señor de Sourbelles. Le fué preciso un instante para reponerse, y luego continuó:

— Vivíamos solos en aquella casita de campo. Una mujer del país iba a arreglarnos las habitaciones y ha hacernos la comida, que era siempre sumamente frugal. Los quehaceres domésticos que nos quedaban nos divertían en extremo. Todo nos hechizaba, como un idilio. Hay dentro de nosotros un fondo de niñería, que la felicidad hace salir al exterior. ¡Cuánto se hubieran asombrado al verla dedicarse a los quehaceres de la casa, riéndose locamente de su propia torpeza y congratularse de haber roto con las tiránicas costumbres de las mujeres de mundo, igual que con sus usos! Yo mismo me felicitaba como de una victoria decisiva por haber despertado a la criatura que en ella había, criatura voluntariosa y tierna, dulce y caprichosa, impulsiva, inesperada, ardiente, llena de contrastes como los verdaderos niños, contrastes que nadie llegaría a conocer nunca, excepto yo. Ese manantial de goces casi cándidos iba a causar nuestra desventura.

Una noche, después de habérse nos hecho tarde en la terraza, por donde corría un viento frío (llevaba puesto un traje ligero, un vestido de gasa con una mantilla alrededor de la cara), ocurriéndonos la idea de tomar té. Siempre que teníamos que servirnos nosotros mismos, eso nos divertía mucho. Com-

parándonos a niños que juegan a comiditas, nos relajamos con toda nuestra alma.

— ¿Encontraremos lo que necesitamos? — pregunté.

Cuando estaba preparándola...

La voz de mi interlocutor emitió-se en notas bajas, como si necesitase un inmenso esfuerzo para continuar. De suerte que apenas com-

La ví rodeada de llamas... Me arrojé a ella y la envolví en una manta... No había exhalado un grito... Sólo me miraba con unos ojos ¡oh!... con ojos de desesperación... Estaba cubierta de horribles quemaduras... La cabeza, la cara, el cuerpo... toda entera... ¡Ah! ¡Dios mío!

Hubo un largo silencio. El señor de Sourbelles se había inclinado y retorcido sobre uno de los brazos de su butaca, con la cabeza entre las manos. Representábase sin duda, al detalle, aquella escena espantosa. Oía yo su respiración, jadeante, entrecortar sus recuerdos...

— Tal vez sepa usted como se cuidan esas cosas — prosiguió. — Yo no sabía absolutamente nada... Hice lo que pude... Figúrese usted que tuve que dejarla sola un momento; sí, sola... para pedir socorro... en casa de unos vecinos a quienes desperté. Fueron en busca de un médico, muy lejos, a Lugano... ¡Oh, qué horas, arrastrándose en la agonía!... Sufrí horriblemente, pero sin quejarse; silenciosa, como siempre la ví en los casos graves, con todo su dolor en los ojos. Seguíame de continuo sus miradas; cualesquiera que fuesen mis movimientos, las notaba fijas en mí; adivinaba yo sus mudas preguntas... Di vuelta en derredor suyo, sin atreverme a tocar sus pobres carnes hechas girones... Cuando pedía alguna cosa, trataba de dársela; eso era todo lo que yo podía hacer... Por fin oí rodar por el camino el coche del médico... Traía lo necesario para la cura... La examinó, la curó muy tranquilizó, diciéndome:

— Es horriblemente doloroso, pero no hay peligro; sanará;...

Parecióme que el cielo se iluminaba, pues la creía perdida.

La curación fué lenta; entre las quemaduras, las había profundas... Sin embargo, vivió... Fué en descenso la fiebre... Restauróse poco a poco su pobre cuerpo destrozado... Durante algunos días mejores, hubo la dulzura habitual de las convalecencias... Pero, cuando se vió... ¡Ah, cuando se miró al espejo de mano, que no se lo podía negar!... Para pedirselo a la Hermana que velaba a su cabecera, había aprovechado uno de los breves momentos que yo no estaba allí... En cuanto entró, me llamó a su lado... Las persianas estaban cerradas, las cortinas estaban corridas; como eran ligeras, unos chales, acababan de quitar la luz... Al ver así el aposento, todo oscuro, adiviné en seguida lo que acababa de ocurrir... Cogiéme la mano y me dijo muy quedo:

— ¡Vete de aquí!... ¡Márchate!... ¡No quiero que vuelvas a verme!...

Rompí en llanto, cubriéndole de besos la mano que quería retirar. Ella no lloraba; empleando toda su energía para ser fuerte, repetíame:

— ¡No, no quiero que me ames; ya no lo quiero!...

Yo le decía lo que podía decirle: le juré que mi amor era eterno, que nada podía disminuirlo, que mi vida era de ella como la suya era mía, ¿qué sé yo?

Y como todo lo temiese de su desesperación, le declaré que no la abandonaría ni un instante sin que me diera la palabra de desechar esos locos pensamientos... Díome la más tarde; pero, ¡con qué tristeza!...



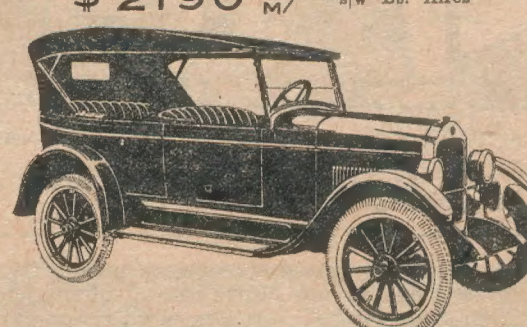

Para la Dama

- Que aprecia un coche que es fácil de manejar.
- Que tiene orgullo en la elegancia y confort de su propio automóvil.
- Cuya ambición es un coche potente y capaz ante cualquier emergencia.
- Que suele manejar un automóvil por el puro placer de manejar.
- Que tiene un sentimiento fino de lo que es valor y cree en economía duradera.
- Que desea un coche que esté siempre listo, sean cuales sean las condiciones del tiempo o caminos.

Presentamos el RUGBY de cuatro o seis cilindros como el automóvil más adaptable para sus necesidades.

PIDAN FOLLETOS EXPLICATIVOS
DOBLE FAETON

\$ 2190 M/N s/w Bs. Aires



IMPORTADORES: DITLEVSEN & CIA.
Casa Matriz: Cochabamba 54 — Buenos Aires

— Vamos a verlo — respondió ella.

Se puso a buscar el té, el azúcar, la lamparilla de espíritu de vino...

prendí las pocas frases breves, entrecortadas, doloridas, con las cuales resumió todo el accidente:

— De pronto estalló la lámpara...

EL CORAZON

Un corazón, cierto día, se quejó amargamente a su dueño con estas palabras:

— Hoy es día de mi santo; ningún saludo, ninguna carta ha venido a darme un poco de calor. Tengo necesidad de cariño, de una sola gota de amor y nadie me la da. ¿Es culpa mía o de los otros? Y, sin embargo, he agradecido todos los favores, no he odiado a nadie, jamás se llegó a mí un triste sin llevarse una palabra de consuelo.

Nadie mejor que yo sabe perdonar la injusticia; nadie como yo sabe derramar el amor en todos mis hermanos.

Pero este olvido me parece cruel y sufro, y lloro, y veo desaparecer todo lo que yo amaba...

El dueño le escuchó en silencio y luego respondió:

— Que cada uno siga su camino, solitario y sombrío. ¿Qué hace el fuego? Brilla. ¿Qué hace el árbol olvidado? Florece. ¿Qué hace la alondra ignorada? Canta. Cada uno debe esforzarse en hacer bien lo que sepa hacer, sin pensar en los demás. Enjuga tus lágrimas, cállate, sé bueno, perdona y espera.

CARLOS SPITELER.

—Permaneceremos juntos, puesto que te empeñas en ello — me dijo. — Quizá fueses aun más desventurado si nos separásemos... Pero cuando quieras abandonarme acuérdate de que eres libre!...

—¡Libre!... ¡Si supiera usted, caballero, como me sentía encadenado por un lazo más fuerte que todos cuantos inventaron los hombres, que ningún juramento solemne, que ninguna palabra sagrada!... Pertenecía en virtud de la conmiseración que me inspiraba, y por algo más; la veía tal como la amaba, con su belleza, que aun vivía en su ojos... Sublevábame ante la sola idea de que un estúpido accidente pudiera amenazar la eternidad de mi amor. Alimentaba también la esperanza de una curación más completa...

Naturalmente, no podíamos ni soñar permanecer en el sitio donde tanto habíamos sufrido: la alegría serena de aquel paisaje me hacía daño... Lo abandonamos así que el médico lo permitió viajar. Nuestra idea era encontrar un rincón del mundo, donde pudiéramos residir sin ver nunca una cara conocida: Italia no se presta a tal capricho. No hay allí ninguna casita de recreo que no sea presa de los que viajan por el placer de viajar. Sin embargo, fué hospitalaria para nosotros hasta el fin del invierno. Después, cansados de ir de sitio en sitio volvimos a nuestros proyectos de establecernos de asiento. Pensé que en Alemania es donde menos probabilidades hay de encontrar franceses. ¿Por qué elegimos a Weimar? No lo sé...

Esta parte de su relato había costado al señor de Sourbelles visibles esfuerzos. Interrumpióse por un instante, me miró, hizo un ademán vago y prosiguió:

—Hasta ahora, caballero, he podido contarle a usted nuestra historia con sus detalles exactos... Desde ahora ya no sé nada... Ya no hay hechos, no acontece nada... Nos encerramos en casa... Vivimos solos en ella, sin oír otras voces, sino las nuestras y las de nuestros criados, sin saber nada de los seres que nos rodean, ni de los que abandonamos, ni del mundo... Todo lo que acaece pasa en el fondo de nosotros, en tinieblas que sondean nuestras miradas... Lo que allí encontramos no lo decimos; porque observamos mutuamente nuestras palabras, pesamos su significado, medimos su alcance... Cada uno se pregunta qué le oculta el otro... No tenemos confidentes, excepto nuestros silencios, los cuales oímos... ¡Ah!, es que hay entre nosotros una cosa tremenda: el amor que muere, no de muerte natural, perdiendo poco a poco sus exaltaciones y ardores, atenuándose, convirtiéndose en puro cariño y santa ternura...; sino que muere de muerte violenta, en plena fuerza, sublevándose contra ella, resistiendo, sin querer... Igual que un hombre arrebatado en el más bello momento de su vida, en la misma hora en que la saboreaba más, la ve huir y se deshace en esfuerzos desesperados para retenerla...

¡Oh, cuán miserables somos!... ¡Débiles, muy débiles, pobres corazones ruines, alman claudicantes! Nos lanzamos con todo nuestro deseo hacia el infinito del sentimiento, hacia el mundo sobrenatural donde el amor se despliega en absoluto, al abrigo de nuestras contingencias... ¡Inútiles esfuerzos! De-

pendemos de lo que somos, de nuestro sentimiento, de lo exterior de nuestro ser, de lo más lamentable que hay en nosotros...

Todo el tiempo que estuve padeciendo y durante su larga convalecencia, no pensé más que en cuidarla, salvarla, hacer que salvase. Pero, cuando nuestra vida prosi-

yó su belleza no había alterado al mismo tiempo su juventud, ni agotado su fuerza de amar. ¿Y yo?

¡Oh! Yo estaba lleno de ternura de lástima, de cariño, de abnegación... Experimentaba junto a ella los sentimientos que pueden inspirar la hermosura y la nobleza del alma. Pero eso ya no era amor, se



El doctor. — Sí, señora; le encuentro a usted el semblante un poquito más descolorido que ayer.

La enferma. — ¡Ya le dije al perfumista que esta última barra de los labios y el color para la cara no eran iguales a las de otras veces!

guió su curso regular, no tuve otro remedio sino advertir que ya no era la misma... Era fea, con esa fealdad de cuerpo lisiado, magullado: con esa fealdad tanto más... ¡oh, no quiero decir la palabra que se me viene a la punta de la lengua... natural, sino una ofrenda hecha por las cosas a nuestra debilidad... Era fea, y el accidente que destru-

disipaba, ya no existía... Figurábame cuánto sufriría ella si lograra leer en mi corazón; ¿qué sentimientos pueden reemplazar al amor para aquellas que aun aman?... Y mentía yo con mis palabras, con mis miradas, con mis besos; representaba la comedia del amor lo mejor que podía, con toda mi desesperación, con toda la loca necesidad

que tenía de amarla a pesar de todo, hasta la muerte... ¿Cómo expresar esto? No lo sé. No hay frases para describir tal estado inmóvil, una especie de "estatu quo", en que, sin embargo, se pierde terreno cada minuto; porque, a la postre ¿qué mujer no nos cala pronto? No podemos engañarla o acerca de nuestros corazones, sino cuando ellas quieren que así sea. No estaba en ese caso; ella quería saber, tenía sed de verdades crueles, propias de su carácter y que la había inspirado siempre una desconfianza solo desarmable por el amor triunfante.

El señor de Sourbelles se detuvo. Habíase animado poco a poco, casi hasta la exaltación. Sin embargo, se calmó para continuar con tono más tranquilo:

—No necesito decir a usted que nunca fué ella aquí lo que había sido allá; acabáronse los arrebatos de esa regocijada niñería, que eran mi encanto en nuestra casita de color rosa; no más alegría, no más abandono. Había vuelto a ser tan silenciosa como en otros tiempos. Comprendí que leía en mí, a pesar mío; que no era engañada, que yo no podía engañarla... Ahora no tendré más pensamiento que acordarme de sus palabras, ademanes y silencios, inquirir su sentido, interrogar a mis menores recuerdos. Porque, ¿cómo podría yo vivir sin saber lo que pasó por ella durante esa agonía de nuestro amor?... ¿Comprendió todo y fué indulgente para con esa debilidad de un misero corazón creído más fuerte y mejor por ella?... ¿O le parecí un miserable, y sus silencios no eran sino desprecios?... ¿Ocultaría tal vez un sentimiento análogo al que experimentaba yo por ella, el desesperado pesar por lo que el accidente había destruido de mi alma como de su belleza?... Nunca lo sabré... Por más que atormente mi memoria, no lo sabré... Llévase consigo su secreto... Jamás me dijo una palabra que lo hiciera entrever... Cerrábase ante mí, se replegaba, se me convertía en persona extraña... ¡Mientras luchaba yo en vano contra mí mismo para dejarla en la ilusión del desaparecido amor!... Cuando pasó usted por vez primera por delante de nuestra casita, tan alegre entre las frondas de sus árboles, ¿no es cierto, caballero, que nunca sospechó usted que albergara un drama que hoy le parece a usted harto excepcional sin duda?...

¿Excepcional?... ¿Quizá no tanto?... Con frecuencia he dicho para mis adentros, que en nuestro caso, un azar había sencillamente precipitado, haciéndolo más trágico, el desenlace que de todas maneras nos esperaba. Porque el amor no es eterno: no hay nada eterno, ni aun en el sentido limitado que podemos conceder a esta palabra. Aun cuando hubiera seguido siendo hermosa, de todas maneras nos hubiéramos desamado, ¿no es así? ¿Cómo tantos otros que antes tuvieron esta misma ilusión de eternidad, como tantos otros que la tendrán después y que también la sentirán quebrantarse en sus corazones frágiles; como tantos pobres seres que han querido lo imposible, a quienes la realidades han detenido, anquilosado, petrificado, hasta que caen, por una caída que es la ley misma de nuestra naturaleza, desde la exaltación hasta el diferentismo... o más abajo! Al menos nosotros nunca ro-

CREPÚSCULO

Los pastores descienden al llano.
El crepúsculo empieza.
El silencio infinito de la hora
tiene un balar romántico de oveja.

Pájaros de la noche,
extendidas las alas siniestras,
rondan en la cabaña
porque los otros pájaros se alejan.

El campo verde y el trigo dorado
son oro y verde apenas.

Y aquí está mi esperanza inacabable,
—mi sed de amor que en el amor no amen—
[gua—
encendiendo los oros del crepúsculo
para que el día vuelva.

Tú en la ciudad recoges, desolada,
el lino espeso de la noche negra.

CARLOS PRÉNDIZ SÁLDÍAS.

damos tan hondo; algo nos preservaba, lo mismo que había de raro y trágico en nuestra historia, la soledad que nos rodeaba, nuestro aislamiento en medio de un mundo, cuyas leyes habíamos quebrantado el horror que teníamos a renunciar a nuestro ensueño. Nuestro amor estaba mutilado, pero sus restos se agitaban en nosotros. ¡Si el dolor había reemplazado al gozo, nuestra anterior seguía siendo vibrante, febril, y sus escalofríos nos aproximaban siempre!...

Bien sé qué a la larga los sentidos se embotan. No se puede seguir mucho tiempo en el estado agudo en que nos encontrábamos; se sale de él, como de todas las situaciones tirantes e insostenibles, por el hábito. Sería nuestro destino, pensaba yo a veces, abdicar lentamente el amor que aun apetecíamos, resignarnos a la existencia que nos cupo en suerte; con auxilio del tiempo hubiéramos llegado, de seguro a eso, hubiéramos hallado una especie de equilibrio. Un incidente, cuyas consecuencias nos podíamos prever, vino a cambiarlo todo.

Como ya le he dicho a usted, caballero, había sido completa nuestra ruptura con el mundo. Sólo una hermana de mi amiga siguió carteándose con ella. Casada con un escritor conocido y viviendo en París, en un medio intelectual e independiente, había, si no excusado, por lo menos, comprendido la fuerza irresistible que nos empujó el uno hacia el otro; tanto más, cuanto que siempre tuvo entusiasta cariño a la señora "H", que era mayor que ella y la más hermosa de las dos. Esa amistad pareció tanto más preciada a mi amiga cuanto que no tuvo nunca más ninguna otra. Cruzábanse entre París y Westminster frecuentes cartas llenas de afecto. Digo afectuosas y no confidenciales, caballero; no era propia la expansión en el carácter de mi amiga. Nunca participó a su hermana lo que pasaba entre nosotros, hasta el punto de dejarla ignorar su accidente, en el momento de ocurrir el cual, encargado yo de escribirle en su nombre, había recibido la orden de hablar sólo de una indisposición sin gravedad.

Pues bien, hace algún tiempo, esa hermana queridísima, cayó gravemente enferma; un día, un telegrama de su marido llamó a mi amiga, que deseaba volver a verla. La marcha fué repentina, sin que hubiésemos podido discutir sus inconvenientes, que se me presentaron en tropel la noche en que al regresar de la estación me encontré por voz primera, al cabo de dos años, a las con migo mismo en esta casa llena de tantos pensamientos...

Al llegar aquí, el señor de Sourbelles tuvo un inesperado impulso de simpatía, inclinóse hacia mí y me tomó la mano, diciéndome:

—Entonces fué cuando le conocí a usted, caballero. El espanto de la soledad, o más bien una necesidad imperiosa de huir de mí mismo, me condujo a esa fonda del "Príncipe Heredero", donde encontré a usted. Sus conversaciones me fueron muy beneficiosas; ¡hacía tiempo que ignoraba yo el fruto que se saca del comercio con los hombres! Por eso, no sin tristeza, ni aún sin rubor, me resigné a romper con usted... ¡cómo lo hice!... Debí de parecerle a usted muy estafalario, o algo peor que eso... Pero ahora com-

prende usted lo ocurrido; y espero que si mi conducta para con usted le ha causado (¿cómo lo diré?) alguna pena o algún resentimiento, no me guarde usted rencor ninguno por ello...

—Habiendo adquirido una marca favorable la enfermedad de su hermana, regresó mi amiga. Durante su ausencia la escribí a diario; ella me contestaba con menos regularidad. El tono reservado de

pensamientos, las amarguras, los temores que no me confesaba, el oscuro peligro que se cernía sobre nosotros. Por eso la aguardaba y con el presentimiento de que su vuelta inauguraría una fase nueva de nuestra existencia; y en lo impaciente de mis deseos de verla otra vez, en cuanto me anunciaron su llegada, había casi tanta angustia como júbilo. Sin embargo, al pronto pude creer que eran infundados mis temores. Compréndalo usted; si ya no existía entre nosotros amor, ¡había tantos otros vínculos aún! ¡Estábamos tan indisolublemente unidos, en el desierto que habíamos formado en torno nuestro, éramos tan por completo el uno del otro! Separados, habíamos sentido con nuestra intensidad el peso de nuestro aislamiento, no teniendo ya contra lo cruel de nuestros recuerdos el recurso de nuestra unión; en el abandono del regreso, en el reconfortamiento de ser dos contra la sociedad enemiga, tuvimos un instante de olvido, casi de ventura. ¡Ay, sólo duró unos momentos!

¿Qué había pasado durante su breve reingreso en la vida común?... ¡Tuve a caso pesares e remordimientos, no adormecidos ya por la pasión y despertados por la reflexión! ¿Sufrió tal vez de pronto al verse fuera de la vida social, falta de sus goces, consuelos, y costumbres, condenada a perpetuidad a esa comedia del amor que representábamos para nosotros mismos y de lo cual, no midió quizás nunca los próximos hastíos? ¿Acaso tuvo sencillamente espacio para profundizar las causas del dolor que ambos teníamos y para retroceder ante los abismos que entrevió? Sea como fuere, comprendí que ya no era la misma nuestra situación respectiva. Nuestro amor se transformaba; tras la muerte del amor de los sentimientos dulces y tiernos que ocupaban su lugar, del cariño, de la intimidad, de la confianza. Complicóse lo mentiroso de nuestra vida; no fué ya solo acerca de un punto sobre lo que tuvimos que engañarnos, sino sobre todo lo que pasaba en nosotros mismos, y nos veíamos obligados a un continuo gasto de energía para reprimir los secretos impulsos de ese malquerer inicial para ocultárnoslo. ¡Ay! no nos ocultábamos; acostumbrados a observarnos de continuo, a aspirarnos y adivinarnos, éramos uno para otro un libro abierto, un libro comenzado en la embriaguez, cada una de cuyas hojas que se vuelve aumenta el desengaño... ¡Ah, qué horror, el horror, el espanto de la última!...

El señor de Sourbelles acometido otra vez por la fiebre del movimiento, levantóse, dió con agitación una vuelta por el aposento, pasó a la estancia inmediata y volvió. Tomó asiento otra vez y prosiguió:

¿A qué referir a usted el detalle de su agonía?... ¡Si supiera usted, si pudiera usted saber cuánto la adoraba entonces!... No vi más que su atroz sufrimiento, del cual era yo causa... Sólo vi la muerte que se acercaba, sin que nada, nada, pudiese apartarla... la muerte que había buscado ella... la muerte que terminaría todo, que me dejaría solo, con su recuerdo, sobre la tierra desierta. Y sentí que era mi carne y mi alma... Todo el pasado giraba en



PIANOS

EN CUOTAS MENSUALES

\$ 36 ^{M/N}

Las marcas más reputadas del mundo

Pleyel - Gaveau - Gunther - Steingraber - Noeske - Krause - Schwarz - Rosenberg y Werther

Cada una de estas marcas, constituyen indiscutiblemente, un emblema de calidad, eficiencia y belleza de conjunto. Construídos sólidamente en maderas de moda y con el más refinado gusto artístico en el estilo de sus cajas. ::

AUTOPIANOS DESDE \$ 60 POR MES

Tenemos existencia permanente de rollos de música

PIDANOS CATÁLOGO ILUSTRADO

VISITENOS

B-1 MITRE 1215
OBIGLIO HIJOS
BUENOS AIRES

Le apreté la mano, que había dejado en la mía, y murmuré algunas palabras afectuosas. Aceptólas con gratitud y prosiguió:

sus cartas no dejaba de causarme extraña inquietud; a través del silencio sentía mejor que en la vida común lo que nos separaba, los

PENSAMIENTOS

No se ha de correr tras la ocasión, sino aguardarla aperecido y cogerla.

De los hombres maliciosos y desvergonzados, huye; de los muy libres, te apartas y a los simples sufres y encamina.

Hay estómagos delicados que no pueden sufrir la verdad cruda; y otros tan llenos de malos humores, que no la pueden digerir cruda ni cocida.

Ninguno puede asegurar su fortuna por más hondas raíces que haya echado, pues no hay cosa tan firme que no pueda ser derribada en un momento.

Toda la vida es batalla y todo tiempo tempestad. Haz ejemplo de ti mismo y mira las mudanzas del tiempo por las cosas que te han acaecido, y te admirarás de las que sucedieren.

Es tan miserable y débil nuestra vida, que un airecito ligero basta a derribarla.

Conoce bien al hombre antes de recibirle por amigo.

No hables de lo que no sabes, y lo que supieres no lo digas sino a su tiempo y sazón, porque siempre fué el callar más seguro que el hablar.

SETANTI.

torno mío... Y sollozaba a sus pies, pedíala perdón, jurábala que la amaba, la suplicaba que no muriese... Se esforzaba en ocultarme sus sufrimientos y a veces trataba de sonreírme... ¡Oh, con qué sonrisa, en la cual había tanta resignación!... Al principio había rechazado todo remedio; después a ruegos míos, se dejó cuidar dócilmente, como una niña... Sabía bien que era inútil, que se aproximaba la muerte.

—Más vale así — me dijo — en un momento en que sus dolores nos dejaban un poco de descanso. — Soy dichosa... ¡Muerdo en el amor!...

Tenia cogida mi mano... No la soltó... ¡Estábamos tan unidos, tan cerca uno de otro!... Era como en los primeros tiempos... No quedaba nada, nada de lo que había destrozado nuestro amor... La muerte nos lo devolvía... ¡La muerte!...

El señor de Sourbelles se dobló un momento, y enderezándose

luego bruscamente, me dijo:

—¡Venga usted a verla!

Le seguí a la habitación próxima donde flotaba más suave el pesado aroma de las flores mortuorias. Acercóse al lecho y con resuelto ademán apartó el velo. Se me apareció la muerta.

Las huellas de las quemaduras, como anegadas en la informe lividez del rostro, apenas eran visibles; las facciones habían recobrado su hermosura, una belleza tranquila, altiva, serena. ¡Que contrastaba tanto con las agitaciones cuya narración acababa de oír! Bien sé que ya no había alma en aquellos ojos extintos, que no podía preguntarle ninguno de sus secretos; pero en vano trataba mi imaginación de figurarse aquel noble rostro deformado por el dolor o la pasión...

Cuando cesé de contemplarla para volverme hacia el señor de Sourbelles, vi que se había arrojado delante de la cama y que lloraba...

Los tres compañeros

Por Gabriel de Lautrec

Si Santiago Bilboquet no había tenido suerte en la vida, era indudablemente por culpa suya. Después de cincuenta años de habitar el globo terráqueo, no recordaba haber tenido otras ocupaciones que comer, empinar el codo, bostezar y dormir. Gracias a que su padre le había dejado al morir una casuca con un cuadrado de terreno para cultivar legumbres y criar unos conejos, tenía donde cobijarse.

La gente del país, le daba de vez en cuando un pedazo de pan, un litro de vino, un trozo de carne y algún pantalón viejo, pues pasaba por ser un poco brujo... y siempre es prudente conjurar el mal de ojo. Pero con todo y con eso no recordaba haber hecho en su vida una buena comida. Y esto era su única ambición.

Una mañana iba por la carretera, melancólico, cuando se encontró a Eusebio el cartero. Este estimaba a Bilboquet, que por no recibir nunca una correspondencia no la causaba el menor trabajo. El cartero saltó de su bicicleta.

—¿Sabes la noticia? — le preguntó.

—¿Qué noticia?

—Han robado un diamante en el castillo; un diamante que vale cincuenta mil francos.

—¿Caramba!

—Y dan un premio de diez mil francos a la persona que lo devuelva.

—No está mal; pero, por desgracia esa ganga no será para nosotros.

Y Bilboquet se alejó pensativo. Durante el paseo, una idea nació en su cerebro. Fué primero algo vago, que poco a poco fué precisándose y tomando consistencia. Después de todo, ¿por qué no? ¿Qué arriesgaba? Pasaba por ser algo brujo. No encontraría de seguro el diamante. Para ser puesto de patitas en la calle siempre había tiempo; pero entretanto podía darse la gran vida en el castillo. ¿Por qué no intentarlo?

Entró en su casa; lustró cuidadosamente su par de botas menos deteriorado; cepilló su chaqueta de casa, que sólo usaba en las grandes solemnidades; pidió a una vecina que le planchase los pantalones, y se rejuveneció en la peluquería haciéndose cortar el pelo y la barba a cambio de una promesa de pago.

Todo salió admirablemente. El dueño del castillo, a quien hizo gracia la audacia del sujeto y un poco impresionado tal vez por la reputación de que gozaba en el país, accedió a que Bilboquet pasase veinticuatro horas en el castillo entregando a sus extrañas manipulaciones de hechicería para averiguar el paradero del diamante robado.

Bilboquet se veía ahora frente a una mesa copiosamente servida, con un criado en pie, en espera de sus órdenes. Acababa de comer, y por primera vez en su vida sentía la beatífica sensación de no tener más hambre. No sabía cómo acabaría aquello; pero no le importaba. Le quedaban todavía el almuerzo y la comida del día siguiente, que serían otros dos espléndidos banquetes.

Muy de mañana, con una varita en la mano, anduvo por las habitaciones del castillo y por el parque, entregado a las supercherías de su oficio. Era necesario.

A mediodía repetición del banquete del día anterior. Lo único que le extrañó fué que le sirviera otro criado.

Poco importaba. Mientras saboreaba el café miraba al servidor como si quisiera tomarle por testigo de la manera ingeniosa que tenía de satisfacer de nuevo su apetito.

Otro paseo misterioso por el parque le puso en condiciones de hacer boca al banquete de la noche. ¡El último, por desgracia! Le sirvió otro criado; pero Bilboquet no se fijó en ello, entregado a la melancólica consideración de que aquel era el tercero y último banquete que hacía en su vida. Y cuando acabó de cenar alzó la vista hacia el crea-

JUVENTUD

En la noche serena, como nunca estrellada,
hay un fuerte perfume de naranjos en flor;
se estremecen las hojas rumoreando caricias;
de los quicios sombríos sube un himno de amor...

Por la triste ventana de un tugurio cercano,
veo dos cirios nerviosos... y una tétrica faz...
y enredando al momento mis recuerdos dichosos
cambio en nuevos anhelos una idea tenaz...

Y mis ojos distraigo por las claras estrellas
y al volver a la tierra me estremezco de horror:
como en fila de brujas, unas breves mujeres
dolorosas, gimientes, (marcha en luto mayor),

van llegando a la casa de los fúnebres cirios...
y la cruel certidumbre, cavadora fatal,
presto invade mi alma... pero logro alejarla
clausurando mis ojos... y las dejo pasar...!

Y en tí pienso, Mimado, y en tus besos de fuego
y en tus manos inquietas cuando apresan mis manos...
y obstinada me embriago con los dulces preludios
del anhelo sublime que nos va calcinando...

Porque... ¿quién piensa ahora que la cruel Dama
[Negra

anda en busca de presa, si la vida culmina,
si el rumor de las nupcias vegetales aumenta,
si mi sangre se enciende...? ¡Y es la noche di-
[divina...!

ALICIA PORRO FREIRE.

do que le había servido, y exclamó lúgubrememente:

—¡Ya están los tres!

La puerta se abrió bruscamente, y los otros dos criados, que estaban sin duda escuchando, se precipitaron aterrados en la sala. Los tres se arrodillaron ante Bilboquet, ofreciéndole una cantidad importante para que no los denunciase y entregándole el diamante que habían robado.

El talento y la estatura

El doctor Popper, eminente fisiólogo alemán, ha publica interesantes estudios, acerca de la relación existente entre el talento de los hombres y su mayor o menor desarrollo físico.

Las conclusiones del doctor se pueden resumir en la siguiente regla:

“La mayoría de los hombres de talento alcanzan solamente el término medio, y muchas veces no llegan a él.”

Popper robustece su doctrina con ejemplos numerosos, Atila, Cromwell, Federico II, Napoleón, Gambetta, Thiers y otros muchos hombres notables fueron de pequeña estatura. Jesucristo, según el Talmud, no tenía nada de gigante y San Pablo tampoco llevaba gran ventaja.

Entre los artistas famosos púense citar como casi enanos Rafael, Miguel Angel, Tiziano, Leonardo de Vinci, Menzel, Wagner, Handel, Bach, Haydn, Mozart, Beethoven, Schumann, Schubert, Brahms y algunos otros. Raro es el poeta que haya rebasado la talla media. Por su corta estatura, deben ser mencionados Dante, Horacio, Petrarca, Boccaccio, Tasso, Víctor Hugo y Heine. Cervantes y Rousseau tampoco fueron altos. Los hombres de ciencia, naturalistas, historiadores y filósofos que no llegaron a la estatura ordinaria forman casi la generalidad.

Ejemplos de ello son Spinoza, Newton, Leibnitz, Schopenhauer, Hegel, Humboldt, Rawke y Momsem.

El doctor Popper ha hecho la curiosa observación de que la mayoría de los genios son de poca talla corporal, porque tienen cortas las piernas. Es decir, que sus extremidades inferiores tienen la misma longitud que su tronco.

Y en esta circunstancia se encuentra la explicación de sus desarrollo cerebral, puesto que siendo el tronco de proporciones convenientes, el estómago, el corazón y los pulmones funcionan perfectamente y se desarrollan sin obstáculo, dando por resultado una armonía en las funciones fisiológicas que constituye la verdadera causa del vigor cerebral y, por consecuencia, del talento. La capacidad intelectual de cada individuo, salvo poco frecuentes excepciones, está en razón directa con el equilibrio de su salud.

LA APUESTA

Por Jorge Maurevert

—No, yo no apuesta nada ni por nada. El día 13 de junio de 1885 juré no apostar jamás, y durante veintisiete años no he faltado a mi juramento... No lo haré hoy... El 13 de junio de 1885, mi querido señor, ¡qué fecha para mí y qué drama!... ¡Qué drama, le digo a usted! ¡Y a consecuencia de una apuesta estúpida!... ¡Pobre Juan Osborne!... ¡Si yo hubiera sabido!... Pero también fué culpa suya, porque él se empeñó más que yo. No me gusta recordar esa historia, pero se la voy a contar para que comprenda usted por qué no apuesto ni apostaré nunca con nadie.

Era yo entonces, empleado en el escritorio de Mr. Miller Brown, abogado de Croyon, ciudad cercana a Londres. Tenía como compañeros a Jun Osborne, Teddy Climbes, John Hollemay y Fred Mac-Gowan, buenos camaradas todos, como acostumbran serlo en Inglaterra los que trabajan juntos en las mismas oficinas.

La tarde del 13 de junio de 1885 nuestro jefe, Mr. Brown, había ido a casa de unos amigos a anunciarles la próxima boda de su hija Jessie con su empleado nuestro compañero Jun Osborne.

Despachados nuestros quehaceres, nos reunimos los cuatro amigos en el despacho de Jun para tomar el té. La conversación vino a recaer sobre un número de music-hall que habíamos visto la noche anterior: un artista que permanecía siete minutos en un tonel de vidrio lleno de agua.

—A mí dije — no me sorprende eso, pues ya he hecho la prueba de estar dos minutos debajo del agua, y es cuestión de costumbre.

—Si — me contestó Jun Osborne —; pero yo te apuesto a que no permanecerías tres minutos dentro de una caja de hierro como yo he visto a un hindú en ese mismo teatro.

—Bueno — dije yo —, ¿y qué apostaríamos?

—Una libra, querido — me contestó a tiempo que abría la caja de caudales de su despacho y me invitaba a entrar.

Rápidamente examiné la caja y me decidí.

—¡Aceptado!... Pero a condición de que abras apenas transcurran tres minutos. Nada de bromas pesadas, ¿eh?

Entré en la caja, me encogí lo más que pude y dije a Osborne:

Ahora puedes cerrar la puerta.

Cerró y yo me encontré en una obscuridad parecida a la de una tumba. Apenas podía mover las manos. Ningún ruido llegaba a mí, fuera del tic-tac de mi reloj. Los tres minutos me parecían eternos.

Al fin, el ruido de la llave sonó en la cerradura, la puerta se abrió y no oculto que sentí un placer inmenso al volver a respirar a pulmón lleno.

—¡Bravo! Has ganado, Eduardo — me dijo Osborne. Toma la libra.

—La he ganado en buena ley — agregué —, porque no es nada agradable estar ahí dentro tanto tiempo.

—Es fácil, puesto que tú lo has hecho — replicó Osborne con desdeñosa sonrisa.

—Parece fácil para los que no lo han hecho — le contesté yo.

—Pues yo te apuesto la misma libra que has ganado a que estoy metido en la caja el mismo tiempo que tú.

—Apostaba esta libra, más estas dos — dije yo, sacando mi portamonedas.

Sin decir Osborne ni una palabra más, se quitó su chaqueta y se introdujo en la caja, colocando la cabeza entre sus dos piernas dobladas...

Yo empujé con fuerza la puerta, sonó el resorte de la cerradura automática y aguardamos.

Pasaron uno, dos, tres minutos..., y nuestro compañero Hollway, encargado de mirar el tiempo, se dispuso a abrir la puerta de la caja. De repente, dando un grito, se volvió a nosotros y con voz trémula nos dijo:

—¿Pero dónde está la llave? No está en la caja.

Comenzamos a buscar por el escritorio de Osborne, por el suelo, en su chaqueta... Nada. Una angustia espantosa iba dominándonos poco a poco... Estábamos lívidos... Y las mismas palabras brotaron de nuestros labios:

¡La llave la tiene en su llavero del pantalón!...

Durante toda mi vida recordaré la terrible guardia que monté al lado de la caja-féretro mientras mis compañeros salían a escape en busca de mister Brown y de un cerrajero.

Al cabo de veinte minutos llegó por fin mister Brown con la prometida de Osborne, su hija Jessie...

Renuncio a describirle la espantosa apertura de la caja y la aparición de un cadáver, del cuerpo congestionado, de los puños y uñas destrozados y sangrientos, los ojos fuera de las órbitas... Aquello era espantoso...

¿Comprende usted ahora por qué yo no apuesto y me horrorizo cuando oigo hablar de apuestas?



—“¡Supera a toda ponderación!”—

Cuantas personas han tenido ocasión de recurrir a la Malta Palermo, se han expresado en iguales o parecidos términos acerca de sus excelentes condiciones. La aprobación surge sincera, espontánea, porque ciertamente entusiasmo sentir tan pronta y notoriamente sus benéficos efectos.

Magnífica combinación de los elementos nutritivos de la cebada con las sustancias tónicas del lúpulo, la Malta Palermo es de un valor alimenticio extraordinario, íntegra y fácilmente asimilado por el organismo.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — Buenos Aires



Publ. P.A. Weber



Invitado por nuestras universidades para dictar cursos de su especialización, hállese entre nosotros el eminente maestro y pensador italiano Arturo Farinelli, que en el campo de la crítica literaria es considerado como uno de los ingenios más altos y más fuertes que Italia haya producido en el transcurso de los últimos cincuenta años.

En efecto, dotado de una mentalidad ágil a la vez que profunda, sólida y elegante, Arturo Farinelli, en sus trabajos propiamente científicos, se mueve diestramente como sólo puede hacerlo una intelectualidad superior, de los románticos alemanes a Calderón, del estudio de la fortuna de Dante en Francia al tormento de Ibsen, de Miguel Angel a Schubert, en los que siempre resalta una sagaz peregrinación de Alemania a Francia, de España a Inglaterra, con su prosa desenvuelta, robusta, señorial y finamente sutil, en la que se advierte al artista que se trasfunde todo en su obra.

En Farinelli sobresalen continuamente la erudición sistemática, minuciosa, desmesurada, que se halla en el método histórico-filológico; la visión amplia y la penetración serena de los más arduos problemas como enseñaron Vico y de Sanctis; el aborrecimiento de las fórmulas sórdidas cristalizadas y cristalizantes; la sagacidad más delicada en el análisis de las almas; el cuidado más elevado de la expresión, de la representación.

Sus libros no son de lectura fácil; Farinelli condensa y resume terriblemente. Es el defecto de los verdaderos maestros y fundadores de nuevos rumbos: la arquitectura del edificio que ellos tienen que elevar es demasiado grande para que puedan atender todas las partes. Hacer de cada página un volumen queda a cargo de los discípulos.

Mientras tanto, los lectores podrán estudiar con él las mutuas relaciones entre las literaturas de dos países, bastante lejanos, como España y Alemania; advertir cómo un mito idéntico — Don Juan — es sentido y reproducido de diferentes modos por la psiquis de distintos pueblos; indagar la influencia ejercida por un gran escritor, como Lope de Vega, sobre un hermano espiritual, pero de otra edad y nación, como Grillparzer, o constatar una fraternidad espiritual instintiva, inconsciente, sin necesidad de influencias recíprocas, como entre Leopardi y Lenau; buscar la imagen de Italia en las impresiones y en los juicios de los poetas humanistas de Alemania, o recorrer toda una literatura para recibir los matices más característicos a la luz del más poderoso genio de la estirpe italiana, como en Dante e la Francia".

La literatura comparada es una necesidad en nuestro tiempo. Así como en el Renacimiento las literaturas romanzas pasaron casi en segunda línea frente al avivado culto de la civilización clásica, hoy es general la sensación de incertidumbre y de insuficiencia de las literaturas nacionales: se quiere llevar la mirada más allá de las fronteras del propio país, reconocer y favorecer los contactos entre los pueblos, sustraerse de entre la multitud de los mediocres, en que está formada toda literatura nacional, para contemplar, casi reunidos en un panteón aristocrático de la humanidad, los espíritus más univer-

ARTURO FARINELLI

Por Oreste Ciattino

sales de cada tiempo y de cada lugar.

No ha mucho, que bajo el título "L'Opera di un Maestro", han sido reunidas y editadas quince lecciones inéditas de Farinelli, sacadas de los cincuenta cursos dictados por el eminente italiano. En la lista de los adherentes al homenaje internacional hacia el maestro latino, los españoles figuran en buen número, destacándose, entre ellos, los nombres de Menéndez Pidal, Castro, Cotaluño, Nicolau d'Oliver, Altamira y muchos otros.

Filólogo dotado de cualidades extraordinarias, Farinelli lo es en el

sentido más exquisito de la palabra. En él, esa rama del saber humano llega a formar aquel complejo de aptitudes y de conocimientos, que constituyen la condición ideal de un profesor de literatura comparada.

Ninguno de los mayores problemas de la crítica literaria escapó a su atención; ninguno de los medios que puedan conducir a resolverlos, él tuvo en desdén. Con una concepción perennemente despierta de la jerarquía de las cuestiones, Farinelli, exploró sutilmente todas las literaturas europeas.

Italiano ferviente, vivió con tré-

UN INTEGRO



—Mañana es la Fiesta del Trabajo y hay que cumplirla en todas sus partes. Por lo tanto, mañana no me levanto de la cama, pues el levantarme es de las cosas que me cuestan más trabajo.

MAXIMAS

El bienaventurado e inmortal, ni él cuida de negocios, ni los encarga a otros; de donde nace que ni lo mueve la ira ni el afecto, pues todo esto arguye enfermedad y flaqueza. En otros lugares dice que los dioses son aseguibles por medio de la razón; unos, subsistentes según número; otros, según una especie de semejanza, precedida de la perenne afluencia de imágenes semejantes, perfeccionadas por la especie humana.

—La muerte en nada nos toca, pues lo ya disuelto es insensible, y lo insensible en nada nos toca.

—El término y fin de la magnitud de los deleites es el substraerse de todo cuanto duela. En donde hubiere cosa deleitable, mientras ésta dura, no la hay que duela, o aflija, o ambas cosas.

EPICURO.

pido corazón los acontecimientos políticos de su patria. Ni su activo fervor patriótico es suficiente para amenguar su religiosa devoción hacia los estudios tranquilos y austeros; antes al contrario, los alimenta sin perturbar su serenidad. La severa disciplina metódica que la investigación histórica y filológica impone, debía ser ejemplo, en la vida de abnegación y de sacrificio hacia el deber.

Dante es para él, uno de los más completos y excelsos representantes de la estirpe, y sus obras una fuente de la que derrama tan abundante vena de sentimiento de italianidad, como para abreviar en cada momento las necesidades y las aspiraciones del alma nacional. Por esto él lo ama, pues en el espíritu de Farinelli, el ciudadano y el estudioso multiforme se funden y compenetran en una nobilísima unidad.

Dar una lista completa de la bibliografía farinelliana, no es empresa fácil, pues muchos de sus trabajos se hallan dispersos en revistas de diferentes países. Enumeraremos algunos de los principales, publicados desde 1894. He aquí los títulos: Grillparzer und Lope de Vega, Berlín 1894. Baltazar Gracián y la literatura de corte en Alemania, Madrid 1894. Guillaume de Humboldt et l'Espagne, avec une appendice sur Goethe et l'Espagne, París 1898.

Apuntes sobre viajes y viajeros por España y Portugal, Oviedo 1899. Cuatro palabras sobre Don Juan y la literatura donjuanesca del porvenir, Madrid 1899. Dante e Goethe, Firenze 1900. Michelangelo poeta, Firenze 1901. Dante e Margherita di Navarra, Roma 1902. L'umanità; di Herder e il concetto della razza nella storia evolutiva dello spirito, Catania 1908. Il "Don Carlos" delle Schiller, idem.

Franchi parole alla mina Nazionale. Petrarca, Manzoni e Leopardi. Divagazioni erudite. La vita e un sogno. Dante in Spagna, Francia Inghilterra e Germania. Michelangelo e Dante, etc.

Pero el campo donde su laboriosidad pudo cosechar mejores y mayores mieses, ha sido la enseñanza universitaria. Sus numerosísimas lecciones académicas han sido una riquísima contribución aportada para el incremento de los estudios.

Farinelli tiene los dones de la universalidad, las alas siempre listas para moverse ágilmente hacia horizontes siempre nuevos, siempre más extensos. El maestro italiano, en cada estudio, deja el sello de la originalidad de su mente, de sus investigaciones, y no hay problema que él haya tratado, sin que haya hecho adelantar algún trecho sus límites, no hay problema que él haya investigado, sin hacer brotar de los mismos, nuevos rayos de crítica reveladora, como una vez más, puso de manifiesto en las conferencias pronunciadas hasta aquí, en las universidades argentinas.

En una larga y cordial conversación que tuvimos con el maestro italiano, — en la que ambos recordamos complacidos nuestra antigua vinculación epistolar, — éste se manifestó encantado de nuestro ambiente intelectual y nos expresó su reconocimiento por las múltiples atenciones de que ha sido objeto de parte de nuestras autoridades universitarias y de muchos admiradores de su labor docente y de investigación en las literaturas europeas.

RIGOLETTO

Por Joaquín Dicenta

Fué uno de esos caprichos que la gente llama extravagancias y locuras, no siendo, realmente, más que el anhelo de buscar impresiones que turben la insoportable monotonía del trato diario y de la vida usual.

—¿Quieres beber? ¿Te piden el hastío o la desesperación opio de bodega? — dije al amigo que me acompañaba. — Pues bebamos con estos infelices. ¿A qué buscar los comensales de siempre? ¿A qué entretener con nuestro dinero la sed de un rufián, el oficio de una ramera o las vomitaduras líricas de un poeta, tan conocido en las tabernas como ignorado en el mundo artístico? El rufián murmuró de ti, en cuanto acabes de pagarle la última copa: la ramera, una vez cumplida su misión, partirá en busca de nuevos contribuyentes; y el poeta, luego de volver sobre nosotros el saco de su genio, iráse ebrio como una cuba y llamándonos a los dos imbéciles. ¿Qué diversión pueden proporcionarnos tales compañeros, aunque traigan por aliciente, la copla mil veces oída, el guitarrero otras mil veces escuchado, y el baile andaluz, ¡tan hermoso a la puerta del cortijo, entre flores y pájaros! ¡tan soez sobre la mesa del colmado, entre juramentos y botellas! Eso no nos sirve. Necesitamos cosa mejor.

—¿Cual?

—Ya lo he dicho. ¿Quieres que convidemos a estos infelices? Al menos, en el convite, puede haber un cambio de favores. Nosotros les haremos el de llenar su estómago; ellos el de presentarnos, con toda la franca desnudez del vino, tipos que sólo conocemos superficialmente. ¿Quieres?

—Con toda mi alma.

Eran tres mujeres y dos hombres. La Naturaleza les hizo infirmes, la sociedad mendigos. La naturaleza, esa gran matriz irresponsable, los engendró mal y los parió defectuosos. La sociedad, ese molde humano lleno de imperfecciones y abolladuras, tomó a su cargo aquellos seres deformados, vistiéndolos de ignorancia por dentro, de girones por fuera, y los vació en el arroyo. No hay duda; una y otra se portaron muy bien.

En la estrecha habitación del colmado donde iba a celebrarse el banquete, contemplaba yo a nuestros comensales, quienes sentados junto a una mesa, engullían gruesas rajadas de salchichón y apuraban sendos vasos de vino tinto.

Tres de ellos (dos mujeres y un hombre) eran tipos vulgares, de los que la miseria elabora sin esmero, es decir, sin ensañamiento: un viejo, en quilosado de la pierna derecha; una manca, vieja también, y una ciega de treinta y tantos años, cuyos ojos vacíos no representaban sino dos hoyos más en su rostro picoteado por la viruela. Perteneían al surtido de la desventura y el hambre.

Los otros dos, no. Constituían excepciones, drolelos irreproducibles.

La miseria orgánica y la social miseria manejan lo horrible con artística genialidad y producen de vez en cuando, maravillosas creaciones. Entre las mejores tuyas pueden clasificarse los dos seres a que me referí.

La mujer, baldada de brazo y pierna derechos, tenía veinte años. Su pelo rubio encuadraba un rostro pálido y oval adornado por dos grandes ojos azules, por una naricilla andaluza que se respingaba con más coquetería que descaro y por unos labios gruesos, entre los cuales relucía la dentadura como

un esmalte. Su barba era firme, suave el cutis, redonda la garganta, levantado el pecho. Después...

Después venía el contraste horrible, la crueldad del artista sin entrañas que construyó la imagen. El cuerpo encargado de sostener tan hermosa cabeza derregábase con doloroso derrengamiento; el brazo derecho caía inerte como el ala rota de un pájaro; el izquierdo se apoyaba en una muleta; oscilaba la pierna tullida como un pinglo de carne y soportaba fatigosamente la sana, lo que ella y su compañera debieron relajar con acompasado y gentil vaivén. Sí; por ironía bárbara de la suerte de aquella cabeza angelical construida para encararse con el cielo, brotaba un cuerpo reptiloso, condenado a arrastrarse por tierra, como de aquella boca, echa para modular acentos suaves y dulces palabras, salían cuentos romos y blasfemias soeces.

Siniestra obra la realizada por el destino con aquella pobre criatura. Dijérase que no cabía mayor

crueldad; para la imagen del hombre, alzándose frente a nosotros, parecían gritarnos: ¿No puede ser más cruel la suerte? ¡Cuidado con equivocarse, que estoy yo aquí!

Tenía un metro de estatura. Sus piernecillas de enano, curvadas como los signos de un paréntesis, sustentaban un cuerpo de gigante, preso entre dos jorobas; la posterior era esférica; la anterior terminaba en punto, remediando el tope de una coraza medioeval. Los brazos eran cortos, las manos raquíticas, redonda la cabeza, ancha la frente, expresivos sus ojos verdes, llenos de malicia y audacia, y sus labios desdeñosos y firmes. Tal cabeza encajaba en el tronco de golpe sin cuello intermedio, como si un puñetazo brutal la hubiese incrustado entre los hombros.

Contaría el deforme sujeto veinticinco años. Su habla era ingeniosa, sus respuestas vivas, sus ademanes desenvueltos, su frase burlesca y mordaz. A nacer cuando los reyes utilizaban monstruos para entretenimiento de sus horas de has-

Tengo el gusto de presentarles a "mi padrino"

"PARECE—dice Pepita—mi 'segundo papá.' Tanto así me quiere y me mimas. Yo 'me muero' por él. Es la bondad y la alegría personificadas. Dicen que en sus mocedades la corrió de lo lindo. Hoy—según él—ya no le quedan sino tres 'vicios': mi cariño, el tute y el tabaco. ¡Y cómo fuma, Madre Santa! Sin tregua ni descanso. Un día que yo le pregunté: '¿Porque tienes siempre un puro en la boca?', me contestó muy fresco: 'Porque no puedo tener dos, hija mía.'"



"¡HUMO, humo!" ¿Qué otra cosa es la vida?" Así filosofa "el padrino" riéndose de quienes le dicen que tanto fumar puede enfermarlo. Sin embargo, hace algún tiempo llegó a preocuparse, porque después de unos cuantos puros le dolía la cabeza y experimentaba un cierto malestar. Pero alguien le aconsejó la

CAFIASPIRINA

Y desde entonces cuando se excede en el cigarro, dos tabletas, un buen vaso de agua y ¡aquí no ha pasado nada! Además, un ataque de gota que lo hacía sufrir mucho, ha ido desapareciendo con el uso frecuente de esas admirables tabletas. Por eso ahora, en vez de llevar, como antes, diez puros en el bolsillo, lleva nueve... y un tubo de Cafiaspirina.

LA CAFIASPIRINA es incomparable no sólo para el abuso del tabaco, los excesos alcohólicos y las trasnochadas, sino también para los dolores de cabeza, muelas y oído; las neuralgias; el reumatismo, etc. NO AFECTA EL CORAZÓN NI LOS RIÑONES.



La próxima vez que PEPITA aparezca aquí, les hará la presentación de su TIA CONSUELO, que es el "angel" de la casa. No se pierda de conocer a tan interesante persona.

tío, fuera mi hombre bufón. Recordaba por su figura, por la claridad de inteligencia, por sus chistes sarcásticos, por el resplandor sombrío de sus ojos, por el enérgico dibujo de su boca, al loco del duque de Carra, al jorobado trágico, a Rigoletto. Sólo que nuestro Rigoletto vestía de andrajos, vendía periódicos y sólo en los dibujos de "sus" periódicos pudo contemplar de cerca a los reyes y burlarse de ellos.

Ignoro si acerté, pero el contrahecho mezo trajo a mi memoria la imagen de un niño, también contrahecho, que hace muchos años pedía limosna, alcahueteado por un violín, en el paseo de Recoletos. El niño de entonces tenía los ojos dulces y el gesto bondadoso; el hombre de ahora tenía los ojos duros y el gesto amargo. ¿Eran, el de mis recuerdos y el presente un ser mismo?... ¡Quién sabe!... Como aún no se ha hecho almanaque Ghota para los miserables, es difícil recomponer su historia y hallar sus orígenes.

Comían y bebían los cinco, habiéndonos al mismo tiempo y casi a la vez, de sus desventuras y trabajos. ¡Todos iguales! La infancia sin pan; la niñez sin guía; la juventud sin amparo; la inteligencia sin educador y la conciencia sin piloto. Por traje un harapo, por casa una cueva, por fortuna la pública limosna; para sus enfermedades el hospital; para sus imprudencias la cárcel; para los misterios del amor un rincón cualquiera; para los misterios de la muerte la fosa común... Comían y bebían, hablando al mismo tiempo y casi a la vez... Sus ojos relampagueaban iluminados por el vino; abría la gula satisfecha sus bocas con alegres carcajadas y franco hablar; los espolazos del alcohol hacían al jorobado más decididor, más ingenioso, más risueño que antes; y la muchacha rubia, con la hermosa cabeza echada hacia atrás, dirigía al techo sus ojos azules de virgen, y entonaba con sus labios rojos un canto de presidio...

—¡Tú también — exclamó mi amigo que estaba poco más o menos como sus comensales, — tú también, encantadora niña, andas por el mundo sin auxilio, sin protección, sin norte; sola con tu juventud y tu desgracia!

—No — repuso el jorobado, — esta no.

—¿No estás sola? ¿Te ampara alguien, muchacha?

—Puede — contestó el contrahecho mozo otra vez.

—¡A mí! — dijo ella. — ¡Pobre de mí!... Entre nosotros, con remediarse, cada uno hace más. Y de mí, ¿quién puede ocuparse? Otra tan pobre y tan inútil como yo... ¡Apoyo! El de esta muleta, si no se rompe.

Y volvió hacia mi amigo sus ojos azules.

Mi amigo era joven; el vino se le había subido a la cabeza, y como el alcohol predispone al romanticismo, quizá forjase en aquel momento una leyenda entre él y la baldadita del pelo rubio. Lo cierto es que, inclinándose hacia ella y rodeándole el cuerpo con un brazo: —No hables así — dijo. — Tu rostro es hermoso; en tus pupilas hay ternura de virgen germana; en tus labios apasionamientos de virgen árabe. Tu rostro es hecho para un poeta... Yo vestiré tu cuerpo de cuartillas salpicadas de versos para no ver sus imperfecciones; y esa

cabeza será mía... ¡Mía!... ¡Tráela!...

Y cogiendo la cabeza rubia con sus manos, estampó un beso en los frescos labios de la joven.

No fué voz; fué rugido; rugido

espantoso; parecía arrancado a la garganta de una fiera. Al rugido siguió la acción; acción tan rápida que apenas si tuve tiempo de evitarla.

El jorobado apartó violentamente



—Qué feas son las hermanas de Paredes, verdad?
—¡Cállate, que las paredes oyen!

ERA LA NOCHE...

La noche era en mi alma...
Impulsivo volaba el pensamiento
Abriéndose camino entre las sombras
Igual que un niño ciego.

Como rasga las nubes el relámpago,
Revelando del Cosmos
Uno de sus magníficos secretos,
Alzóse de improviso,
Imponente, soberbio en su grandeza,
El faro de tu amor en mi sendero!

Desde esa hora mística, bendita,
Sin saber donde voy ni por qué sueño,
Como una mariposa ebria de luz
En pos de tu Destino voy siguiendo!

COMO LAS AVES

Como dejan las aves en los bosques
Las plumas de sus alas,
Así dejando voy en mis canciones
Fragmentos de mi alma!

CORAZON

Habla. Corazón!
Expresa libremente lo que encierras,
Surja pura tu voz!
Confíale tus sueños y congojas
A estas páginas, que sean ¡todo Amor!
Deshoja las caricias de tus versos
Aunque nadie te sienta,
Más que yo...

CLARISA G. DE DIEGO ARBÓ.

a mi amigo, agarróse a su americana con manos convulsas y murmurando: "¡Qué ha hecho usted! ¡Eso es mío!..." Dió un paso atrás, sacó una faca de entre sus andrajos y se puso frente al poeta en actitud de reto.

Estaba horrible, trágico. Su deformado cuerpo, contraído por la rabia, parecían el de un sapo enorme pronto a lanzarse sobre una presa; sus piernecillas temblaban, iniciando el salto; un brazo se extendía amagando el golpe. Brillaban sus ojos con resplandor siniestro, y detrás de su labios cerrados veíase el crujir feroz de los dientes. Entonces no inspiraba risa, ni desprecio, ni lástima. Inspiraba terror. Era Rigoletto desafiando al hombre que trataba de arrancarle su dicha... ¡la dicha única!

¡Arrancársela!... ¿No bastaba que la Naturaleza se hubiese ensañado en su cuerpo y la social injusticia con su alma? ¿Qué una le pariera contrahecho y la otra le hiciera mendigo? Hacía falta más, sin duda; y dos señoritos viciosos, dos hombres hastiados, que buscaban impresiones fuertes, querían robarle su hembra, su tesoro, por nada, porque sí, con el exclusivo objeto de divertirse un rato.

No. Ellos lo tenían todo; juventud, perfección de cuerpo, dinero que gastar, mujeres sanas que poseer. El no tuvo nada, y cuando vino para él la hora sublime del amor, buscó satisfacción al suyo donde solamente podía hallarla, en una mujer miserable como él, como él, inútil y como él, pobre. ¿Por qué trataban ahora de quitársela?... ¿Por qué hacerla víctima de un tormento más?... ¿No eran ya bastante los sufridos!... ¡Quitársela!... Más fácil fuera quitarle el corazón. ¡Quitársela!... ¿Que probasen!... ¡No se la quitaría nadie! ¡Nadie!... No quería él.

Nosotros tampoco quisimos.

Solo pasa en Yanquilandia...

Cada día que pasa debemos convencernos más de que Estados Unidos es el país de las cosas raras. Los norteamericanos están animados de un espíritu de personalismo que les lleva a los mayores excesos con tal de que el resultado contribuya a afirmar el concepto que sobre ellos se tiene de que todo lo que hacen es extraordinario.

Como si se pretendiera añadir una nueva prueba en tal sentido, no hace mucho, un juzgado de Springfield, Massachusetts, presentó como testigos de un juicio... ¡a dos gallos de riña!...

Un ciudadano había sido acusado de entrenar gallos de riña y, como pruebas o testigos de la acusación, el juzgado dispuso que fueran llevados a la audiencia dos de los gallos, propiedad del acusado.

Como es natural, los gallos no declararon ni en contra ni en favor de su dueño, pero ante los funcionarios judiciales y el público que llenaba la sala, hicieron una buena riña, que era lo que se trataba de demostrar.

Como el águila del Líbano
se vuelve Ritja a su "kan".
Sangrienta fué la pelea:
su dueño sangre chorrea...

Allá van,
allá van
raudos como el huracán.
Suelta el árabe su cántico,
ronco y ahogado en dolor:
"—Corre, Ritja; corre, vuela,
"que el tigre está en centinela
"y aun veo yo,
"aun veo yo
"las palmas de Jericó."
En su garganta de ébano;
sepúltase un yatagán.
Cayó el beduino bramando;
para Ritja, y relinchando,
¡qué animal!
¡qué animal!
lame la herida fatal.

II

Sobre la escueta "duna"
así habla el prisionero
con la luna:
"—Casta madre, ya me muero,
"que a Ritja vuelvan a ver
"mis hijos y mi mujer.
"Que los vientos
"de mi patria
"con sus crines
"jugueteen
"Que repitan
"sus confines
"el relincho
"que ella dé.
"Queda sin mí, viuda mi mujer:
"sin Ritja, ¿de mis hijos que va a ser?
"¡Es un águila sin plumas
"el árabe sin corcel!"

En la cresta de la duna
dos negros ojos brillaron
a la luna;
hondos quejidos sonaron,
y un relincho que debió
escucharse en Jericó.
Y el herido
sin ventura
murmuraba
con dolor:
Ritja mía:
"¿cuándo esclava
"he creído
"verte yo?
"Vida perder no siento y libertad,
"que perdiéndote a ti, pierdo ya más.
"¡Antes de morir, me falta
"de alma y vida la mitad!"

III

Arrastrando ya el herido
sobre la arena abrasada
cual ave enferma a su nido:
que ver a su yegua amada
la vez postrera ha querido.
Verla por última vez
a luna del desierto,
llorar su triste viudez,
su dueño cautivo y muerto,
su ya perdida altivez.
"—Ritja, Ritja, amada mía,
"asombro de Alejandría,
"sol de mis montañas verdes,
"¿no te dice mi agonía
"¡ay! que te pierdo y me pierdes?
"Mi amor... y mis penas ya,
"que estas manos no te ensillen
"por nuestro mal, quiere Alá;
"que te ultrajen y te humillen
"los caballos de un pachá.
"En sus patios confundida,
"fama perderás y bríos,
"ya que no pierdas la vida...
"¿dónde serás tan querida
"como te quieren los míos?
"No te darán las doncellas

"Ritja" la querida yegua

"ya la letche de camellas
"con su mano torneada,
"ni mis hijuelos con ellas
"el puñado de cebada.
"Ya tu ancha cola de espumas
"el huracán del desierto
"no hinchará, como las plumas
"del águila que entre brumas
"se cierne sobre el Mar Muerto.
"Tus callos no arrancaran
"de las egipcias arenas

EL FIEL

No pienses nunca: "Fulano tiene
más de lo que merece".

Jamás exclames: "¡injusticias de la
suerte!"

En verdad te afirmo que no hay
fiel, que no hay balanza de precisión
más delicados y perfectos que los de
la Justicia distributiva.

Dios no tiene por qué intervenir en
las sanciones de los actos. Cada acto
lleva en su germen mismo el premio y
el castigo, como en cada bellota están
la encina o el roble con todas sus po-
sibilidades, su majestuosa sombra
futura y hasta los pájaros que anida-
rán en sus ramas.

La invisible fuerza que distribuye
los bienes y los males es una ley; y
así como es imposible que se equivo-
que la Ley de atracción universal, así
lo es que yerré esta ley portentosa.

Cuando Newton formulaba ya in-
mente su famoso principio, parecíale
que determinados movimientos de los
cuerpos celestes no se ajustaban a él.
¿Estaba el error en la Ley? ¿Estaba
en los cuerpos, rebeldes?

El error estaba en las observaciones,
en los cálculos de las distancias, en
ciertas medidas terrestres inexactas.

Cuando se pudieron rectificar, mer-
ced a nuevas medidas y cálculos, los
anteriores, se vió que la Ley era infa-
lible.

De María Antonieta decíase que en
todo era graciosa, pero que no bai-
laba a compás.

Y un cortesano, lleno de ingenio,
la defendió con aquella célebre frase:
"Dicen que no baila a compás; pero,
en este caso, la culpa será del com-
pás." "C'est la mesure qui a tort..."

Pues así es la justicia distributiva:
tu mirada, tu observación, tu juicio:
tu "compás", se equivocan: Ella,
nunca.

Lo que te acontezca es lo único que
debe acontecerte, y el universo entero
no aplastará sin razón a la más peque-
ña hormiga.

AMADO NERVO.

"chispas, como de un volcán,
"ni en las corrientes serenas
"te bañarás del Jordán.
"Tú, tan heroica y valiente,
"que al rugido del león
"piafas tranquilamente;
"tú, que de un salto el torrente
"atraviesas del Cedrón;
"En el "Djerid" la primera,
"sin igual en la carrera,
"ruda al trote, blanda al giro,
"la yegua más caballera
"que hay desde Salem a Tiro;
"¡Ritja, tú ajena! ¡tú esclava!
"¡el huracán en cadenas!
"No, por Alá, Ritja brava."
(Y con esto, a duras penas,
rompió el árabe la traba.)
"—Vuelve el desierto a cruzar;
"ve al "Kan", y a mis hijos dí
"en tu lengua singular,
"que no me pude salvar,
"pero que te salvo a ti".

IV

Sin sentido
el herido
postrado en tierra cayó.
¡Pobre Ritja!
le miró...
le lamió
De sus ojos
en lo oscuro,
¿quién el fuego comprende que brilló?

Cuando el alba
sonreía
por Salén,
por do undía
riyó el alba del mundo también,
la cristiana
caravana
parábase en el desierto
de asombro mudo y terror,
mientras el drágo man experto
así dice en su interior:
"—¿Adónde va aquel caballo?
"La tierra, que apenas toca,
"retiembla bajo su callo.
"¡Y lleva un hombre en la boca!
"Nunca el desierto, corcel
"cruzó más a la ligera,
ni la corza de Betel,
le aventaja en la carrera,
"Pacto tendrá con Alá
el hombre que le posea.
"Ni se ha visto ni verá
"corcel mejor en Judea."

V

Allá van,
Ritja y el árabe al "kan".
Tres infantes
ved allí:
parecen tres tiernos pámpanos
de las viñas de Engaddí.
Abrazan al herido
que en la tierra pone Ritja sin sentido.
El olmo y la yedra se abrazan así.
También sobre el arenal
cae la yegua leal:
¡ay Ritja! ¡pobre de ti!
Toda la tribu llora;
el árabe está loco;
¡Ritja murió!
Con leche de camellas
brindáronle doncellas:
no la bebió.
Su mano halagadora
tendióle sin demora
el árabe... tampoco...
la lamió,
¡y murió!
La lira del poeta
cantó la noble hazaña
de Ritja fiel.
"Alá en su Eden preciado
"la recibió a su lado:
"vive con él".
Cuando en la duna escueta
al "beduino" inquieta
el turco, a Ritja invoca:
"¡No hay corcel
como aquel".

Vicente Barrantes.

Curiosidades

Los serenos de las ciudades japonesas llevan dos pedazos de madera, que haciéndolos chocar, sirven para avisar a los ciudadanos de que hay un fuego.

Por cada mil habitantes de los Estados Unidos, hay más de dos personas recluidas en los manicomios e instituciones, para el tratamiento de las enfermedades mentales. El número total de locos se calcula en doscientos cincuenta mil.

La planta de arroz goza de inmunidad casi completa contra los ataques de los insectos y contra las enfermedades de que infectan los vegetales.

En algunos lugares de Francia las gentes del país, cuando hay una tormenta, adornan sus sombreros con ramitas de majuelo, en la creencia de que, así protegidos, se aseguran de todo peligro contra los rayos.

Las ranas tienen, como los camellos, la facultad de almacenar humedad en su cuerpo, por lo cual pueden pasarse sin beber durante espacios de tiempo que ocasionarían la muerte a otros animales.

Una colmena, contiene generalmente, una reina, 300 a 400 zánganos y 40.000 obreras.

Los dados se empleaban en la antigua Grecia; la invención y juego de los mismos es antiquísimo.

Las montañas de la Luna son inmensamente mayores que las de la Tierra, en proporción al tamaño relativo de ambas.

El ex Kaiser Guillermo II de Alemania, tenía en su despacho, un pisapapeles hecho de una piedra recogida de lo más alto del Kilimanjaro, el monte más elevado de Africa.

En 1880, cerca del 90 por 100 de la población total de los Estados Unidos, vivía de la agricultura. Hoy este porcentaje se ha reducido hasta el 28 por 100, a pesar de la demanda, cada vez mayor, de productos agrícolas.

Durante los cinco meses de invernada, los cocodrilos no necesitan casi alimentarse.

El primer ómnibus arrastrado por caballos que apareció en Londres, fué hecho hace un siglo. El último de esa especie, perteneciente a la London General Omnibus Company, dejó de circular el 26 de octubre de 1911.

Una serpiente se ha posesionado de un templo en Jurood (India). Los naturales del país no la arrojan de él ante el temor de ofender a sus dioses.

Según el doctor Bainbridge, la perduración de la vida física podría ser lograda por los sabios si éstos descubriesen el secreto de combatir las toxinas segregadas internamente por el organismo. A este respecto hace notar que una parte de un corazón de una gallina pudo ser conservado con vida durante quince años por los experimentadores, después que éstos encontraron el procedimiento de combatir las toxinas.

Según Plinio, los romanos, hace más de dos mil años, importaban queso de Roquefort de Francia, para saborearlo en sus banquetes.

Se calcula que una abeja para producir medio kilo de miel, tiene que extraer el néctar de sesenta y dos mil flores y para elegir las buenas y realizar su trabajo necesita realizar no menos de 2.750.000 visitas.

Los indios americanos conocen desde hace mucho tiempo el poder "anestésico" de cierta clase de música. Lo ha comprobado el hecho de que tienen canciones para entonar mientras el médico cura una fractura.

G. Fenimore Cooper se decidió a escribir después de haber leído una novela muy mal escrita.

Se ha inventado un nuevo vidrio que no se rompe, aun cuando se deje caer sobre él, una bola de hierro desde una altura de ocho pies.

En el Japón, actualmente se utilizan más de cuatro millones de bicicletas.

Muchas de las flores que se utilizan en los hoteles y restaurants de Londres para adornar las mesas, son perfumadas con esencias que imitan su aroma natural para que éste parezca más intenso.

Se ha descubierto en las costas de California una clase de pescado fosforescente, que realiza diversos juegos de luz mientras persigue su presa.

El ácido carbónico es un componente de la nieve, por eso ésta es un espléndido fertilizante.

El cerebro jamás trabaja por entero. Opera alternativamente en dos mitades.



¿Estoy linda hoy?...,

se preguntan las chicas mirándose al espejo. Es claro, hay días en que una se encuentra mejor que de costumbre.

La belleza, debe ser para todos los días y para lograrla hay que disimular pequeños defectos, utilizando un buen polvo para la cara.

Nosotros sabemos fabricar, con materias primas de primera calidad,

POLVO GRASOSO
PARA LA CARA

en diferentes tonos y perfumes, que lo vendemos, sin lujo, en paquetes de 1/8 de kilo a \$ 0.70.

Haga una prueba; la dejaremos contenta y habrá hecho una seria economía.

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires



LA LLEGADA DE LA SARMIENTO



La veterana fragata "Sarmiento", escuela naval flotante, que acaba de llegar a nuestro puerto después de un viaje de instrucción llevando a bordo los aspirantes de la armada nacional. El buque atracando a la dársena norte, donde le esperaba un público numeroso. — A la derecha: los primeros abrazos.



HUÉSPEDES DISTINGUIDOS

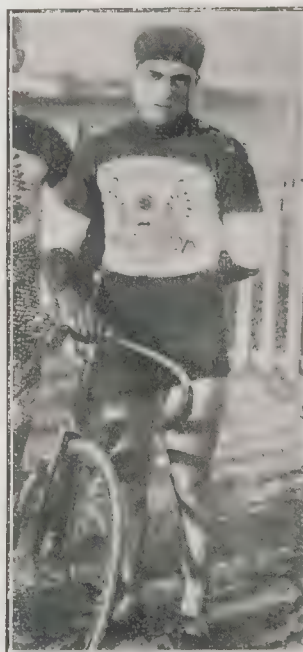


Profesor Arturo Farinelli, eminente crítico literario y notable filólogo recientemente llegado a nuestro país, donde pronunciará diversas conferencias en varias de nuestras universidades. Acerca de esta distinguida personalidad publicamos, en otro lugar de este número, un artículo de nuestro colaborador señor Oreste Ciattino



Doctor Figueroa Larrain, ex presidente de la Corte Suprema de Justicia, de Chile, y figura que adquirió gran relieve últimamente, a causa de los acontecimientos políticos que recientemente tuvieron lugar en la república hermana

CICLISMO



Del Guerro y Polet, pareja de corredores que obtuvo el triunfo en la carrera de las veinticuatro horas

Demostración al señor Ignacio Martínez



La cabecera de la mesa en el banquete que el personal superior de la tienda "La Piedad" ofreció al señor Ignacio Martínez, copropietario de dicho establecimiento, con motivo de sus actividades comerciales

Cincuentenario



Señor Ernesto Antonelli, notable pintor ha poco fallecido, y de quien acaba de cumplirse el cincuentenario de su nacimiento

NOTAS TEATRALES



Segundo Pomar, primer actor de la compañía que actúa en el teatro Nuevo



María Esther Pomar, primera figura del mencionado coliseo

A la derecha: una decena de bataclanas del teatro Nuevo, que tienen a su cargo la ejecución de los números de danza



PARTIDO DE FOOTBALL



Team de Racing que, mediante un "score" de 1 a 0, obtuvo el título de campeón de la Villa de Montevideo



Representantes de Bella Vista, de Montevideo, vencidos en su encuentro con Racing

TE DANZANTE



Parte de la concurrencia al te danzante organizado por la brigada 38.ª de la Liga Patriótica, que preside la señorita de Lebrero, y realizado en el Savoy Hotel

El terremoto ocurrido en Mendoza



Vista parcial del estado en que quedó la edificación situada en el tramo de la calle Patricias Mendocinas, frente a la plaza Independencia, cuadra que fué derrumbada en su casi totalidad.



Un aspecto de la calle Sarmiento esquina a la avenida España



Efectos del fenómeno sísmico producidos en las calles Chile y Rivadavia



Una parte de la casa de gobierno, que también sufrió serios perjuicios



La familia de nuestro corresponsal, señor Capra, milagrosamente salvada del siniestro
Fots. Capra.

Banquete al señor Gavinoser

Con motivo de la reciente publicación de su libro "Horizontes", el señor J. Gavinoser fué objeto de una afectuosa demostración, consistente en un banquete servido en su honor. La cabecera de la mesa, de derecha a izquierda: señoritas Lolita Taubas, Juana y Malvina Spector y señores Isaac Sandler, J. Gavinoser y doctor S. Gutman. De pie: señorita Sara Smech, señores José Rosenzvit, P. Peck, Jacobo Fischerman, Eduardo María de Ocampo, Samuel Gorjowsky y J. V. De Girolamo





Marplatenses



Carlitos Jiménez Zápiola



Cachito, Beba y Chicha Tasso



Un bello motivo de decoración



Displuencia



Curiosidad



Los últimos remojones



Dos buenos amigos



Señor Fernando Galeano



Los típicos vendedores de caramelos de la plaza
Colón



El famoso cisne ciego de la piscina de la plaza
Colón



Un "barítono" con su sombrilla protectora
Fots. Bonnin.



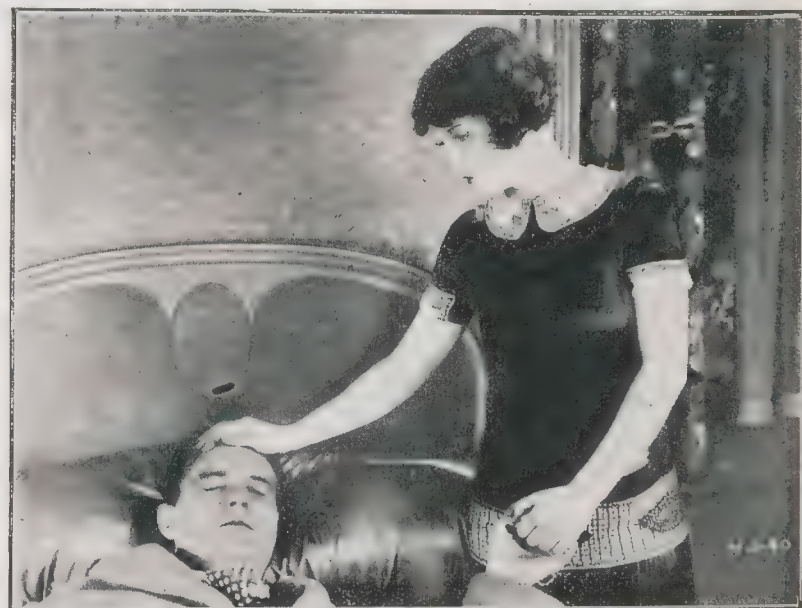
Actualidades cinematográficas



Escenas de "La viuda alegre", extraordinaria producción de la Metro Goldwyn-Mayer, interpretada por Mae Murray y John Gilbert, una notabilísima pareja, y que ha sido dirigida por Eric Von Stroheim, celebrado productor de "Esposas imprudentes". Este film será presentado por dicha empresa local el 6 de mayo en el San Martín, y su estreno será un acontecimiento original: el espectáculo comenzará en el vestíbulo, adornado e iluminado especialmente, y habrá novedades en el escenario y en materia de luces. Tal presentación aumentará el éxito de la magnífica obra.



Edward E. Horton y Marion Nixon en la película Jewel "Nuestra torre de ensueño", que la Universal estrenará pasado mañana.



Viola Dana y Tom Gallery en "La sombra del hogar", cinedrama Rialto que la General exhibe desde anteayer.



Virginia Brown Taire y William Russel en el film "En alas de la tempestad", que la Fox estrenará pasado mañana.



Una escena de "El anzueto", con Marie Prevost y Douglas Fairbanks (hijo) que Glücksmann estrenará pasado mañana.



Edith Roberts y Harland Tucker en "Ganando un corazón" cinta que en su programa Extra Arte exhibe desde anteayer la Corporación.



Los doctores Leopoldo Melo y L. Albarracin

De Cacheuta



De izquierda a derecha: vicegobernador de Mendoza, doctor Carlos Saa Zarandón, gobernador de Mendoza, doctor Alejandro Orfila y gobernador de San Juan, doctor Cantoni.



Disparándole al "Don Juan"



Un quinteto prevenido contra los tesoros



Dos simpáticas amiguitas.



Un grupo de veraneantes divirtiéndose durante las fiestas del último carnaval.



Señorita Bellida Millara.



Otro núcleo de los que festejaron dignamente el reinado de Momo.



Un interesante comentario



Señoritas Delia Falcón Puentes y Lola y Margot Miralles, doctor Mauricio Zech y señor L. Palenque



Señora Virginia N. de Garrolian, señorita Celina Garrolian y señor Mario Furlotti.



Banquete de despedida ofrecido a las señoritas Chongona y Carmen Bonadeo Ayrolo, Raquel Villanueva y María Olmos



Concurrentes al almuerzo con que fué obsequiado el señor Santos de Lacorte y su familia con motivo de su partida.

Fots. Bejarano.



De Rosario de Santa Fe



ENLACES. — Señorita Leonor Cogan Guerrero con el señor Federico Mast



Señorita Carmen Pengret con el señor Pedro A. Bevilacqua



Señorita Mercedes Bestard con el señor Juan Martorell



Señorita Adela Iglesias Pineda con el señor Domingo Bruno



Señorita Aurora Paniagua con el señor Juan Cuéllar



Señorita Marta Rodgers con el señor Héctor T. Laborda



Señorita Graciela Navarro con el señor Jorge Rodríguez



Señorita Teresa Gasticon con el señor Humberto C. Faggioni

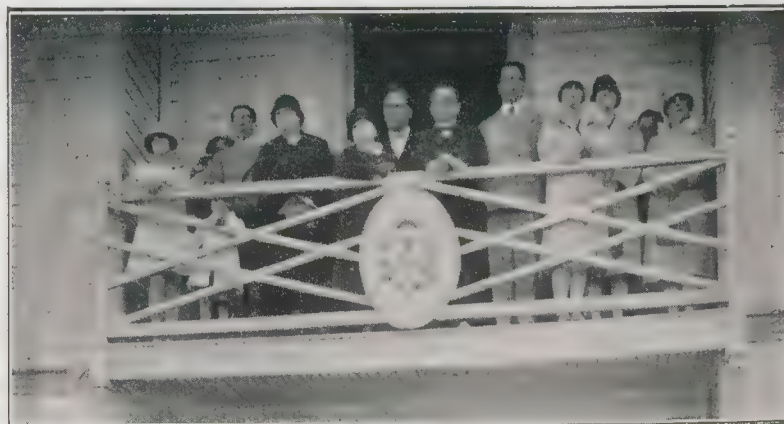


Señorita Ada Pommerenke con el señor Francisco Sordelli

Ecós de la visita del ministro doctor Sagarna al Neuquén



El ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Sagarna, durante la demostración que le fué ofrecida en la estancia del doctor Plottier



El ministro, el juez letrado del Territorio y demás comitiva oficial escuchando desde el balcón de la Casa de Gobierno el himno nacional cantado por los alumnos de las escuelas

De QUEMÚ - QUEMÚ — Visita del gobernador — Demostración



El gobernador de La Pampa, señor Ignacio Laza, visitando la oficina de Correos de Quemú-Quemú.



Señoritas que participaron en el homenaje tributado a la señorita María Pascual. Fots. Ligaluppi y Carretero.



DE CARHUÉ



Señoritas de Jáuregui, Prieto y Cané y señor Prieto Cané



Señoritas de Torres, Fiorillo, Prieto y Arabehty



Señora Aida Magni de Adobato y su hijita Haydée



Señoritas de Mallié y Bañero



Una "pose" para FRAY MOCHO



Señoritas de Faudre y Mallié



El gobernador de la provincia, doctor Vergara, acompañado de los señores Rasquin, Cabello, Erize, Ratto, Insua y otros



El señor Augusto S. Mallié y familia



Señor M. Marrugat y familia



Señor Bianchi-Cárcano; doctor Carranza y señora, coronel Santini y señora, señor Noceti y señora, señor Jiménez Bustamante, señor Togneri y señora, señoritas de Miranda Naón y señor Pedernera



Señora de Marrugat y su hijita Fots. Carretero.

¡Querida Juanita! ¡Mi pobre pajarito!

—Vamos, abuelita; no llores más; te lo suplico. Ten valor.

En la penumbra del crepúsculo de la antigua casa, las dos voces llenas de tristeza, la joven y la vieja, se unían en el mismo dolor.

—¡Pobre pequeña! ¡Pobre pajarito mío! —decía la voz débil y cascada de la anciana—. ¡No volver a verte! ¡Saber que estás sola en ese gran París, entre las tentaciones, en la atmósfera de mentira que envuelve allí todas las cosas!

—Pero yo no puedo rehusar, abuelita. Comprende que allí voy a ser la secretaria titulada del gran patrón. Que voy a reemplazar a la señora Shotelier. Y cuando haya terminado mi prueba, dentro de tres meses, tú vendrás a vivir conmigo a París, abuelita. Y viviremos mucho mejor que en este antiguo y destartado caserón, donde hemos conocido horas tan tristes y tan pobres...

Su voz joven cabrillea en la penumbra azul...

—No hables mal, queridita, de esta vieja casa. La jaula, seguramente no es muy bella ni muy atrayente para ti, para mi tortolilla adorada. Sin embargo, esto fué un nido embellecido por mi viejo corazón y por mis viejas manos...

La voz vieja imploraba quedamente...

—Ya lo sé, abuelita, rica..., ya lo sé. Pero yo quisiera ofrecerte otro nido..., digno de ti, de tu nombre, de nosotras... La última nieta de Jean Bell de Colombel el corsario ennoblecido por Francisco I; la hija del héroe de los combates de Mekong viviendo en un miserable tugurio de la Fosse-Nautaise; y yo... después de muerto papá, en el Marne, y de muerta mamita de pena, hace seis años.

Sus lágrimas puras brillaban en la penumbra.

—Sí, querida. Pero nosotras hemos permanecido siempre fieles a la divisa de nuestro antecesor: "El ala blanca en el cielo azul". Hemos ganado honradamente, nuestro pan. Hemos vivido humildes pero resignadas, sin pedir nada a nadie y menos a este pobre pueblo mutilado..., arruinado...

La vieja voz vibraba con orgullo...

—Muy pronto cambiarán los tiempos —dijo Juana Francisca de Colombel—. Vendrán los días mejores. Nuestra linda casita parisiense en el antiguo Passy, donde yo nací, abrigará tu cabeza blanca, mi querida abuelita Ana María.

—Sí... Pero, por de pronto... tú te vas... Dentro de una hora habrá volado mi lindo pajarito de la vieja jaula que quedará vacía, sin alegría y sin juventud...

—Vamos a comer, abuelita. Te he traído cosas ricas de la confitería de "San Juan Bautista".

La luz de la lámpara, al ser encendida, derramó sus rayos de oro sobre la mesa.

Al día siguiente, después de quince horas de viaje, durante la noche, Juana Francisca de Colombel, se presentaba en casa de Mauricio Dulong Gardet.

El gran industrial la recibió al instante...

La señorita "Ala Blanca"

Por Hubert Lejeune

Ella sólo le conocía por el retrato, que durante la temporada de sport se había prodigado en todos los diarios y revistas. Conocía por las fotografías la efigie impetuosa y dura de un "hombre de negocios" de altivo continente y con una elegancia un poco trasnochada de antiguo militar.

Admiraba este rostro, de hombre de cincuenta años, en el que un proyectil de la gran guerra había abierto un profundo surco desde la base de la nariz hasta la oreja. Le agradaba su voz cálida, generosa y su acento firme e imperativo...

Sentada en un sillón inglés, man-

Pidan

"QUILMES CRISTAL"

La mejor cerveza

No imaginaba que de un cuerpo rígido y seco, y de un rostro ceñudo y autoritario, pudiera salir tan amable sonrisa.

—¡Señorita de Colombel! Encantado de conocerla, señorita. Reciba mis cumplimientos. ¿Quiere sentarse aquí? Hablaremos unos instantes.

Los dos se contemplaron mutuamente.

El admiró la belleza de la recién llegada, un poco seria y atemorizada. Le parecía muy bien y ya le había conquistado, al primer vistazo, por su distinción, su gracia, la franqueza de su mirada y la elegancia de su sencillez.

Ella admiraba al hombre de combatiente energía que había conquistado para la Francia, después de haberlo pagado con su sangre, el dominio del aire.

tenía su cuerpo erguido, su mirada atenta, notándose un pequeño temblor en las enguantadas y pequeñas manos que apoyaba en el puño de la sombrilla.

El, sentado en su mesa de trabajo a plena luz, leía una ficha que tenía el nombre de ella escrito en tinta roja, con hermosa letra redondilla.

Debajo de él había las siguientes líneas:

"23 Agosto 1902. Entrada. 10. Octubre 1921.

"Dactilógrafa y estenógrafa modelo. Excelente correspondencia en inglés, alemán e italiano; posee la voluntad, la seriedad y la energía de un empleado de gran porvenir. Puntual, trabajadora, inteligente.

"Ausencias. — Nueve, en treinta y siete meses; salud excelente.

"Moralidad. — Perfecta en todos sus aspectos.

"Situación personal. — La señorita Juana Francisca de Colombel puede y debe rendir grandes servicios a la casa. Su sitio no es Nantes. Tiene gran facilidad para asimilarse el conocimiento de los motores y aparatos.

"Desea vivamente aprender a conducir y tener su "brevet" de aviadora. Es decidida, tiene serenidad y sangre fría; puede ser una piloto admirable.

"Ficha comunicada a la Dirección desde la sucursal de Nantes, el día 9 de marzo de 1924".

Mientras leía todo esto, apoyaba la punta de un dedo en el botón de marfil de un timbre.

—Su ficha, señorita —dijo con una sequedad comercial— hace de usted y de su carácter y condiciones, los mayores elogios. Se ve por ella que siente usted por la aviación un gran entusiasmo.

—Sí, sí, señor —contestó la joven—. Soy hija, nieta y biznietita de marinos. Yo quería prestar servicios en el mar; pero todavía, en nuestros tiempos, no se confía la dirección de las naves a las mujeres.

—Sí, ya lo sé. Juan Bell de Colombel y su hijo Francisco tienen sus estatuas respectivamente, en Nantes y en Vannes. Ya que usted no puede servir a Francia en el mar, como sus antepasados, la servirá en el aire. El cielo también es un océano, con sus oleajes, sus tormentas y sus bonanzas. Es un océano sin islas, pero con naufragios, y en él la muerte está por todas partes invisible, pero siempre presente...

—Ya lo sé, señor —contestó Juana Francisca, sin inmutarse.

—¿No le da miedo? —preguntó el industrial sorprendido.

—Mentiría si le dijese lo contrario. Pero yo dominaré mi miedo. Tenga la seguridad más completa. Seré valiente. No hay más remedio.

—¿Por qué?

—Tengo mi vida por hacer, señor. Soy sola en el mundo, porque mi pobre abuelita, septuagenaria, es para mí como una nenita. Una niña viejecita, cuyos últimos días tengo que endulzar.

Una breve emoción veló durante unos segundos en la vista firme y serena de Dulong Gardet. Pero la dominó.

Un joven de arrogante presencia penetró en el escritorio, lleno de luz.

Era moreno, de ojos azules, afeitado, simpático y fuerte. Vestía un traje gris claro y poseía esa elegancia natural y sobria de los hombres de acción.

Su mirada se cruzó con la de la joven... Hojas de espada que se prueban en un asalto cortés...

—Mi sobrino Pedro Dulong Gardet. La señorita Colombel, tu futura discípula —dijo Mauricio.

—Encantado, señorita —repuso el joven, dibujando en su rostro una amable sonrisa.

tío — señorita de Colombel — continuó — vamos a alegrar ahora mismo el empleo de su tiempo. Por la mañana, trabajará usted conmigo, de nueve a once. Leerá usted las revistas especiales, las obras inglesas, alemanas e italianas, puesto que posee usted los tres idiomas. Me señalará los artículos interesantes para la aviación y despachará la correspondencia extranjera. En caso de necesidad,



le daré a traducir algunos textos cuyo tecnicismo no debe asustarla, puesto que ya conoce los motores y los aparatos. Al mediodía irá usted a Buc a practicar con Pedro, hasta las cinco. Se fijará en los talleres y aprenderá a montar y desmontar motores y pilotear aparatos. Cuando conozca usted bien la parte mecánica y domine el volante, le sacaremos su "brevet". Y en seguida le diremos lo que pensamos hacer de usted. Todo dependerá naturalmente, de sus aptitudes, bien entendido que su aparato y los gastos que origine correrán de nuestra cuenta. Vaya, hoy mismo, con Pedro, a casa de Broth, donde la munirán de casco, overal y demás accesorios. Y ahora — terminó — vámonos a comer.

* *

Un mes más tarde.

—Dime, Pedro.

—¡Mi tío!

—¿Cómo va tu discípula?

—Prodigiosa, tío. Tiene reflexiones de una seguridad y una prontitud increíbles. En el doble comando de la escuela yo me reduzco a llevar las manos en los bolsillos. Ni una falta, ni una distracción. Ha nacido pájaro. Si te dijera que los mejores mecánicos cierran su boca cuando ella aparece. Se burlaron cuando comenzó. Ahora la admiran y el mismo Dick, el "chauffeur", no abusa ya de sus bravatas y de sus mentiras. Ella les impone el silencio, y la estimación. Y se comprende. Han sabido, yo no sé cómo, porque yo mismo lo ignoraba, que es de estirpe de héroes, cuya divisa nobiliaria es "El ala blanca en el cielo azul". La llaman gentilmente, "la señorita Ala Blanca".

"El pintor de la escuela, ese bruto de Forster, ha inscripto su divisa, dentro de un círculo alado, en la puerta de su cabina.

"Todo el mundo la adora; sobre todo desde que no se separó ni un momento del pobre Fernando Cluet, atendiéndolo como una enfermera, hasta que acabó de curarse de las heridas de su caída. Llegó hasta ofrecer su propia sangre al médico, sin que nadie se lo insinuase, para salvar al débil enfermo. Es una mujer de cabeza y de corazón".

Mauricio Dulong sonrió imperceptiblemente.

—¿Tú lo crees efectivamente. Pedro? — le dijo.

—Estoy segurísimo de ello, tío.

—¿Tú? ¿Tú, que hasta ahora no veías en una mujer más que un niño enfermo, según tu frase favorita? Me asombra tu lenguaje tan ferviente y tan entusiasta.

—Es que hay excepciones. La señorita Ala Blanca, o mejor dicho, de Colombel, no es una mujer como las demás. Es una naturaleza de "élite", que Dios hace, muy de tarde, como muestra de la habilidad de sus divinas manos.

—¿De modo que la admiras?

—Y la amo, tío — confesó gravemente Pedro — Pero... no se lo diré nunca.

—¿Por qué?

—Porque me parece que ella ama a Fernando Cluet. Es muy natural. Lo ha salvado. Y además... Cluet es el descendiente del gran pintor de otros tiempos... Existen entre ellos, muchos puntos de contacto que nunca habrá entre ella y

yo... El arte, la historia... una sensibilidad ensambladora y vibrante...

—Veo que sufres, pobre sobrino. Voy a tener que lamentar el haberles puesto a ustedes en contacto.

—Si tío, sufro. Pero no te importe. Todo pasará.

—Si Cluet no se ha declarado a ella. ¿tú crees que lo hará?

—Yo creo que no.

—Mauricio Dulong se levantó y dijo con aire pensativo:

—Corre tu suerte. Si no te atreves a declararte de palabra escribele, con tu corazón sincero, sin frases ampulosas. Dile la gran fe que tienes en ella. Yo la he juzgado como tú. Es una mujer de

re zumbaba la canción de las hélices de los aviones. Dieron unos pasos hacia ella y se miraron, con una mirada entre dolorosa y hostil.

—Pedro — dijo Fernando Cluet — yo deseo hablar a solas con la señorita de Colombel, unos instantes. ¿Quieres dejarnos?

—Lo mismo iba yo a decirte — respondió Pedro —. Tú le has escrito. Te he visto entrar en su cabina con una carta en la mano y no la llevabas ya cuando saliste. Le dices que la amas ¿verdad? — balbuceó en voz baja.

—Sí, — respondió Fernando — ¿No estoy en mi dercho?

—También yo — repuso ardiientemente su compañero.

RAMO MARCHITO

VII

Mientras la tarde moría,
allá, en la azul lejanía
vertía el sol su fulgor...

¡Y yo lloraba tu amor
mientras la tarde moría!

En trágica procesión
cruzaban mi corazón
las dichas que ya perdí...

¡Todo pasaba por mí
en trágica procesión!

Cuando más te idolatraba,
cuando más de tí esperaba
mi amor engañado fué...
¿Por qué burlaste mi fe
cuando más te idolatraba?

No me tengas compasión,
ni te importe la aflicción
de que mi ser embargaste...
¡Ya que de mí te olvidaste.
no me tengas compasión!

Mientras la tarde moría,
allá en la azul lejanía,
vertía el sol su fulgor...
¡Y yo lloraba tu amor
mientras la tarde moría!

VIII

¡Bendita sea la pena
si por estar apenado,
por lo menos se consigue
conmover a los extraños!

Yo no habría creído nunca
en promesas de mujer,
y hoy estoy arrepentido
de haber creído una vez.

Mientras no vino el amor
a perturbar mi reposo,
entre los hombres del mundo
yo fui siempre el más dichoso.

Sufrí tanto en esta vida
que al recordarlo me espanto,
¡porque en verdad no concibo
como pude sufrir tanto!

IX

Un caminito muy largo
une tu casa y mi casa...
¡para andar ese camino
un gran amor hace falta!

Cuantos saben que te quiero
me preguntan si estoy loco...
¡loquito me volvería
si me quisieras un poco!

El hombre quiere ser bueno,
¡pero siempre una mujer
se le cruza en el camino
y ya no lo puede ser!

JOSE M. BRAÑA

corazón y de cabeza. Cluet es un gentil muchacho, un gran piloto, todo un hombre. Pero tú también lo eres. Declárate. Eres, además, rico, porque tendrás todo lo mío. Declárate, muchacho. Atrévete.

Al día siguiente, en su cabina de la escuela de Buc, Juana Francisca encontró dos cartas.

Pedro Dulong Gardet y Fernando Cluet le pedían, los dos, su mano, con gran apasionamiento.

Juana Francisca salió un poco aturrida, pero siempre hermosa, bajo su casco y su overal. Los dos jóvenes, vestidos de aviadores, la esperaban. En torno de ellos, el ai-

petas mi honor y mi amistad...

—¡Es que yo la amo! — interrumpió Pedro.

—También yo — replicó Fernando.

—Que elija entre los dos.

Juana Francisca palidecía conforme se agriaba el diálogo entre los dos jóvenes. Dominando sus nervios les devolvió las cartas y exclamó con voz entrecortada por la emoción:

—Guárdenselas. No pienso casarme; no me casaré nunca. No quiero ser causa de la rivalidad entre ustedes. Los dos cuentan con mi amistad. No me pregunten más. Estréchense las manos. Se lo suplico.

—Dénoslas usted mismo — replicaron los dos a la vez.

La señorita de Colombel agarró sus manos derechas y las entrelazó, dejando a los dos hombres solos, cara a cara, transidos por la misma pena, y corrió hacia su aparato, que cinco minutos después se balanceaba en el aire...

Volverán a declararse — pensaba a solas con el cielo, y poco a poco notaba que no tenía fuerzas para mantener la resolución tomada. — Fernando Cluet — se decía — tal vez sea más atrayente, más distinguido..., pero Pedro Dulong tiene más profundidad en los ojos, y su mirada cuando decía que me amaba era tan dolorosa...

—Escuchen — les dijo una tarde — Los dos me aman, y yo no sé todavía si amo a alguno de los dos. Dentro de un mes se correrá el circuito de las capitales de Europa. Yo sé que ustedes dos tomarán parte en la prueba. Tienen las mismas probabilidades de triunfar. Luchen lealmente y... yo seré la esposa del vencedor.

—Como hacían las reinas antiguas, usted coronará al vencedor del torneo aéreo — dijo, apasionadamente, Cluet — Sea. Yo acepto. ¿Y tú Pedro?

—No tengo más remedio que aceptar también — respondió —. Pero conste, Juanita, que no es así como yo hubiera deseado conquistarla.

La aludida se estremeció y le dirigió una mirada, pero sin replicar. Después sonrió a Fernando.

La víspera de la partida para cubrir el circuito, Pedro acababa de probar el bimotor de trescientos caballos, con el cual tenía que hacer un vuelo de ensayo. El aparato se equilibró bien; los motores funcionaban maravillosamente. Al aterrizar, una rueda del tren se salió de su eje y el aparato volcó, inflamándose en llamas.

Pedro tuvo tiempo de cortar el "allumage", pero, violentamente lanzado contra el suelo, yacía desvanecido, con un brazo roto y la frente desgarrada.

Cuando abrió los ojos en medio de un círculo de cabezas inclinadas que lo contemplaban con ansiedad, halló a Juana Francisca a su lado.

Fernando Cluet, a pesar del egoísmo de su amor, lo miraba con una piedad fraternal, lamentando más que ninguno, su percance.

—Estoy vencido sin combate — suspiró Pedro con una dolorosa sonrisa—. ¡Vencido! ¿Por qué no me habré matado...?

—No — balbuceó la aviadora — Usted no está todavía vencido, Pedro.

—¿Cómo no! — reclamó Fernando Cluet.

—Porque yo misma defenderé su chance, tomando parte, por él, en el circuito e inscribiéndome en su lugar — repuso la joven enérgicamente. — En los antiguos torneos, cuando un caballero caía herido, podía ser reemplazado por uno de sus deudos, por el honor de sus armas... Yo tomaré su puesto, Pedro, si su tío me autoriza y me cree digna de ello.

Don Mauricio Dulong la autorizó aquella misma tarde, con los ojos arrasados de lágrimas. Y todos los diarios del día siguiente publicaban esta interesante noticia:

Circuito de las capitales de Europa.

"No pudiendo tomar parte el reputado aviador Pedro Dulong Gardet en esta gran competencia aérea, las probabilidades de su marca de fábrica se habían aminorado, puesto que no podía poner en línea más que un solo aparato tripulado por el gran volante Fernando Cluet.

"Los demás aviadores a ella adscritos, tienen contratos en el extranjero.

"Sin embargo, el 300 C. V. bimotor se elevará mañana en Chartres.

"La discípula favorita del profesor herido, la señorita Juana Francisca Ala Blanca, piloteará la formidable máquina, especialmente construida para este circuito. Llevará de mecánico a Dick, el "chauffeur".

"Ayer han clavado en la carlinga del bimotor el "fetiché" de la joven y valiente aviadora: un círculo alado en cuyo centro campea una divisa: "El ala blanca en el cielo azul".

Los diarios llevaron la noticia a Nantes... Y ese nombre y esa divisa tan oscuros para los lectores, eran bien claros para la pobre abuelita, Ana María de Colombel.

—¡Es ella! — se decía con espanto. — Mi Juanita, mi pajarito lindo... ¡Ella aviadora...! ¡Dios mío! ¡Dios mío...!

Y todos los días en la catedral sonora y sombría, la viejecita, con las manos juntas, rezaba bajo las altas bóvedas.

—Santa Ana, Santa Juana, San Francisco: protegéd, salvad a mi pequeña de las alas blancas.

El circuito desarrollaba sus fastos bajo el cielo inmenso...

La lucha era encarnizada entre Fernando Cluet y la señorita de Colombel. Llegaron a la vez a Madrid. De Madrid a Roma el bimotor perdió dos horas. Otra hora perdió de Roma a Budapest; pero ella las recobró desde Budapest a Moscú. Perdió de nuevo una hora de Moscú a Copenhague, otra de Copenhague a Berlín y otra de Berlín a Bruselas.

Una falsa maniobra de Fernando restableció por segunda vez el equilibrio en la lucha. Llegaron juntos a Londres... ¡a Croydon!

La fiebre quemaba dos almas; la de Ana María de Colombel y la de Pedro Dulong Gardet, que sin cesar interrogaban a los telegramas. Ella en la lejana provincia; él, en su escuela de Passy.

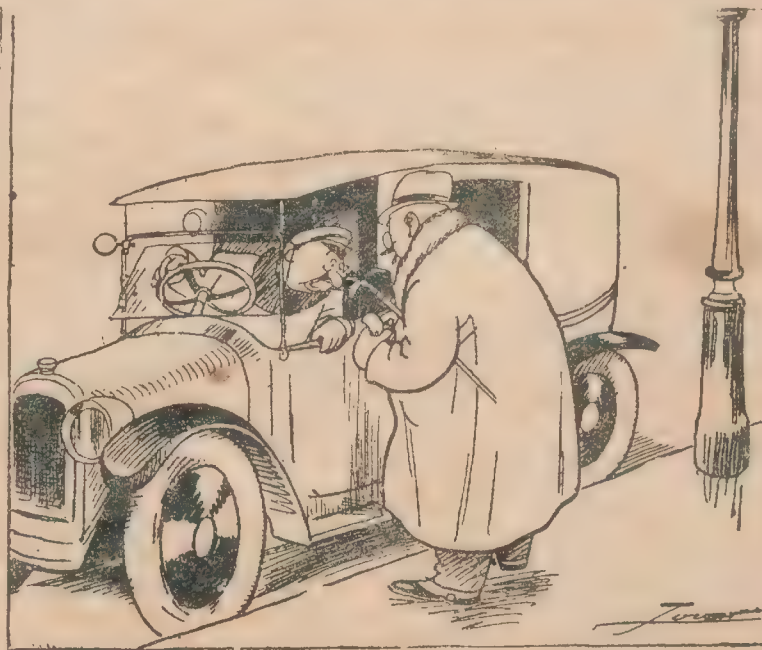
Los dos émulo habían dejado

muy atrás a sus rivales. Sólo los germano-holandeses les iban a los alcances... ¿Vencerían ellos...?

La víspera de la llegada, que de

ojos brillaron de entusiasmo al recibirla.

—Vencerá, señora, vencerá — le dijo. — Ya lo verá mañana. Es dig-



—¡Pero, hombre! ¿Cómo es posible que marque el contador seis ochenta? ¡Si desde donde hemos venido hasta aquí, apenas hay veinte cuerdas!

—¡Y las diez y siete paradas que nos han hecho hacer los guardias de la varita?

bía verificarse en Buc, la abuela se trasladó a París y se hizo conducir a casa de Mauricio Dulong, cuyos

na de su nombre y de su raza. Es la mujer fuerte de la Escritura, señora.

MAXIMAS

Cuando nuestro odio es muy violento, nos hace descender a un nivel aun más bajo que el de aquellos a quienes aborrecemos.

Todo el mundo hace elogios de su propio corazón; pero ninguno se atreve a hacerlos de su cabeza.

La cabeza es siempre víctima del corazón.

No puede la cabeza desempeñar mucho tiempo el papel del corazón.

La hipocresía es el homenaje que rinde el vicio a la virtud.

Es un horror creer que sólo las pasiones violentas, como el amor o la ambición, pueden triunfar sobre las demás.

La pereza, a pesar de ser tan débil, las domina, a veces, a todas; pues influyendo sobre todos nuestros propósitos y acciones, consume y destruye insensiblemente las pasiones y las virtudes.

La propensión a pensar mal, sin un estudio previo, es hija del orgullo y la indolencia. Nos hallamos prontos para declarar el prójimo culpable y tardos en tomarnos la molestia de examinar la acusación.

La debilidad, a veces, remedia los males mejor que las razones.

La mujer enamorada perdona más fácilmente las grandes indiscreciones que las pequeñas infidelidades.

Nos es mucho más fácil tolerar las pequeñas infidelidades que con nosotros se comente, que las más grandes que con los demás se lleven a cabo.

Todos se quejan de la flaqueza de su memoria; pero ninguno de la cortedad de su criterio.

No hay disimulo capaz de "ocultar" el amor, cuando este existe, ni de "fingirlo" cuando no lo hay.

ROCHEFOUCAULD.

—Es tan buena — balbuceó la viejecita. — Tiene un corazón de oro.

—Un corazón de oro y una voluntad de hierro — asintió el industrial. — ¡Qué triunfo para ella! ¡Pará usted, ya lo verá señora. Usted irá a abrazarla con nosotros.

En Croydon, en el momento de la partida, la multitud se apelmazaba, enorme, ansiosa, febril. Seis escuadrillas de la "Royal Air Force" estaban allí. La aviadora llevaba sobre el horario de su rival nueve minutos de ventaja. ¿Los conservaría? Ella era la favorita de todas las apuestas.

—Usted será la primera — le decía Dick, el "chauffeur". — Me apuesto diez billetes nuevos contra un franco morrolloso a que usted aterriza antes que nadie. ¡Qué ovaciones! La "Marsellesa". Las flores. El presidente de la República que la abraza. Yo, que abrazo al presidente. ¡El delirio!

La joven sonreía con sus ojos claros en el horizonte, como si quisiera penetrar su misterio...

Fernando Cluet estaba pálido como la muerte... Había verificado su motor, inspeccionado, minuciosamente, todo el aparato, como ella, también había inspeccionado el suyo.

Los dos estaban prestos.

Sobre el terreno, antes de ocupar sus respectivos puestos, los dos se saludaron y cambiaron, mudos, un doble apretón de manos, entre los ¡hurra! frenéticos de la muchedumbre.

Les comunicaron las condiciones atmosféricas que habían sido telegrafiadas desde Francia por el inalámbrico.

"Viento suave. Espesa bruma sobre la Mancha y el Norte. Tiempo bueno y claro sol en la región parisina".

—Una multitud inmensa está ya reunida en torno del campo de aviación de Buc — dijo el redactor en jefe del "The Times" a la señorita Colombel.

Con un inmenso rugido, el bimotor de la aviadora se puso en movimiento y comenzó a elevarse... Nueve minutos después lo hacía el de Fernando Cluet.

Ascendió rápido, dando la sensación al concurso, de que ganaría a su competidora.

Juana Francisca fué advertida por su mecánico:

—¡Largue velocidad — señorita — lárguela toda. El viene metiendo duro. Ya se le siente... Ya se le ve... Largue, sin miedo.

Las dos hélices poderosas giraban a pleno rendimiento de los motores. El aparato escalaba las nubes hasta el azul profundo. La joven nunca había corrido a semejante velocidad de huracán desenfrenado. La niebla del Canal la envolvió bien pronto.

—¡Ah! — gimió la joven.

—¡Diablo! — replicó Dick. — ¡Nos ha sacado los nueve minutos! A ese tren, antes de tres cuartos de hora estará en París.

El avión gigante de Fernando Cluet se adelantaba a la izquierda. Ya estaba a la par sobre un abismo de trescientos metros y a una distancia de menos de doscientos metros. Sus sombras veloces casi se entrecruzaban sobre la blanca superficie de las nubes blancas.

—¡Adelante, que podemos ganar — rugió Dick —. Corazón, señorita, corazón.

Con los dientes cerrados, los ojos fijos y contraídos salvajemente sus

labios, la aviadora dominaba el hipogrifo con toda su voluntad en tensión, le domaba, le conducía, desbocado y loco, le acicateaba cada vez más..., más..., más.

—¡Mil diablos! —rugía Dick—. El mete. Pero hay que llegar los primeros aunque sea de cabeza—.

Y lanzaba estas palabras entre la tormenta del ruido de los motores. Los minutos corrían... Metro a metro, el avión de Ala Blanca distanciaba a su rival y se alejaba en arranque de exhalación.

—Media hora así y ya estamos— gritaba Dick—. No afloje, por Dios, señorita.

—¡Ya está; ¡Ya está —volvió a gritar, pero esta vez con rugido de fiera—. Se inclinaba a la izquierda. Le falta la hélice derecha, porque vira en redondo. Tiene que aminorar la velocidad para avanzar derecho... Ya... ya va parando... Fuera de concurso. ¡Qué cara va a poner Magot, el mecánico...!

Cluet, llenó de cólera, tenía, en efecto, que disminuir la marcha, porque uno de sus motores fallaba.

Magot, ágil como un mono, reparaba la avería en plena marcha. De nuevo el avión recobraba sus perdidas energías. Pero la rival había

vuelto a ganar los nueve minutos de ventaja. En aquel momento pasaba por encima de Boulogne.

Fernando largó el máximo. Trabajo inútil. Ella seguía conservando la distancia, cuando un grito del mecánico la hizo sobresaltar violentamente.

—¡Duro! ¡Que nos alcanzan!

El aparato se balanceaba como si estuviera borracho. En la región de Amiens el viento soplabá tempestuoso.

La lucha, encarnizada, era salvaje, inhumana.

Ala Blanca, nerviosa, exacerbada, vibraba al unísono de su motor. Su corazón latía dolorosamente, con ritmo infernal. Conducía todo derecho, sin pensar, borracha, loca, ciega, en un remolino sin fondo, radiante de sal.

Un ¡hurra! inmenso llegó hasta ella y la hizo estremecer.

—¡Ya! —gritó Dick—. Fernando ha perdido. Hemos ganado, señorita. A tierra, a tierra. Es Buc.

El gran pájaro gris y negro, cubierto de grasa, de polvo, de espuma, descendía..., se posaba y al

fin rodaba, siendo agarrado por cien manos frenéticas que lo llevaban al hangar.

Las mujeres, los hombres, aclamaban a la vencedora, agitando los pañuelos y cubriéndola de flores. La música entonaba la "Marseles". En la tribuna oficial, el presidente de la República y sus ministros aplaudían y felicitaban a Mauricio Dulong Gardet.

Pedro, completamente pálido, con el brazo todavía en cabestrillo y la cabeza vendada, lloraba junto a la viejecita. Ana María de Colombel, que muda, transfigurada, escuchaba el griterío loco de la multitud, ebría de entusiasmo y pensaba que todas esas aclamaciones se dirigían a su "pajarito lindo".

Pasaron nueve minutos. Fernando aterrizaba también. A los demás competidores ni siquiera se les divisaba en el horizonte.

Los dos aviadores, con los rostros fatigados y la mirada triste fueron conducidos ante el presidente de la República, que los abrazó.

—¡Viva Ala Blanca! ¡Viva Cluet! —rugía la multitud, que en su delirio rompía las barreras y se precipitaba sobre Juana Francisca y Fernando, levantándolos en hombros.

—¡Tú! ¡Pajarito mío! —decía la abuelita en el salón donde al fin habían podido refugiarse juntos—. ¡Tú has hecho eso!

—Sí, abuelita, sí. Tú sabes que los pájaros vuelan... "El ala blanca en el cielo azul". Nuestra divisa diaria —y la colmaba de besos.

—Juanita, mi vida —decía Pedro—. ¿Me amas?

—Sí, Pedro. Nació mi amor por tí cuando hace un mes te vi caer en tierra. Comprendí que, silenciosamente, mi alma te había elegido... Pero..., comprometí mi palabra y he defendido salvajemente, desesperadamente, mi amor y mi felicidad... He vencido por tí, por mí, por los dos...

—Nunca te amaré todo lo que mereces —replicó Pedro con los labios temblorosos y los ojos en lágrimas.

—Sí. Yo también te amaré siempre, pobre pajarito del ala rota...

—¡Pero ustedes se aman! —exclamó la abuelita—. ¿De modo que fué por amor por lo que hiciste todo eso? ¿Y qué van a hacer ustedes ahora?

—Nuestro nido —contestó la vencedora entrechando la mano de su amado.

LA VISION

(Del tomo II de «Poemas» libro que aparecerá en breve)

Para Fray Mocho.

Era la hora armoniosa, vespéral, inquietante, con deseos y besos de una luz que, arrogante, se dejaba en los brazos de las sombras, morir.

Allá lejos, adonde la visual se limita, como una hostia de fuego, gigantesca, bendita, comenzaba la luna lentamente a surgir...

Al vibrar con el ritmo del momento, sentía el consorcio divino de las fuerzas, que urdía entre luces y sombras, un misterio: el amor.

Y quedéme suspenso de la fuente a la vera, abstraído, soñando la estupenda quimera que en aquel plenilunio se cuajaba en la flor.

Que en el grano era germen, era brote en la yema y en el vientre otra vida palpitante, suprema, insinuando en la sangre la embriaguez del placer.

Conocí desde entonces el bullir de esa vida que en las formas, doquiera, palpitaba escondida y era el alma irradiando su argentado arrebol.

Poco a poco aclaróse la visión del paisaje; por angosto sendero del tupido bosque surgió al pronto hecha carne, mi ilusión de mujer.

De la veste flotante, los plateados destellos aureolaban de gloria sus endrinos cabellos y en sus ojos serenos, había rayos de sol...

Con un ático gesto de elegancia pristina, esparció por los aires, de su voz la argentina, la enervante, clarísima, singular vibración.

—Soy el ritmo soberbio que en las venas proyecta el influjo radiante del Amor: la que afecta los más hondos sentires que forjó tu canción.

Soy el símbolo exacto de las almas que sueñan con la gloria infinita de una Fe que se empeñan en nutrir con sus fiebres, con sus vidas lograr.

Soy la hoja que ansía del rocío la gota, soy la cuerda que espera dar, vibrante, la nota si hay un arco que logre su sonido arrancar.

Soy caricia en las horas del Deseo, inaudita, soy la fiebre que exalta de la vida, exquisita, el minuto supremo que clamamos: volved.

Soy imagen que alienta las ardientes vigiliás, soy consuelo en las áridas, desoladas esciliás; soy el agua que calma del mendigo la sed...

Soy el tono imposible de imitar que el artista con su genio aprisiona; soy el oro amatista que el sol va destilando de la tarde al morir.

Soy ensueño que canta del poeta en la lira, soy perfume que embriaga, soy pasión que suspira, soy el verbo optimista de una dicha: vivir.

En la luz de mis ojos se ha forjado tu gloria; yo rubrico el esquema de tu audaz trayectoria, yo idealizo tus horas, tu luchar, tu deber...

Y lo mismo que vino, silenciosa y serena, con hierático gesto de impoluta azucena, se ocultó en el bosque mi ilusión de mujer.

ADOLFO F. GUERRA.

Todo el amor de Elena

Por Carlos C. Saguinetti

Se había resuelto de repente a viajar y, reservando su pasaje para el primer vapor que zarpaba del puerto de Buenos Aires, partió sin brújula, sin destino, con la indiferencia del que cierra los ojos y se abandona a lo que venga.

El barco le condujo a Barcelona. De allí pasó a Francia, luego a Italia, más tarde a Inglaterra, y, finalmente a Estados Unidos.

Hacia quince años que Juan Manuel Pereyra rodaba por el mundo, solo, sin afectos familiares, en una especie de vértigo ambulatorio que le hacía saltar de una país a otro, entre gentes extrañas y de costumbres diversas. Como un pájaro extraviado, iba de aquí para allá, sin detenerse mucho en ninguna parte.

De tiempo en tiempo, enviaba noticias a Ricardo Romero, quien le administraba sus propiedades en Buenos Aires desde que murió su hermano mayor. Romero, amigo de la infancia, había sido también su compañero de andanzas juveniles. Un afecto fraternal inalterable vinculaba a los dos hombres.

Pereyra fué siempre un generoso protector de su amigo, auxiliándolo económicamente en muchas ocasiones con un desprendimiento poco común. Cuando el establecimiento de Piccardo marchaba a tumbos y la crisis comercial iba a llevarle a la bancarrota, Pereyra, desde Italia, se apresuró a salvar su situación.

Con frecuencia, Romero le insinuaba en sus cartas que regresara, poniendo término a tan largas correrías. Pero Juan Manuel, en sus respuestas, se limitaba a anunciar nuevos viajes y nuevas direcciones para la correspondencia y remisión de fondos.

Nada sabía Ricardo en rigor, de aquella vida andariega. Cuando recibía noticias, las charlas de sobremesa giraban en torno del ausente.

Raquel, la esposa de Romero, que no conocía a Pereyra, no se explicaba cómo aquel hombre cuarentón, rico y sin familia, prolongaba de tal suerte su existencia, y en su afán de desentrañar el misterio, interrogaba a su marido:

—Tú, que has sido su compañero de la primera juventud, ¿no sabes si Pereyra tuvo algún amor?

—Tuvo varios. Era bastante mujeriego.

—Eso no te pregunto. Se trata de saber si alguna vez se sintió enamorado.

—Cuanto a eso, — aclaró el marido — siempre es difícil saberlo. Recuerdo, sí, que mantuvo durante mucho tiempo relaciones amorosas con una mujer llamada Elena, quien suscitaba en él mucho entusiasmo, sin poder asegurar que estuviera enamorado. Dedúcelo yo, por lo que veía, ya que muy poco hablaba de sus cosas íntimas, para las que siempre fué huraño y reservado, a pesar de nuestra gran amistad. De todo conversábamos, menos de esos asuntos. Apenas me contó que se trataba de un tipo femenino nada común, por su delicadeza afectiva, su inteligencia y, sobre todo,

por su carácter. Un carácter extraordinario, un amor propio desmedido, que se hizo presente, numerosas veces y dió margen a separaciones continuadas en el curso de sus amores.

—Pero, ¿por qué rompieron definitivamente?

—Eso no sé. No me lo dijo. Sólo me acuerdo de que una vez, hablando acerca del matrimonio, del que era acérrimo enemigo, llegó a aventurar que, en ciertas ocasiones, está justificado, porque de todas las mujeres que tratamos los hombres, hay una que llega a nuestro corazón. Me lo dijo con tal acento de sinceridad y con tanta firmeza, que, haciendo chanza, yo le pregunté si se hallaba en esa ocasión, y citó el nombre de la chica. Entonces, tras una breve pausa y suavemente entristecido, me contestó que Elena había llegado a su corazón, pero él no había llegado al corazón de Elena.

—Ya lo sé todo — interrumpió Raquel. — Le pasó a Pereyra lo que le pasa a casi todos los tenorios:

no aman nunca y el día que aman, no son amados. Se lo merecen.

—Lo que me pasó a mí — agregó Romero sonriendo.

—Exactamente — añadió la mujer. — Lástima que no exista aún el divorcio...

—Falta poco...

Cónyuges felices, se complacían en ese ligero juego de los enamorados que buscan reñir para reafirmar su amor. No pasó mucho tiempo sin que ambos, como en tácito acuerdo, descubrieran sus verdaderos sentimientos, juntando sus cabezas y cambiando un beso.

La última carta de Juan Manuel había llenado de angustia a Ricardo Romero. Desde Nueva York anunciaba su regreso a Buenos Aires, por encontrarse gravemente enfermo. La misiva, esta vez bastante extensa, dejaba entrever que deseaba morir en los brazos fraternales de su amigo. Así pudo comprobarlo Romero, al recibir en el puerto a aquel hombre que traía apenas un hálito de vida. Era poco menos que un cadáver. Su rostro mostraba una palidez mortal y el brillo de sus ojos parecía apagarse por momentos.

Con cariñosa solicitud lo transportó a su casa, en la que tenía dispuesta una habitación. Todos los esfuerzos que hizo para convencerle de la necesidad de llamar un mé-

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —

Pujol & Cía.

B. Mitre 1259
Buenos Aires

UNION TELEF. 38, MAYO 2589

EL PAMPERO

Tú crees que la felicidad consista o pueda ser una realidad en esto que llamamos Civilización?

Piensa que Cervantes llamó edad de oro aquella dicha en que no se conocía lo mío ni lo tuyo.

Tuvo nuestra América su época feliz, edad de oro en que los seres vivían sin complicaciones, simples, buenos, sin mayores rencillas, encontrando el sustento, como los pájaros del cielo, en la pródiga Naturaleza.

Eran entonces, protegidos por un genio bueno que volaba paternal sobre su inmenso reinado.

Más tarde vinieron los extranjeros que, con el pretexto de civilizar, escudados en la ciencia e invocando la cruz, sembraron el terror y desataron sobre la tierra primitiva y virgen la jauría enloquecida de los vicios.

Y surgió el orden civilizado, apareció lo mío y lo tuyo, la ley prohibió ésto y dispuso lo otro, y para hacerlo cumplir o castigar a los infractores se crearon sayones y cárceles, jueces y tormentos.

...Y el hombre mintió para eludir condenas y robó para no trabajar y asesinó para encubrir sus felonías. Se volvió triste y oscuro y recurrió al alcohol para olvidar las penas o para hundirse más en su ignominia.

Y el genio protector, que volaba paternal sobre su inmenso reinado, se estremeció de furor ante la afrenta de sus hijos perdidos y a menudo viene con su voz poderosa a prevenir un terrible castigo.

Se olvida de su bondad y muchas noches clama amenazas, y esgrime con el brazo nervudo su látigo bárbaro, que restalla alborotando los ríos, barriendo los campos, haciendo temblar hasta los cimientos, los focos torvos y oscuros de las ciudades.

El quiere impresionar hasta el horror para que los hombres se corrijan.

No lo puede.

Algún día, con renovada fuerza, aventará la prole marchita, como hizo Cristo en el templo con los mercaderes!

MONTIEL BALLESTEROS.

dico, se estrellaron contra la tenaz resistencia del enfermo.

Atardecía, y la luz agonizante del crepúsculo, acentuaba la palidez de Juan Manuel, quien sentado en el lecho, recorría con la mirada la alcoba, como buscando algo, o más bien, como reuniendo energías para iniciar una conversación. Alas preguntas de Ricardo y de Raquel, respondía con movimientos de cabeza, y aquéllos, vacilantes, en una expectativa angustiosa, se consultaban con la mirada, sin saber qué hacer. El mutismo de Pereyra les desconcertaba, aumentando su dolorosa inquietud.

Ya entrada la noche, pidió su sacco, extrajo un sobre y se lo entregó a su amigo, siempre mudo.

—¿Qué es esto? — preguntó Ricardo.

—Ya lo sabrás — murmuró apenas.

Raquel supuso que sería su testamento, y entonces Romero, impresionado, consciente del estado del enfermo, dispuso, en secreto, que se fuera a buscar un médico. Cuando éste compareció, Ricardo atendía a Juan Manuel, presa de un ataque. Desesperado, viendo que la vida se extinguía en su amigo, le interrogaba angustiosamente, llorando como un niño:

—Dime... dime tu última voluntad, Juan Manuel... Siquiera una palabra... Háblame, háblame...

¿Qué quieres?... Cumpliré todo... todo... En este momento supremo, ¿qué quieres?...

El moribundo, haciendo el último esfuerzo, se incorporó, diciéndole al oído estas palabras:

—Todo... ¡todo el amor de Elena!....

Y expiró en sus brazos.

Realizado el sepelio de su amigo, Ricardo Romero abrió el sobre que aquél le entregara en artículo mortis. Era, efectivamente, su testamento. Legaba a Romero todos sus bienes y le pedía, en cambio, una llegaba a conocer a Elena Torres, le pedía atención: que si algún día hiciera saber que había muerto balbuceando su nombre.



Mi relación con Jim Clunie empezó y concluyó en alta mar. Comenzó después de nueve días que ese excelente barco, el "Grasmere" de la conocida línea de clíperes Mere, de Liverpool, partió de este puerto con destino a Melbourne, con carga de ferretería y unos sesenta pasajeros. Siete éramos de primera, y entre éstos no se contaba Clunie. Era pasajero de proa. por eso cuando el décimo día de navegación se me ocurrió salir a cubierta a tomar aire a la hora de la cena me sorprendió no poco ver a Clunie en perfecta posesión de la popa. Como pasajero de proa no tenía derecho para hallarse allí, y mucho menos con el revólver que le vi en la diestra.

—Perfectamente, señor — me gritó, tambaleándose en lo alto de la escalerilla. — Estoy ensayando la puntería en las gaviotas — y descargó su arma sobre la borda, por supuesto que sin resultado, pues no había tomado un viento de cabecera que balanceaba violentamente al barco.

Miré al hombre del timón y el hombre del timón me miró.

—El contramaestre volverá dentro de un minuto, señor. Ha ido a la proa para hablar con Chips.

—Un minuto es todo lo que necesito — exclamó Clunie, disparando dos veces el arma. — ¿Qué dice su señoría? Demasiado descompuesto para hablar, ¿eh?

Creo superfluo explicar que no poseo título alguno que merezca tratamiento de señoría, y que en ese preciso momento carecía del aspecto de un noble o de un simple señor de la creación, pues me aferraba a la barandana como una toalla mojada. Pero mi carácter de ser humano era todavía sensible a una impertinencia, de modo que me volví y miré tan ofendido e irritadamente como me fué posible a ese individuo imprudente. El era joven, pero yo era más joven, y sentí que, desde ese instante, nos odiábamos. Lo cierto es que, al mirarle yo, su sorna, cambié en un gesto de ceñuda amenaza, al par que yo tomaba nota mental, con vaga envidia, de sus bíceps, que abultaban las mangas de la camiseta de fútbol que llevaba en vez de chaquetilla. Quizás en el mismo momento contempló él mis muñecas, que son harto pequeñas, pues poco después se tomó la libertad de palmearme el hombro con la izquierda, mientras con la derecha empuñaba aún el revólver.

—Anímese — dijo. — Se sentirá tan bien como cualquiera de nosotros cuando nos tomen los vientos de la ruta. Trate de comer sardinas enteras. Si consigue tolerar una sardina entera después tolerará cualquier cosa.

—El contramaestre vendrá en seguida — dijo el timonel.

—Vendrá, sí — repliqué, encaminándome para ir a traerle; pero al trasponer la línea de popa me encontré con el capitán mismo, que había oído los tiros; y pocos segundos después el señor Clunie se hallaba en el sitio que le correspondía sobre el puente.

Sin embargo, tomó su derrota muy fríamente, meneando la cabeza y riendo cuando el capitán le amenazaba con quitarle el revólver.

No volví a ver al hombre durante unos días, pues hacía tanto frío en la cubierta que me retiraba

La "estrella" del "Grasmere"

Por Ernesto G. Hornung

al canapé del salón, y me sentía tan molesto allí que, al fin, me retiré a mi camarote, donde pasé la mayor parte del tiempo.

Los primeros días del viaje fueron bastantes malos, pero las tres semanas siguientes fueron de mal en peor. Tardamos tres semanas

rante cuatro horas el camarote de uno se hallaba en ángulo tal que uno podía apenas salir de él trepando; durante otras cuatro horas el ángulo quedaba invertido y uno corría peligro de ser arrojado de un lado a otro del camarote, como un terrón de una azada. Las corti-



—¿No te gustan los días de niebla? Mira; parece que estamos en Londres.

—¡Ya lo creo que me gustan! Como que son precisamente los días que vas por la calle y no te ven los "ingleses".

en salvar la bahía de Vizcaya, y durante ese tiempo fuimos azotados constantemente por vientos de cabecera, que nunca soplaron en la misma dirección por más de cuatro horas consecutivas. El estado de cosas era deplorable para aquellos que éramos pésimos marinos. Du-

nas, el candelero y las ropas, colgadas de las perchas describían arcos que enfermaban a uno si los miraba; y, sin embargo, no había otra cosa que mirar, excepto el ojo de buey, lavado repetidamente por grandes olas verdes, que oscurecían el camarote y hacían saltar el barco. Los pasos firmes y las

fuertes voces de los marineros, arriba, eran acaso menos molestos que el olor a la comida que llegaba tres veces al día. Creo que mi única alegría durante tres semanas fué la que experimenté una tempestuosa mañana, en los contornos de la bahía, cuando me enteré que todo el jamón y los huevos de la comida de abordo habían sido arrasados por una ola que penetrara por un ventanillo de sotavento. ¡Jamón y huevos con un mar como ese!

¡Nunca pasé tres semanas más largas; pero al fin se presentó un viento propicio y el barco cesó de ser llevado; tomamos los vientos de la ruta del noroeste a 29 grados norte, y desde entonces navegamos en estilo espléndido, a ocho o nueve nudos por hora, con ligera banda a puerto, pero en realidad sin adelantar mucho. Fué arriado el velamen pesado; vistióse el barco con su traje veraniego de pequeñas y delgadas velas blancas que hinchaba un viento firme. No fué necesario preocuparse de las vergas y la tripulación fué armada de raquetas y tarros de pintura, para que entretuviese sus ocios. Se tendieron toldos, pues el sol calentaba cada vez más y el mar se volvía cada vez más azul, y bajo los toldos los pasajeros se irguieron como flores en un invernáculo. Nuestras desdichas concluyeron y el péndulo volvía al extremo opuesto al arco. Nunca vi tanta gente de ánimo más contento y salud tan floreciente. Empezamos a conocernos y tratarnos; nos relatamos cuentos, cantamos organizamos entretenimientos, jugamos a los naipes, al tejo, al ajedrez, nos aventuramos a ir arriba, fuimos multados con la multa acostumbrada. Realizamos un concierto y hasta iniciamos la publicación de un semanario.

Y en casi todo, mi enemigo Clunie, tomaba una parte conspicua. Era el único de entre nosotros capaz de burlar la persecución de los marineros en las jarcias. Cuando estaban a punto de alcanzarle, Clunie se deslizaba de los estais al puente, de la manera más ágil y arriesgada, y se eximía así de penalidad ulterior. Visitó los tres mástiles en una tarde y escribió en ellos su nombre. Esa misma noche celebramos nuestro primer concierto y el que contribuyó a él con más éxito fué, indudablemente, Jim Clunie.

No sólo tocó admirablemente su acordeón, sino que recitó "La carga de la brigada ligera" y "El Cuervo", de Poe, con insospechada fuerza poética. La gente comenzó a hablar de él como si fuera quien diera vida y alma al barco, y aún en el salón empezamos a interesarnos por él. Aunque emprendedor, decidido y dotado de muchas habilidades, era también entrometido y molesto e impertinente a la menor provocación o sin ella.

Clunie había enviado una colaboración a la "Crónica del Grasmere", el periódico de a bordo, que debíamos editar el doctor y yo. Esperábamos algo bueno, por lo menos de cierto punto de vista, pues no por la insolencia del individuo dejábamos de reconocer algunos méritos; pero la colaboración resultó totalmente desprovista de la menor calidad literaria. Era demasiado pueril y tonta, aun para un periódico a bordo, tan analfa-

El halcón y el gallo

Un halcón familiarizóse tanto con su amo, que apenas le llamaba éste cuando el animal estaba sobre él.

El gallo, por el contrario, huía de su dueño, gritando cuando se le acercaba.

Díjole un día el halcón:

—Vosotros los gallos no sois agradecidos; pertenecéis a una raza servil; no os acercáis a vuestros amos sino impelidos por el hambre. ¡Qué distintos de nosotros, pájaros salvajes! Somos fuertes, nuestro vuelo es más rápido que el vuestro, y sin embargo no huímos de los hombres; por el contrario, nos posamos en sus manos cuando nos hablan; siempre nos acordamos de que les debemos nuestros alimentos.

—No huís de los hombres porque nunca habéis visto un halcón asado, mientras que nosotros a diario vemos gallos al horno.

LEÓN TOLSTOY.

beta, si se permite la expresión en este caso, que ni siquiera satisfacía nuestras modestas exigencias. La rechazamos. Esa noche me encontré con Clunie en el combés del barco.

—Es usted el que se dice director de la "Crónica de Grasmere" ¿eh? — comenzó a decir, parándose delante de mí y pronunciando demasiado la erres con ese acento del norte, que daba cierta característica a su lenguaje. Ya había notado que esas erres se acentuaban en él bajo la influencia de la emoción, y noté, además, que en ese instante las erres eran particularmente acentuadas. Le miré interrogativamente, mientras él repetía su pregunta en voz más alta.

—Soy uno de los directores — repuse.

—Sí; ¡el que rechazó mis versos! — exclamó, con una erres muy prolongada en la última palabra.

—No — repliqué —; creo que los leímos y rechazamos los dos.

—¡Mentira! — dijo apretando los dientes. — Usted sabe que es una mentira. — ¡Fué usted! ¡Fué usted! Y sepa, mi estimado amigo, que arreglaremos las cuentas antes de quellegemos al puerto. ¿Sabe cuál es?

—Melbourne — contesté.

—Kingdon Come — corrigió él. Arreglaremos las cuentas antes de que lleguemos allí.

El sol quemaba. Era seguro de que, penetrando al través de la grotesca gorra de Clunie, había afectado su cerebro. De otro modo no se explica la absurda ferocidad de sus palabras sobre un asunto tan trivial como el rechazo de una colaboración literaria. Me dirigí inmediatamente a ver al doctor y le manifesté mis temores.

—Si usted me ordena que le den a ese individuo un sombrero de paja — le dije —, encargue una mortaja para mí, pues juraría que está dispuesto a asesinarme.

El doctor se echó a reír.

—No hay nada de lo que usted supone — replicó. — Probablemente se trata de whisky y nada más. Hace una o dos horas habló conmigo y lo encontré tan sensato y amable como cualquier otra persona. Vino a decirme lo que se proponía hacer para divertirse en el concierto de mañana a la noche. Créame amigo, es nuestra estrella, el "clou" de nuestros espectáculos y no debemos tomarlo en serio. Es incapaz de darnos un disgusto.

El doctor pensó de manera muy distinta uno o dos días después.

Al día siguiente ocupó su asiento de honor en nuestro segundo concierto, y en las palabras que pronunció con motivo de la apertura de la fiesta dirigió un cumplimiento a Clunie, que me pareció superfluo, y que, sin embargo, nuestra "estrella" justificó perfectamente en el curso del concierto. Nos brindó una selección de trozos musicales en su acordeón, cantó acompañándose con el instrumento y fué objeto de repetidos "bis". Pero su éxito mayor lo obtuvo en la segunda parte, cuando recitó "El sueño de Eugenio Aram", con una intensidad trágica que desde entonces no he visto superada por otros. Quizá la tragedia es demasiado truculenta y quizá aburrida; quizá el recitante exageraba el tono, y la mímica al proferir las estruendosas descripciones del asesinato, pero confieso que entonces no lo noté. Yo veía la expresión del cri-

men en la voz sorda y reprimida, en la mandíbula proyectada (con barba bastante crecida) y en los ojos encendidos que durante el recitado se fijaban en los míos con más frecuencia de lo que yo deseaba. Fué esa la representación más realista que presencié, y por lo mismo, quizá la más desagradable. Sin duda no fuí yo el único que pensó así, pues cuando terminó el actor un suspiro de alivio precedió al aplauso. Fué un aplauso ensordecedor y Clunie, como artista excelente, no se arriesgó a comprometer ese triunfo repitiendo el número, a pesar de los insistentes pedidos de "bis". Los demás números

Al dar las seis campanadas de la primera guardia, apareció en la popa, medio desnudo y dirigiéndose al capitán le encargó que dispusiera lo necesario para casarle al día siguiente. Nuestro asombrado capitán se sacó la pipa de la boca, y antes de que contestara Clunie le observó que todavía le faltaba obtener el consentimiento de la joven y se alejó corriendo. Regresó dos minutos después riendo con risa amarga, chasqueando los dedos y anunciando que traía el corazón destrozado por la decepción, lo que al fin y al cabo no le importaba mucho. Según parece había estado asustando con una impertinente

LETRILLA

¿Ves aquel señor graduado,
Roja borla, blanco guante,
Que "nemine discrepante"
Fué en Salamanca aprobado?
Pues con su borla, su grado,
Cátedra, renta y dinero,
"Es un grande majadero".

¿Ves servido un señorón

De pajes en real carroza,
Que un rico título goza,
Porque acertó a ser barón?
Pues con su casa, blasón
Título, coche y cochero,
"Es un grande majadero".

¿Ves al jefe blasonando
Que tiene el cuero cosido
De heridas que ha recibido
Allá en Flandes batallando?

Pues con su escuadrón, su mando,
Su honor, heridas y acero,
"Es un grande majadero".

¿Ves aquel paternidad,
Tan grave y tan reverendo,
Que en prior le está eligiendo
Toda su comunidad?

Pues con su gran dignidad,
Tan serio, ancho y entero,
"Es un grande majadero".

¿Ves al juez con fiera cara
En su tribunal sentado,
Condenando al desdichado
Reo que en sus manos para?
Pues con sus ministros, vara,
Audiencia y juicio severo,
"Es un grande majadero".

¿Ves al que esta satirilla
Escribe con tal denuedo
Que no cede ni a Quevedo
Ni a otro ninguno en Castilla?
Pues con su vena, letrilla,
Pluma, papel y tintero,
"Es un grande majadero".

JOSÉ IGLESIAS.

del concierto, a cargo de otras personas, parecieron inspidos. Luego, en otra alocución, el doctor dirigió un nuevo cumplimiento a la "estrella" del "Grasmere". A media noche, el doctor tenía la "estrella" entre sus manos: un caso de insolación, según dijeron. Era realidad, loco como el que más.

Más tarde me enteré de algunos detalles de su locura, pero tuve ocasión de presenciar yo mismo buena parte de ellos.

proposición de matrimonio a una pobre muchacha del pasaje de proa, a donde él, decía, volvería a dormir. Fué enviado tras él un oficial, para pedirle el revólver. Clunie se lo entregó con la condición de que el oficial le diera la muerte "a mí" con esa arma y que arrojará mi cadáver al mar. Poco después fué a verle el doctor, quien declaró que el maniático sufría de un ataque de insolación y agregó que a la mañana siguiente lo ve-

OPOTERAPIA ELECTRICIDAD MEDICA

DR MALVICINO

Cura anomalías de desarrollo.
Anemia Gracilidad Obesidad.
Trastornos de menstruación
Debilidad precoz menopausia
Excemas Ulceras Varicosas.

Corrientes 1455-De 15 a 17

ríamos completamente sano.

A la mañana siguiente perdimos el viento de ruta que nos había llevado hasta cerca de la Línea. Todo el día nos mecimos bajo la lluvia, sobre un mar de aceite. La semiobscuridad del día nublado y la relativa quietud del barco, apaciguaron, sin duda al pobre individuo. Lo cierto es que su conducta mejoró, y un par de días después el camarote del carpintero había quedado listo para recibirlo, con la puerta reforzada por una chapa de hierro, gruesos barrotes cruzados en el ventanillo, y la caja de herramientas del carpintero sólidamente atornillada.

Veinticuatro horas, exactamente, necesitó Clunie para hacer saltar la tapa de esa caja. Luego se estacionó detrás del ventanillo, con una buena provisión de escoplos y formones, y empezó a emplearlos como proyectiles contra los que pasaban delante de su prisión. Acudieron los oficiales y lo dominaron; pero, durante la refriega, Clunie hirió de un tremendo golpe en la cabeza al tercer oficial. Como no podían arrojarlo por la borda, fijaron una anilla en el suelo del camarote del carpintero y con ella engrillaban a Clunie, cada vez que se volvía violento. Cuando entramos en latitudes más frías su manía se calmó gradualmente. Cesó de vociferar contra todo hombre, mujer o niño que pasara cerca de su prisión; hasta cesó de dirigirme sarcasmos cuando me veía en la cubierta, donde se le permitía pasar un rato tomando aire, con la muñeca derecha sujeta a una cadena, cuyo otro extremo se afianzaba en la izquierda del más robusto de los marineros. Supongo que por entonces el pobre Clunie era la diversión de muchos, que, hasta poco antes, le habían temido, pues aparentaba querer sugestionar, sacudiendo las espaldas cerca de nuestros oídos y profiriendo toda clase de desatinos e injurias contra los que se aventuraban a oírle. Su principal deseo era el de que le permitieran volverse a Liverpool en uno de los botes.

—Dénme un bote — solía decir. — un cajón de galletas surtidas y esa muchacha que no quiso casarse conmigo, y no volveré a molestarlos.

Sin duda el espectáculo era triste, pero la fase violenta había sido peor. Su única violencia se dirigía ahora contra la propia vestimenta; se arrancó a pedazos prenda por prenda y pisoteó los fragmentos. Sólo sobrevivió la camiseta de football y la llevaba de una manera completamente peculiar. Como había convertido en harapos los pantalones, metió las piernas entre las mangas de la camiseta; este traje era completado por un ajustado chaleco, hecho por el lonero de la velas, de manera que, al verle,

era imposible contener la risa. La tendencia homicida había desaparecido, y con ella la tendencia que yo había tenido la desgracia de inspirarle cuando aún se hallaba en un estado relativamente anormal. Nos habíamos hecho muy amigos. Me llamaba Hermano Juan, nombre que se le había ocurrido porque aparecía en una canción cómica que canté en nuestro primer concierto, pero la familiaridad con que lo empleaba no tenía ninguna intención ofensiva.

Reinaba tiempo fresco, más fresco a medida que adelatábamos hacia el Este. Estabamos por llegar al paralelo 50. Nos favorecían vientos excelentes y esperábamos que ganaríamos fácilmente el tiempo perdido al principio del viaje. Una noche lluviosa y agitada me hallaba en el cuartel de popa cuando Clunie se me acercó, vestido en su extravagante vestimenta, arrastrando los pies, y la barba relumbrante de espuma de mar.

—Bien, patrón — me dijo. — ¿Recuerda que me rechazó mis versos?

—Sí — repuse sonriendo.

—Yo también — exclamó acercando la cara a la mía. — ¡Yo también, Hermano Juan!

Y, sin decir otra palabra, dióse vuelta y se alejó.

Me dirigí a ver al doctor inmediatamente.

—Doctor — le dije, — no debería permitir que ese individuo ande suelto. Le temo, doctor; le temo... horriblemente.

—¿Qué pasa? Supongo que no me dirá que se ha vuelto peor.

—No — le dije; — mejora de día en día, y es justamente por eso que abrigó tanto temor.

El viento sopló fuerte y firme hasta un día de distancia del puerto Philis Heads. Luego, cambió, sin cesar en fuerza, y fuimos castigados por vientos adversos de nuevo, al cabo de ocho semanas. Por fin amainó y nos deslizamos toda la noche sobre un mar tranquilo que reflejaba la luz de las estrellas. Tres nudos por hora fué la mayor velocidad registrada, y nuestro capitán parecía otro hombre. Nosotros celebramos un concierto de despedida y pasamos el resto de la noche comentando los incidentes del viaje, de suerte que ninguno fué a acostarse sino cerca del amanecer. Aún entonces no pude dormir. Me hallaba al borde de una vida nueva. Esta idea me llenaba de alegría y de temor. No habíamos visto tierra durante ochenta días. Esperábamos divisar la costa poco después del alba. No deseaba perder este espectáculo. Necesitaba pensar. Necesitaba aire. Arrojé a un lado las sábanas y me vestí con el pijama. Un minuto después me hallaba en la cubierta, al pie de las jarcias, junto a un cúmulo de velamen inútil y delante de un trozo de cordaje negro, que balanceaba entre mis ojos y las estrellas australianas.

No en vano las había pasado duras en los comienzos del viaje; poseía yo pte firme para caminar entre los aparejos, mano rápida, y, sobre todo, cabeza serena. Trepé, sin detenerme, por el mástil de proa. Mi propósito era llegar al palo más alto, e instalado allí, esperar que el sol naciente iluminara las cos-

tas de Australia. Es el mejor sitio para divisar a lo lejos, porque ninguna vela impide la vista, y, sobre todo, por que es el más alto. Pero es también el menos firme y más alejado de la cubierta.

Me senté arrimado al mástil, rodeándolo con un brazo. Es extraordinario todo lo que uno ve desde lo

escudriñadores los ojos, al borde de un mundo nuevo.

Había sido un viaje agradable. Hasta cierto punto lamentaba que terminara. Era probablemente la última noche que pasaba entre el capitán, los oficiales, los pasajeros y la tripulación: lo pensaba con melancolía. Todos habían sido para



—A Luisa la ha atropellado un chófer.
—¿Y es guapo?

alto de un mástil. No había luna esa noche, y el mar parecía tan vasto y concavo como el firmamento. Parecía que había dos firmamentos unidos como dos manos ahuecadas: uno sembrado con un millón de lucécitas; otro, tremendamente saturado de fósforo; ambos, negros; ambos infinitos, y, entre los dos, un átomo de diez y ocho años, palpitante el corazón, ansiosamente

mi buenos amigos. ¿Encontraría la misma bondad en mi nueva vida, allá en ese país desconocido? Era acaso mucho esperar. Entre tanta gente sólo había tenido un sólo enemigo, y no valía la pena tenerlo en cuenta. Mis pensamientos se detuvieron un poco en Clunie, que no había vuelto a hablarme desde aquella noche lluviosa, cuando volvió a mencionar aquel tonto asun-

EL ALMA DE ANDALUCIA

Yo he visto en tus jardines el sol de los poetas,
la gloria en los palacios de tu gentil morada,
los huertos de Sevilla y el carmen de Granada,
tus patios, tus mujeres, tu luz, tus panderetas.

Pude aspirar el rojo clavel de tus macetas
y el florecido ambiente de tu visión dorada,
los aires de tus noches de luna inmaculada,
tus fúlgidas auroras de rítmicas trompetas.

Yo he visto allá en tus rejas de flores guarnecidas
ojos como puñales y bocas como heridas,
cabezas como soles que ardían en mi entraña.

Y en el gemir que tienen tus zambas y cantares,
eres una guitarra de cuerdas singulares
que dió todas las risas y lágrimas de España!

JOSÉ DE MATURANA.

to de la colaboración rechazada. Y mis pensamientos no le habían abandonado todavía cuando su misma voz me gritó, a pocos pies de donde me hallaba:

—Agárrese bien, Hermano Juan. En un segundo estaré a su lado.

Estuve a punto de caer. Se hallaba al alcance de mi mano. Traía el acordeón colgado en bandolera y entre los dientes le brillaba algo como un bigote de acero. Quizás hubiera tenido tiempo de arrancárselo, y, llegado el caso, emplearlo para mi defensa. Cuando pensé hacerlo su cabeza estaba a la altura de mis rodillas y se había quitado el cuchillo de la boca y lo empuñaba en la diestra. Era un cuchillo de trincar. Sus labios sangraban.

—Déjame sito — dije; — y como yo vacilara me pinchó en una pierna.

Un instante después se hallaba instalado entre el mástil y mi persona.

Pasó su brazo izquierdo bajo mi brazo derecho. Con el otro abrazaba el mástil y empuñaba en la derecha el cuchillo, que sin duda no habría podido usar en esa posición. Por un instante la esperanza alentó en mi corazón; pero luego recordé haberlo visto arrojar a lo lejos con la izquierda. Oí toser al vigía, debajo de nosotros.

—Sí; nosotros le oímos — observó Clunie, — pero él no nos oirá a no ser que usted grite; y en cuanto usted intente hacerlo considérese muerto. Linda noche, ¿eh? Si nos quedamos aquí un buen rato veremos Australia poco después de salir el sol. ¿Qué le sorprende, Hermano Juan? ¿Creyó que iba a decir Liverpool? No; ya no. Estoy esta noche tan bien de la cabeza como usted.

Rió sardónicamente; sentí que yo tenía la frente fría y sudaba; pero debía decir algo, y dije con riza forzada:

—¿Acaso no lo estuvo siempre?

—¿Siempre? No, estuve loco rematado, y usted lo sabe bien. Ahora está tratando de seguirme el juego; ¡oh, lo conozco! ¡Tenga cuidado!

Y me dió en la pierna otro puntazo, que hizo aparecer sangre, como manchas de tinta, en la franela del pantalón. Le obedecí, sobre todo para ponerme fuera de su alcance; pero él continuó empujándome tan fríamente como si balanceáramos las piernas al borde de la cama.

—Tengo que pelar un gallo con usted — prosiguió, — y usted sabe bien de qué se trata.

—¿Aquellos versos? — dije, agarrándome al palo con ambas manos, pues el barco empezaba a inclinarse fuertemente, y el mar se agitaba a nuestros pies, ya a un lado ya al otro del barco; pero Clunie, a horcajadas en el palo, como en un caballito de calecita, no necesitaba aferrarse.

—Esos versos, precisamente — dijo. Pero lo menos uno de ellos. Debería haber dicho un par de gallos.

—En cuanto a esos versos — expliqué — usted no podría considerarse un perdedor, pues, como sabe, nuestro periódico murió de muerte natural a la semana siguiente.

—Naturalmente — exclamó con aire de satisfacción, que me dió aliento. — Usted rechazó mi poema, y, naturalmente, la cosa tenía

que morir. ¿Qué otra cosa podía esperarse? Pero debo advertirle que tenemos otro asuntito que liquidar, y es peor, por lo menos, para usted.

—No sé cuál pueda ser... — declaré haciéndome el inocente y con la intención de llevarlo a las buenas.

—Se lo diré muévase más allá.

—¡Me caeré al mar! — exclamé, mientras él me acicateaba con la punta del cuchillo.

—Ya lo sé; pero todavía no. Primero es preciso que me escuche. El segundo asuntito es este anoche organizó usted un concierto y no me invitó a tomar parte.

Me castañetearon los dientes. En realidad, no habíamos pensado en él. Le declaré sinceramente que la falta no era mía, por lo menos, que no era sólo mía; pero no me dejó terminar de hablar.

—¿Cuántos conciertos ha celebrado sin invitarme a representar a mí, al único que valía la pena oír, a mí, la "estrella" del barco? ¡Contésteme Hermano Juan!

—No sabría decirlo...

—¡Cuéntelos!

—Unos seis, tal vez.

—¡Maldita memoria! ¡Vuelva a contarlos!

Conté con los dedos, sin soltar el palo.

—Siete — repuse al fin.

—¿Estás seguro?

—Sí, perfectamente.

—Entonces, ¡tome!; uno... dos... tres... cuatro...

Y me dió siete puntazos con su arma infernal sin apartarla del pecho, para apuñalarme en cuanto gritara.

—Ahora — dijo — daré un concierto para usted solo. Va a oír gratuitamente a la "estrella" del "Gresmere". Pero, primero, acérquese más a la punta del palo; así estará listo para oírlo. ¿Qué? ¿No quiere? Esto lo persuadirá.

Tuve que obedecerle. Él me siguió. Se llevó el cuchillo a la boca — la sangre se le había coagulado en la barba — y tomó el acordeón. Tocó la "Marcha Fúnebre". No me habría dado cuenta, pues era mi oído insensible a lo que tocaba, pero la expresión horrida de sus ojos de loco me hicieron comprender que ejecutaba algo que él creía muy ingenioso; presté atención y descubrí de qué se trataba. Por mi parte era incapaz de cualquier cosa, excepto de aferrarme bien y no apartar la mirada de mi enemigo, lo que, como después juzgué, fué mejor que mirar hacia abajo. Llevaba puesta su camiseta, pero correctamente; vestía también unos pantalones anchos; estaba descalzo y sin sombrero. Era su cabeza lo que yo miraba. Se había cortado el cabello casi al rape. Y las estrellas corrían de un lado a otro, detrás de su cabeza, con el balanceo del barco.

Oí sonar las cuatro campanadas reglamentarias allá abajo, en el abismo; y oí su eco, allá en el castillo de proa. Eran las dos de la mañana. En un bandazo del barco

La envidia del mal

En el mar de la vida
navegaban dos seres...
El uno era la fuerza,
el otro la Belleza.

Uníalos la dicha.
En el rostro de Él
y en el rostro de Ella
vagaba una sonrisa;

la sonrisa era el Bien.
El mar, tranquilamente,
los mecía; la barca,
suavemente, sin prisa,

entre las leves olas
se deslizaba. El sol
lucía majestuoso
su espléndida grandeza.

La brisa, acariciante,
jugueteaba en los rizos
de aquella hermosa virgen
de la gentil pureza.

Los dos seres se unieron
tiernamente gozosos...
Sonó un beso triunfal,
y, la argentina risa

de la felicidad
estallando, resonó
como un canto de amor.
La nave se desliza

con su preciosa carga
tranquila, confiada...
Mas, de improviso, el viento
sacude su pereza,

y las nubes lejanas
agrupa presuroso,
agita el mar, el cielo
pierde su placidez.

Negro escuadrón se extiende
por todo el horizonte;
y la envidia del mal
con toda rapidez,

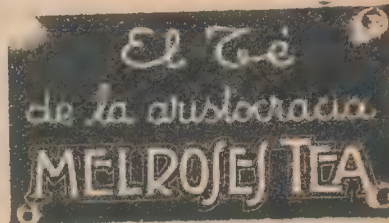
dispuesta a la obra
de destrucción, rodea
la débil navecilla...
Boga el bravo doncel

hacia el lejano puerto,
mas, las olas furiosas
y el viento huracanado
sepultan al bajel.

Ni un grito, ni una queja,
muy unidos los dos
en el abismo caen
del eterno reposo.

Así siempre en la vida
la Maldad nos acecha...
Hay que tener cuidado:
el Mal es envidioso.

PERFECTO MIGUEZ.



Clunie alzó el acordeón con ambas manos y lo arrojó por encima de mi cabeza.

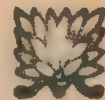
—¿Oyó el ruido que hizo el agua? — dijo, con voz silbante. — Dentro de unos minutos se oirá otro mayor. Y usted lo hará. Hermano Juan.

Parecía que sus palabras carecían de sonoridad en mis oídos. Las comprendía sin oírlas. No sentí el ruido que debió haber hecho el instrumento al caer. Era como si nos balanceáramos en un abismo infinito.

Lo que percibí en seguida fué el acento monótono y alterado de su voz. Recitaba "El sueño de Eugenio Aram" y acercaba su cara a la mía contrayéndola en muecas espectrales. Pero yo también había conseguido ponerme a horcajadas en el palo. Mis piernas buscaban en el aire las cuerdas colgantes del palo; las encontraron, apoyé los pies en ellas. Y me dejé resbalar... Pero las delgadas cuerdas cedieron bajo mi peso, y no me atrevía a soltar el palo y dejarme caer por las cuerdas.

Y no fui apuñalado: Clunie, inclinándose sobre mí, y manando aún de sus labios ensangrentados, estrofas de Tom Hood, adelantó el brazo con el cuchillo listo, no para mí, sino para la cuerda, a que me disponía confiar mi salvación. Viendo esto, me agarré de nuevo al palo y quedé colgando. Clunie me clavó el cubrillo en la mano — mientras escribo, veo la arrugada cicatriz, — y yo solté en el momento en que la arboladura se inclinaba hacia el mar. La hoja del cuchillo relampagueó entre las estrellas. Y caí en el vacío.

Me asombra aún que el ímpetu del aire en la boca y las narices no me arrancara a éstas de la cara y la cabeza del cuerpo; me asombra aún que el mar no me partiera en dos cuando caí en él como una piedra. Procuro recordar las sensaciones de ese instante y no puedo; a veces se repiten vagamente en sueños, y cuando despierto, se renueva el asombro. Sin embargo, más de uno a caído de lo alto de un mastelero, y si abajo no le esperaba la cubierta, vivió para contar el cuento. Yo soy uno de esos afortunados. Cuando reaparecí en la superficie, el barco se movía desconcertadamente, como un albatros herido. Poco después echaban un bote y me recogían. Otros dirán que Clunie no tuvo tanta suerte como yo cayó pocos segundos después que yo, y su cerebro de repente se estrelló en la cubierta.



El delincuente más depravado y peligroso, que existe en nuestros días, es el temible y ya legendario "hungutze" de China o Mongolia, cuyo magistral retrato se muestra en las conocidas obras de Ossendowski, "El hombre y el Misterio de Asia" y "Hombres, Bestias, Dioses".

Jamás, según aseguran los extranjeros que habitan en la China, ha existido tipo igual de bandido. No basta para hacerlos desaparecer el que las autoridades de todos los rangos y credos los persigan despiadadamente y los hagan morir por centenas en medio de los más espantosos tormentos. El hungutze es una planta genuina de chinos y mongoles, que para extirparlos sería necesario extinguir a la totalidad de su propia raza.

Unas de las últimas aventuras a un occidental, a un americano, ocurrió recientemente en Manchuria, habiendo salvado el prisionero, gracias en parte a su sangre fría y gracias también a su buena suerte.

El mayor Morgan Palmer estaba establecido en Manchuria desde los días que estalló la revolución republicana del año 11. El doctor Harvey Howard, amigo del aludido militar, después de terminadas sus labores anuales como profesor de oftalmología en la Unión Médica de Pekín, fué a hacer una visita a Palmer.

En una de sus excursiones, ambos americanos con su sirviente chino, se encontraron con una partida de hungutzes, a los que creyeron ahuyentar disparándoles unos cuantos tiros al aire. Pero sucedió todo lo contrario. Los bandidos arremetieron furiosamente contra ellos, mataron al mayor Palmer, hirieron gravemente al sirviente chino y se llevaron prisionero al doctor Horward para pedir rescate por su libertad o su vida.

El facultativo americano, antes de que pudiera salir de su asombro se encontró ginele encima de una flaca yegua, que se atascaba continuamente entre los fangales y arenas muertas de una selva que cruzaron.

Ya al día siguiente el doctor pudo darse cuenta de lo peligroso de su condición. Comenzó por contemplarse a sí mismo. No tenía sino un terno viejo de kaki, una chompa muy usada y unos zapatos que no estaban ciertamente como para lucirse en un salón de baile. Por toda comida para el día no había sino un puñado de maíz cocido. La silla que era bastante incómoda, lo había estropeado mucho durante la caminata, por lo que debido al mal estar de su cuerpo no pudo dormir contratiempo que se intensificó con la presencia de los bandidos, que en el mismo cuarto fumaban opio, blasfemaban y peleaban entre sí, acaloradamente.

Los bandidos después de una minuciosa inspección de su persona, se mostraron un poco disgustados. Partieron en seguida, dejándolo con un prisionero chino y dos guardias en la puerta de la choza. Poco después, estos guardias lo llamaron y le dijeron que saliera.

Los seguí dice el doctor. Me orde-

naron que montara a caballo. Intenté hacerlo pero como la sincha no estaba lo suficientemente apretada, la silla se volteó. Entonces el guardia, con un terrible juramento saltó a la grupa, me dió un fuerte empujón y arregló debidamente la cabalgadura. Cuando ya estubo bien la silla, y el guardián pareció haberse calmado, me aventuré a preguntarle:

"¿A dónde varos?"

"Vamos, me respondió, a un sitio que está a cerca de una milla de aquí para fusilarlo".

Me quedé mirándolo incrédulamente y le pregunté, ¿por qué?

Pues hombre, me contestó, porque no tiene plata para pagar su

za, un gran ataúd chino. Desmonté y mi guardia tomándose por el brazo me llevó hasta frente de dicho ataúd. El capitán, que era un bandido llamado Tso Shan ya me estaba esperando. Lo miré y le sonreí amistosamente. Pero no me dijo nada. Había un silencio absoluto; ese silencio glacial que precede a la muerte.

Hice entonces un supremo esfuerzo, y sonriendo nuevamente dije a Tso Shan:

"Supongo que ustedes han estado esperando a algún mensajero de mis amigos".

"Así es, efectivamente, me contestó, pero hasta ahora no ha venido nadie".



—¡Si usarais la falda larga, los hombres tendríamos ilusión con vuestras piernas!

rescate, ni amigos poderosos que lo defiendan.

Y al decir esto, saltó rápidamente sobre su caballo, emprendiendo en seguida la caminata hacia mi patíbulo.

Mientras marchábamos lentamente, me di cuenta de que no veníamos solos. Otra columna de bandidos se había bifurcado colocándose a nuestros dos lados. No sé si temían que pudiera huir. Me fijé entonces en un bandido de semblante amarillento y feroz. El también me miró y me dijo:

"Vamos hacia aquel grupo de chozas donde va usted a ser fusilado". Y al decir esto, se acomodó en el cinto su gran pistola Mauser.

Entonces todos me rodearon hablando entre sí probablemente de la mala presa que yo era. Llegamos al lugar de la ejecución. La mayoría de los bandidos desmontó rápidamente. Vía a más de una docena, estacionados a mi derecha, con los rifles en las manos. A mi izquierda, se hallaban otros, sosteniendo contra la pared de una cho-

"Pero entonces, agregué, ¿por qué precipitarse y no esperar? Van ustedes a perder la plata de mi rescate, y una vez muerto, ya no tendrán porqué cobrar".

Tso Shan reflexionó. "Métete al ataúd, me dijo coléricamente, para que seas fusilado de una vez. Tus amigos te han olvidado."

"Pero espera un poco más, le dije. Insisto en que pierdes plata y pierdes además mi amistad que te será muy valiosa, pues quien sabe si pueda conseguir que te enrolen en el ejército".

Ante esta oferta de enrolarlo en el ejército, Tso Shan cambió instantáneamente de actitud.

"Bueno me dijo, esperaré. ¿Pero cuánto pueden dar tus amigos por tí? ¿Cincuenta mil dollars? Vamos a discutir allá dentro". Y nos encaminamos a unas barracas.

"Cincuenta mil dollars es absurdo, dije yo, muy sereno, y ya dueño de mí mismo. Si tú insistes en semejante suma, vamos afuera y fusíame ahora mismo!"

Tso Shan estaba completamente vencido: "No pensemos en eso, me contestó. Vamos a ver, ¿me darán cincuenta mil dollars?"

Siguió una discusión intrincada y terrible, llena de amenazas y blasfemias por parte de él y de desplantas y bravatas por parte mía.

Para acabar con tal discusión, que en el momento menos pensado podía volverse peligrosa, dije en tono muy fuerte y con acento iracundo: "Si no aceptas 10 mil dólares más vale entonces que me fusiles para que mañana tú y todos los tuyos sean exterminados, y no puedas nunca enrolarte en el ejército".

Cuando hablé tan enfáticamente de 10 mil dólares, la fax del bandido se contrajo. Aproveché del instante para declarar que si esperaba dos semanas tendría el dinero en moneda contante americana para evitarle mortificaciones. Pero los que nos rodeaban no oyeron nada de esto. Ante la declaración terminante que tendría 10.000 dólares, saltaban de alegría, gritando: "¡pesos 10.000. — \$ 10.000!"

Pero sucedió lo inesperado. En la tarde del mismo día, otra gran cuadrilla de bandidos, mucho más numerosa que la que me había capturado, parece que se enteró de que había un extranjero que ofrecía un valioso rescate por lo que decidió atacar a mis apresadores, para quitarles al prisionero y ganarse el rescate.

Comenzó por consiguiente, una gran serie de movimientos estratégicos entre uno y otro bando, siendo mi persona el punto de mira de todas las ambiciones y también de todos los cuidados. Me convertí automáticamente en la persona más importante de todos los que me rodeaban.

Nerviosamente transcurrió todo el día siguiente, hasta que ya cerca de la tarde, un bandido se me acercó y me dijo precipitadamente: "Monte inmediatamente, porque los otros bandidos nos persiguen y pueden tomarlo. Y entonces vamos a perder el rescate". Aunque bastante aturrido y asombrado no me quedó más remedio que obedecerlo; y a poco rato partimos al galope.

Nos refugiarnos cerca de unas barracas, situadas estratégicamente en una pequeña altura. No había pasado mucho rato cuando comenzó a sonar el traqueteo de las balas de los fusiles. Más de una pasó rozándose el sombrero, por lo que tuve que echarme apresuradamente a tierra. A poco rato una grillería infernal me circundó y hombres que me parecían uniformados irrumpieron sobre la posición, aniquilando a tiros de revólver a los que me circundaban.

Pensé que abía sido capturado por los otros bandidos, cuando un hombre, correctamente uniformado, con galones de oficial en la manga, se me acercó y tomándose del brazo me dijo muy cortesmente en correcto inglés:

"El señor se servirá dispensar los ratos amargos que debe haber pasado. Soy el oficial de un destacamento del ejército de línea nacionalista, que andamos en persecución de bandidos. Sírvase acompañarnos donde se halla el comando".

Y así fué como me encontré totalmente libre y volví a ser un ciudadano del mundo civilizado.

HUMANIDAD

Por Arturo Martini

(PARA D. P.)

Trata siempre de pulir la vida. Conságrate al bien, si el terreno es fértil. Y si comprendes que tu afán no se coronará de éxito, por la razón de que esa roca es inmovible, no sigas trabajando. Es injusto que malgastes el oro de tu tiempo en obras que nunca podrán brindarte la satisfacción de espíritu que apeteces.

No pienso, como muchos, que la perseverancia logra infaliblemente el fin deseado. Hay corazones tan negros por la maldad, que aunque se volcaran en su interior todas las auroras del mundo, no podrían iluminarse.

Inculca el alto sentimiento del bien, o, mejor dicho, esparce en los surcos del alma que pueda redimirse, la santa semilla de humanidad y de idealismo.

No hay placer más puro y elevado que aquel de dignificar un corazón. Existen plantas que en manos inexpertas o ruines se marchitan o no dan flores, por falta de cuidados. Conviértete en jardinero. Quitale la maleza. Si esa planta necesita que se la riegue, procura no hacerla sucumbir. Dale agua interior, agua de bondad. Diluye el alma, si es necesario. Haz líquido el corazón. Y si eso es poco, riega entonces la planta con tus lágrimas, que de esa manera nunca morirá, porque la lágrima eterniza todo lo que se pone a su contacto.

Vuelvo a repetirte: conságrate al bien, si el terreno es fértil.

Cuando notes alguna piedra en el camino, apártala. Recuerda que alguien puede caer, y que muchas veces, en una caída, se suele quebrar el alma.

Hay personas que por carencia de ayuda inmaterial, por no tener una excelente base de criterio, se estrellan en el mundo. Se estrellan y lo maldicen, a causa de no contar con una orientación definitiva; una orientación que ellos, por sí solos, son incapaces de buscar, al carecer de alas.

Si se combatiera el ignorantismo, si cada ser humano que tuviese cultura artística o grandeza de bondad se convirtiera en un médico del espíritu, ¡cuántas heridas podrían cicatrizar! ¡Qué de llagas no afean el mundo!

Los ignorantes son ciegos; carecen de vista para admirar el paisaje de la vida. ¿Por qué no combatir esa ceguera, si es curable? No hay que ser insensible. Si con una operación podemos colocarlos en el mundo del color y del goce platónico, ¿por qué no hacerla? ¿No tienen tanto derecho, como nos-

otros, de mirar el cielo y de contemplar el plumaje de las aves?

Cuando asistimos a una buena función de teatro, ¿no ovacionamos la obra, y con ella al autor? Y, entonces, una pregunta: ¿Por qué no buscamos de aplaudirnos también nosotros? Todo ser culto y que posea un espíritu generoso, puede transformarse en un autor. Una acción que se haga, es una obra. Luego, ¿qué mayor dicha que poderlos felicitarnos de nuestro éxito?

Y digo "nuestro éxito", porque no cabe duda que la obra debe ser hermosa, desde el momento que, para hacerla, hemos mojado la pluma en la nobleza del alma.

Yo sé de muchos perversos, de infinidad de seres que en lugar de extender la mano a aquel que tuvo la desgracia de no poderse educar, lo desprecian, lo excluyen, como si fuera una lacra del mundo. Tales enfatuados no atesoran la virtud de la conmiseración. Ellos no recuerdan que también han sido ignorantes — quizás más que los otros — y que, por fortuna del destino, recibieron instrucción y contaron con personas de carácter. Tampoco comprenden que hubieran podido estar en iguales circunstancias, y que es doloroso, pero muy doloroso, recibir la mortificación

de una bofetada en lugar de la luz de una caricia.

Para esos que habitan en torres de papel, personajes del Ridículo, cuya "misión" en la vida no tiene más importancia que la de burlarse de sus congéneres; para esos, el sentimiento de humanidad y el instinto de protección no existen. ¡Son hechos con barro del egoísmo!

La piedad es sublime. La piedad es una palabra azul que debe estar escrita en la página del alma. Ella es un templo, cuyo sacerdote es Dios. La piedad es una flor hecha de música, donde cada pétalo es una nota.

No olvides que tu concurso espiritual, en beneficio del mundo, mantendrá tu corazón en la dulce fiesta de las bendiciones.



No. 1) AROS A RESORTE

Oro 18 K. y Platino, 2 Brill. finos, 8 Diamantes 6 Perlas finas, Perlas "Nacarine", \$ 150 — 125 — 95 — 85, con piedra imt. oro 18 K. \$ 35.

No. 2) AROS A RESORTE

Oro 18 K. y Platino, 2 Brillantes finos 4 Diamantes finos \$ 125 — 95 — 75 — 50, con piedra imt. oro 18 K. \$ 25.

No. 3) A SISTEMA O TORNILLO

Oro 18 K. y Platino, con Perlas "Nacarine", 6

Diamantes finos, \$ 95 — 85 — 75 — 65, Piedra imt. oro 18 K. \$ 25.

No. 4) A SISTEMA O TORNILLO

Oro 18 K. y Platino, 4 Diamantes grandes, 10 diamantes chicos, Perla "Nacarine" \$ 115 — 95 — 75 — 65, Piedras imt. oro 18 K. \$ 30.

No. 5) COLLAR PERLAS "NACARINE", con rico

Broche plata fina, piedra fantasía \$ 50 — 40 — 30 — 25. Con Broche oro 18 K. y platino, diamantes finos desde \$ 200 hasta \$ 75.

Pidan Collarito para Nena \$ 10 son los más chics.

Las perlas "Nacarine" son las que usan las damas más elegantes que saben comprar. Las perlas "Nacarine" son las únicas que se confunden con las perlas finas, por su oriente perfecto y duración. Pídalas únicamente a la

Casa "Scarinci" - Florida 142

Privda. RELOJERIA LONGINES — Buenos Aires

Al efectuar su pedido cite *Fray Mecho* y tendrá el 10 o/o de Descuento. Los pedidos del Interior, sea por carta o por telegrama, son atendidos en el día. A los clientes del Interior concedemos el derecho de cambiar, si el artículo no fuera a satisfacción.

Al señor Martiniano Leguizamón.

Cuando llegaba el día de la marcación de los terneros, hacíamos la fiesta campestre más hermosa para el paisanaje de aquellos tiempos. Teníamos unas leguas de campo en la Concordia, y bordeando la cuchilla grande, parábamos tres rodeos de algunos miles de vacas.

La fecha fijada era generalmente abril o mayo, época en que casi no hay moscas; invitado el vecindario, y aun los amigos más lejanos, empezaban a caer a Salinas unos o dos días antes. Don Martín Cáceres, con su tropilla de bayos era de los primeros, se acompañaba con dos peones muy camperos y hábiles enlazadores; luego iban llegando los Echazarreta, con puros picasos y una madrina tobianá; los los Páez, con alazanes, los Troncoso con sus zainos; de Santa Juana, estancia del Coronel Santa Cruz ya lindando casi con Corrientes, caían muchos convidados y voluntarios con tropillas entabladas de pelo, correntinos, orientales y hasta algunos brasileños de Río Grande del Sud, con overos y tobianos, con las colas atadas allá, donde "canta o galo".

Tampoco faltaba algún porteño que se distinguía por la manera de llevar el lazo arrollado en los tientos de adelante. Hacíase un campamento rodeando la población y los corrales, aprovechando el reparo de algún viejo galpón y la sombra de los algarrobos; las tropillas con buen pasto no se alejaban por tener las madrinas con maneas en las patas.

Algunos de los convidados pasaban hasta las casas y hacían rueda con los dueños de la estancia. Con la primera luz del día siguiente se escuchaba en el campo los gritos de los peones y comedidos que, ayudados por los perros, conducían la hacienda al rodeo, situado en la falda de la cuchilla. A una cuadra y media, más o menos, se paraba una carreta y las pilas de leña, algún carro chico con asadores y parrillas, galleta, yerba y demás elementos necesarios como para comer cuatro vaquillonas con cuero, que, en seguida caían en los fogones preparándose el almuerzo general.

Como saben los mayores, las yerras se hacían a campo abierto y los enlazadores entraban al rodeo por parejas con sus lazos armados. Arreaban un ternero hasta hacerlo pisar la orilla del rodeo, en cuyo instante lo atropellaban asustándolo campo afuera, y una vez dirigido a favor del viento, el jinete de la derecha le hacía medio al de la izquierda, quien, revoleando el lazo y ya en dirección al rodeo, hacía su tiro con una gran armadura que luego se cerraba en el cogote o en las aspitillas del ternero, dejando

libre las orejas. Si erraba, seguía corriendo y recogiendo su lazo para ayudar al compañero, era raro ver volver un ternero al rodeo sin marcar; en esta forma trabajan las parejas hasta traer los orejamos a la

res de a pie, no daban abasto; más de una vez aflojaban de cansados, pero en mirándoles una gaucha con un mate, o brindándoles un trago, pronto se rehacían.

¡Que encanto amigo, eran esos

Recuerdos de antaño

LA YERRA EN MI PAGO

El niño y la barquilla

En un batel ligero descendía
El río por vez primera
Un muchacho inocente,
Llevado por las aguas raudamente,
Y a su padre con susto le decía:
—¡El castillo se va por la ribera!...
¡Aquella casa corre!...
¡Y la iglesia se huye!... ¡Señor cura!
¿Se queda usted así? ¡Quién nos socorre!
Mas ¿cómo tal prodigio a nadie apura?
El cura sonrió; mas el efecto
Que al muchacho causó tanta sorpresa,
Explicarle no pudo, gran defecto
No es hallarse en la física muy fuerte,
Ni en repentina explicación se expresa,
El óptico fenómeno. Un anciano,
Viendo a todos reír del pobre niño,
Exclamó de esta suerte:
—¿Cómo tanto os burláis de su inocencia,
Cuando somos más simples? ¡Mano a mano,
No tenéis una grata complacencia
En el festivo día,
Olvidando el trabajo fatigoso,
En que os den al espíritu alegría
Los tragos de un licor dulce y sabroso?
Cuando os dais a la risa, os dais al canto,
Entonces con anhelo,
En esos ratos de placer tan cortos,
Y que os agradan tanto,
En vuestro goce y bienestar absortos,
¿No sois de la barquilla el muchachuelo?
Si el reloj nos avisa
La hora, imperturbable, murmuramos:
¡Pasa el tiempo de prisa!
¿Y quiénes son más bien los que pasamos?

FUMARS.

marca, donde previo pial de volcao, y el grito de "apriete cuñao" le tomaban las patas y después de señalado, le ponían la marca.

Los terneros enlazados se sucedían unos tras otros y los agarrado-

días de la marcación de los terneros! ¡Qué hazaña más graciosa ver a un paisano correr en el verde llano, detrás de un ternero como luz! y en toda la furia del pingo maestro revolear un lazo de 18 brazadas

con un cascabelito en la argolla, y al impulso vigoroso tirar la cuerda arriba desparramando los rollos como bandada de pajaritos, hasta cerrar la armada en los cachitos del ligerísimo ternero. Al verlo venir ya se preparaban los comedidos de a caballo para un elegante y difícil pial por sobre el lomo; esto no era para todos por el temor de errar a la vista de tanta gaucha bonita, de manera que esos pialadores eran muy celebrados cuando, con oportunidad y limpieza, volcaban un ternero cerca de la marca. También lo hacían los de a pie y hasta de payanca, pero la operación no resultaba tan interesante como de a caballo.

La yerra duraba dos y tres días; las tropillas quedaban delgadas y rendidas, se habían marcado tal vez, dos mil terneros, pero el gaucho se quedaba con ganas; se ponía el sol y se suspendía el trabajo hasta el siguiente día, para continuar en la misma forma del anterior; venía la noche y como casi todos se quedaban, muchos casi amanecían guitarreando aires nacionales, o comentando las hazañas del día, alguna quebradura, la rodada de don Valerio, que salió parao con el cabestro en la mano, y tantas otras ocurrencias propias del medio ambiente.

Se había hecho, pues, un trabajo de importancia, y no habíamos tenido gastos, pues hubiera sido una ofensa pretender pagar al personal que había cooperado en cualquier forma, durante la yerra; era cosa establecida en casi toda la campaña de Entre Ríos esa ayuda mutua entre los vecindarios de las estancias, y resultaba una gran ventaja para todos los hacendados y un esparcimiento interesante y grato para el paisanaje.

La evolución del progreso ha traído el refinamiento de las haciendas y hoy se tiene el mayor cuidado en la administración de los intereses ganaderos; ya no se enlaza ni se piala, ni queda casi quien lo sepa hacer; en la Banda Oriental, Entre Ríos, Corriente, Santa Fe y Buenos Aires, especialmente en la campaña de estas provincias, fué donde más se destacaron nuestros gauchos haciendo proezas con el lazo y sobre el caballo de su crédito.

Los tiempos han cambiado: ahora se corre un zorro imaginario y se juega a la pelota de a caballo.

¿Cuál de los ejercicios híplicos conocidos ha superado a los mencionados o a un tiro de bola a un avestruz, en las correrías del desierto? Los viejos argentinos que aprendieron a montar jineteando potrillos y terneros en las trillas y en las yerras, esos tienen la palabra.

Malvabuena.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

V. T. 423, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre. . . \$ 2.50	Trimestre. . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre. . . 5.00	Semestre. . . 6.00	Semestre. . . 4.00
Año. . . 9.00	Año. . . 11.00	Año. . . 8.00
N.º suelto. . . 20 cts.	N.º suelto. . . 25 cts.	
N.º atrasado. 40 "	N.º atrasado. 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, celebradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande. cada tomo	\$ 12.—	3.70
" " " chico. " " "	8.—	3.—
Tapas sueltas " " grande. " " "	0.—	2.—
" " " chico. " " "	8.—	1.50

Han sido descubiertos noventa de los noventa y dos elementos que constituyen toda la materia del Universo

Excepto dos, todos los elementos o cuerpos simples que componen toda la materia existente en el Universo, han sido hallados. Según la escala atómica teórica, hay noventa y dos elementos.

El profesor B. S. Hopkins, de la Universidad de Illinois, ha descubierto el elemento número 61 de la escala, al que se ha dado el nombre de Ilinio. Falta descubrir todavía los números 85 y 87.

Antiguamente, y por muchos siglos, se creyó que había sólo cuatro elementos: fuego, aire, tierra y agua. Esta concepción simplista de la materia fué al fin abandonada, y a mediados del siglo pasado la ciencia creía que los elementos eran innumerables. Actualmente afirma que son noventa y dos.

En estos momentos la actividad de los principales laboratorios químicos de todo el mundo, estimulada por el reciente descubrimiento del elemento número 61, se concentra en la búsqueda de los correspondientes a los números 85 y 87.

LOS ALQUIMISTAS MEDIEVALES ACERTARON EN UNA TEORÍA FUNDAMENTAL.

Aunque parezca extraño, en la investigación moderna de los elementos se ha comprobado que los métodos de los alquimistas medievales en un tiempo perseguidos y luego ridiculizados, han producido resultados de considerable valor. En cierto grado, esos métodos han sido seguidos por los químicos modernos. Los alquimistas creían en la existencia de una ley en cuya virtud era posible transmutar un metal a otro. La más reciente investigación científica ha confirmado esta teoría.

La rapidez con que en los últimos tiempos se ha completado la escala de los elementos, se debe en gran parte al descubrimiento de los minerales radioactivos. En 1896 el físico francés Becquerel descubrió que un mineral raro llamado "pitchblende", impresionaba una placa fotográfica aun después de envuelto en un papel negro y otras cubiertas.

Este sorprendente efecto era debido, al parecer, a que el mineral emitía ciertos rayos invisibles.

El profesor Pierre Curie, de París, y su esposa, dedicaron sus vidas al estudio de este mineral. En 1898 obtuvo de él el radium, y su descubrimiento fué prontamente seguido por el de otros tres elementos radioactivos: el polonio, el acrinio y el nito, y por comprobación de que otros dos elementos ya conocidos — el uranio y el torio — eran también radioactivos.

Poco después, el químico inglés sir Henry Rutherford, y el dinamarqués Nils Bohr, formulaban una teoría de la estructura de los elementos químicos, según la cual

todos ellos se componen de las mismas partículas simples. Ambas partículas son eléctricas. Una de ellas se llama proton y es de electricidad positiva. La otra, llamada electrón, de electricidad negativa. Se cree que la diversidad de elementos se debe a que sus átomos están compuestos por la diversidad de número y de disposición de esos protones y electrones.

CADA ATOMO ES UN SISTEMA PLANETARIO

La disposición de los átomos de los elementos tiene muchas seme-

¿PORQUE HAY SOLO NOVENTA Y TRES ELEMENTOS

El doctor Frée, de la Universidad de Illinois, dice: "Elementos que contengan 93 o más electrones planetarios, serían demasiado complicados para existir en las actuales condiciones. Aun el uranio, que es el número 92, y los elementos que le preceden, son ya radioactivos, lo que significa que sus elementos son inestables y se están separando lentamente".

En 1920, cuando se aceptó esta concepción de los átomos de los elementos, faltaban seis números: 43, 61, 72, 75, 85 y 87. En 1923, el doctor Coster y el doctor Hovesy, colaboradores del profesor Bohr, aplicaron la nueva ley de la estructura atómica en la búsqueda de los elementos que faltaban.

Lograron descubrir el número 72, al que llamaron hafnio.

Dos años después, el doctor Noddack, de Berlín, empleando métodos similares, descubrió el 43, llamado masurio, y el 75, llamado renio.

EL SONETO

El puede ser capullo y flor y cieno,
ser avecilla que trinando pasa;
ser el fuego de amor que a todo abrasa
y de la madre el ardoroso seno.

Cabe en sus lindes el rugir del trueno,
suavidades de fe, de luz, de gasa;
puede ser grito de triunfante raza
o murmurio también del mar sereno.

Caben en él, rugiendo, las pasiones
que destrozan doquier los corazones,
lo que el mundo concibe y no concibe;

el dolor, la maldad, la risa, el llanto,
y hasta el gesto sublime de algún santo...
Todo está en que así lo haga quien lo escribe.

JOSÉ JUAN BIANCHI.

LOS DOS QUE FALTAN

Se supone que el 85 que falta, es similar al conocido elemento yodo, y que el 87 sea de la serie de los alcalis, como el litio, el sodio, el potasio, el rubidio, el cesio, y, probablemente radioactivo.

El empleo del espectroscopio señaló un gran adelanto en el descubrimiento de los elementos o cuerpos simples desde 1861. Este instrumento descompone la luz blanca ordinaria en una serie de fajas de colores, como el arco iris: es el espectro. En el espectro de la luz del sol son visibles los colores básicos, y se observó que numerosas líneas oscuras cruzaban parte de la faja coloreada. Robert Bunsen y Gustavo Kirchhoff, dos famosos hombres de ciencia alemanes, comprobaron que esas líneas eran causadas por elementos químicos existentes en el sol. Líneas correspondientes, pero brillantes en vez de oscuras, habían sido vistas en el espectro de llamas en el laboratorio. Esas líneas indicaban la presencia de conocidos elementos químicos, tales como el potasio, y el sodio.

"Sarmiento"

Asociación Protectora de Animales

Santiago del Estero 649

Presidentes:

JOSÉ PEREZ MENDOZA

Oficinas, Hospital y Consultorio

Horario de Consultorio:

de 9 a 11 y de 16 a 18 horas

Consultas por cartas sobre animales enfermos se contestarán gratuitamente en el día, a las personas domiciliadas fuera de la Capital.

Bunsen y Kirchhoff, en 1861, identificaron en esa forma dos series de líneas de espectro que no habían sido vistas antes.

En los últimos cincuenta años se han descubierto más elementos que en los precedentes cinco mil años o más, de historia de la humanidad civilizada.

Ocho elementos, incluyendo metales como el oro, la plata y el cobre, fueron conocidos por los hombres prehistóricos.

LISTA DE TODOS LOS ELEMENTOS CONOCIDOS Y NUMERO ATOMICO

1 Hidrógeno.	47 Plata.
2 Helio.	48 Cadmio.
3 Litio.	49 Indio.
4 Berilio.	50 Estaño.
5 Boro.	51 Antimonio.
6 Carbono.	52 Telurio.
7 Nitrógeno.	53 Yodo.
8 Oxígeno.	54 Xenó.
9 Fluor.	55 Casio.
10 Neón.	56 Barlo.
11 Sodio.	57 Lantano.
12 Magnesio.	58 Cerio.
13 Aluminio.	59 Praseodimio.
14 Silicio.	60 Neodimio.
15 Fósforo.	61 Ilinio.
16 Azufre.	62 Samario.
17 Cloro.	63 Europio.
18 Argon.	64 Gandolinio.
19 Potasio.	65 Terbio.
20 Calcio.	66 Disprosio.
21 Escandio.	67 Holmio.
22 Titano.	68 Herblio.
23 Vanadio.	69 Tulio.
24 Cromo.	70 Iterbio.
25 Manganeso.	61 Lutecio.
26 Hierro.	72 Hafnio.
27 Cobalto.	73 Tántalo.
28 Níquel.	74 Tungsteno.
29 Cobre.	75 Renio.
30 Zinc.	76 Osmio.
31 Galio.	77 Iridio.
32 Germanio.	78 Platino.
33 Arsénico.	79 Oro.
34 Selenio.	80 Mercurio.
35 Bromo.	81 Talio.
36 Cripto.	82 Plomo.
37 Rubidio.	83 Bismuto.
38 Estroncio.	84 Polonio.
39 Itrio.	85 ?
40 Circonio.	86 Nito.
41 Niobio.	87 ?
42 Molibdeno.	88 Radio.
43 Masurio.	89 Actinio.
44 Rutenio.	90 Torio.
45 Rodio.	91 Uranio x
46 Paladio.	92 Uranio.

PAPEL Y TINTA

«Vida del conquistador del Perú don Francisco Pizarro», por Rómulo Cúneo - Vidal

Era ya tiempo de que un libro de esta índole, en el que se viesan reunidas las condiciones de un elevado discernimiento y de una narración desapasionada, escrita por un peruano, apareciese en el campo de las letras hispanoamericanas.

Esta obra singular lleva al frente un «Testimonio de gratitud» al ilustre historiógrafo señor Cúneo-Vidal, que, comisionado por el gobierno de su país, el Perú, escribió con cariño y absoluta imparcialidad la biografía de Pizarro, firmada por sus descendientes actuales.

El señor Cúneo-Vidal, escritor de gran prestigio, es individuo de número del Instituto Histórico del Perú, correspondiente de la Real Academia Española de la Historia, a más de otros títulos honrosos y merecidos.

«Donde nació el fundador de Buenos Aires», por Enrique Gandia. - Edición Roldán y Cía. - 1927

Se ha debatido y se debate siempre el origen de Juan de Garay, fundador de la segunda Buenos Aires. Los más conspicuos historiadores americanos, especialmente argentinos, han intervenido en la cruzada literario-histórica y no han llegado a ponerse de acuerdo. Hay, sobre Juan de Garay, diversas opiniones, pues mientras unos opinan que es castellano, otros afirman que es vasco.

Enrique de Gandia, joven escritor argentino, amante de las investigaciones históricas, acaba de publicar un libro con el título que sirve de epígrafe a estas líneas. Antes de su publicación, Gandia había mandado el original al Segundo Congreso Internacional de Historia y Geografía de América y los doctos señores allí reunidos declararon que era obra recomendable y de interés. En su libro llega este escritor a la conclusión de que Juan de Garay nació en Orduña, Vizcaya, y para atreverse a hacer esta manifestación categórica, baraja nombre y pueblos con pasmosa facilidad. Ha recorrido media España, de archivo en archivo, consultando, además, los Archivos de Buenos Aires y de Asunción.

Es, de seguro un libro que ha de provocar nuevos debates, pues las afirmaciones de Enrique de Gandia, para ser refutadas, merecen un estudio concienzudo.

«Historia de las guerras de los últimos Incas peruanos contra el poder español», por Rómulo Cúneo - Vidal

El libro titulado «Vida de don Francisco Pizarro» pedía una «continuación», en la que se viesan historiadados los treinta y siete años de resistencia contra la dominación española, iniciada por Manco

II, y continuada por Sayri Tupac, Tito Cussi Yupanqui y Tupac Amaru I.

El ilustre autor de la «Vida de don Francisco Pizarro» escribió, como complemento de ésta, una nueva obra, cuyo título encabeza estas líneas.

Noticias literarias

La editorial «Nuestra América», que publica la interesante revista de arte y vinculación indoamericana que da nombre a la editorial, en breve lanzará a la circulación varios títulos de autores americanos.

Raquel Sáenz, la exquisita autora de «La almohada de los sueños», está preparando un nuevo libro, al que aún no ha puesto título. En la reciente visita que le hicieron algunos escritores argentinos, manifestó su viva simpatía por nuestras letras, agradeciendo el interés dispensado por nuestros críticos a su obra intelectual. La señora Sáenz nos visitará pronto.

El poeta Vicente Bove está preparando un nuevo volumen de poesías, al que aún no ha puesto título. Como se recordará, la segunda obra de este autor, titulada «Olimpicas», fué prologada por don Manuel Ugarte, el notable escritor argentino, residente actualmente en Niza.

María Alicia Domínguez dará muy próximamente a la imprenta su anunciado libro «La fiesta de los ecos», de cuyos poemas ofreció días pasados una lectura íntima, participando de ella conocidos intelectuales, entre los cuales figuraron don Francisco Villaspesa, Oscar R. Beltrán, Jorge Luis Borges, Eduardo María de Campo, Rosario Beltrán Núñez y algunos más.

Bodas de diamante de la casa Peuser

Conmemorando el acontecimiento de sus bodas de diamantes, recientemente cumplidas, la conocida casa Jacobo Peuser ha editado un lujoso álbum ilustrado, donde se sintetiza el historial de su larga actuación comercial en la República. Dicho volumen, que consta de cerca de cien páginas, en riquísimo papel cartulina, correctamente impreso e ilustrado con numerosos grabados de notable nitidez, constituye un verdadero alarde de perfección gráfica y una acabada muestra del alto grado de progreso alcanzado en las artes gráficas por el establecimiento que nos ocupa.

Además, según nos comunica la dirección de dicha casa, ha querido, con motivo de la fecha que acaba de celebrar, dejar incorporada a sus prácticas una acertada iniciativa, digna de loa, por cuanto ella propende al progreso cultural

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Amadeo Natale
Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7892, Avda 18

Dr. Juan E. Carulla
Médico del Hospital Alvear
ATIENDE ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi
OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4728, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan
DENTISTA CIRUJANO
DE 14 A 18 SAENZ PEÑA 210
U. T. 88, Mayo 6837

Dr. A. R. Zambrini
Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y oídos del Hosp. San Roque
VIA MONTTE 728 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano
Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebilleau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1875 U. T. 8057, Junco
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pinto
Del Hospital Rawson
MATRIZ, OVARIOS Y CIRUGIA
DE SENORAS
B. MITRE, 1266. U. T. 422, Adrogue
ADROGUE

Dr. ELOY A. ESCOBAR DAVIO
Médico oficial del Círculo de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club.
RIVERA 1278
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. Chacrita 2612

del país, estimulando la producción intelectual entre los escritores residentes en la República. Al efecto ha instituido un concurso literario, bajo la denominación «Premio Peuser», dotado con importantes premios en efectivo, que se realizará anualmente, bajo las condiciones que nos complacemos en transcribir a continuación:

BASES DEL CONCURSO LITERARIO

La Casa Jacobo Peuser, Lda. abre un concurso de cuentos o novelas breves, para escritores radicados en el país, sin limitación de tema, pero sugiere a los autores la preferencia por asuntos que contemplen aspectos de nuestra vida nacional.

Las obras tendrán que ser inéditas y no podrán tener una extensión mayor que la que corresponde a la impresión de cincuenta y seis páginas, en formato 13 1/2 x 17 1/2 centímetros, y tipo cuerpo diez, que equivale a cincuenta carillas de tamaño carta escritas a máquina.

Los originales deberán ser escritos a máquina, por duplicado y firmados con un lema o seudónimo; en sobre adjunto se repetirá el lema o seudónimo y dentro de él se remitirán el nombre y firma autógrafa del autor y su domicilio. Esta remisión deberá ser hecha con la siguiente dirección: «Casa Jacobo Peuser, Lda. (concurso literario), Cangallo 502, Capital Federal», y los originales para ser tomados en cuenta deberán ser recibidos antes de las 19 horas del día 20 de junio de 1927.

Se otorgarán tres primeros y únicos premios:

- 1.º 1.000 pesos
- 2.º 500 „
- 3.º 250 „

Las tres obras premiadas serán editadas en un solo volumen por la Casa Jacobo Peuser, Lda. La edición será de tres mil ejemplares y si ésta llegara a agotarse dentro del primer año, se imprimiría una segunda edición.

La Casa Jacobo Peuser, Lda., administrará la o las ediciones y, cubiertos los gastos de impresión y comisión de librerías, entregará a los autores en la misma proporción de los premios el remanente que hubiere, durante el primer año siguiente a la fecha de la aparición del libro. Pasado este plazo el libro correrá por exclusiva cuenta de la Casa Jacobo Peuser, Lda.

Los premios serán discernidos por un jurado formado por los señores Roberto F. Giusti, Fernán Félix de Amador, Ricardo Gutiérrez (Arturo Giménez Pastor y un quinto miembro cuya designación se ha pedido al Círculo de la Prensa.

Hemos recibido

Boletín del Instituto Geográfico Argentino. Septiembre-diciembre de 1926.

Banco Municipal de Préstamos. Memoria y balance. Ejercicio 1926.

Mutualidad del Tranvía Anglo-Argentino. Memoria anual de la comisión directiva, correspondiente al décimoseptimo ejercicio financiero.

Vigésimotercer Anuario Anual Fox Film para la temporada 1926-1927.

TEATRO LIBRE

Con esta denominación acaba de constituirse una institución artística que se propone dar representaciones de obras de teatro en una sala central, bajo la dirección artística del conocido periodista y crítico teatral, Sr. Octavio Palazzolo.

"Teatro Libre" hará una campaña en pro del verdadero arte teatral y sus propósitos están enunciados en la siguiente "declaración", que han formulado sus iniciadores:

"Hasta el presente, el teatro nacional ha vivido casi ajeno a todo propósito de arte y renovación. Los movimientos innovadores que dieron impulso vivificante al teatro europeo y que ha tenido, en países como Rusia, su más alta expresión, apenas si ha motivado entre nosotros el interés del comentario periodístico, inconsistente y fugaz, y una que otra manifestación aislada nacida al calor de una finalidad artística y de servil imitación. Nuestro teatro — damos a este concepto una extensión continental — excepto la contribución vigorosa de un par de espíritus francamente revolucionarios que le dieron categoría intelectual en ya lejana época, sólo existe como industria lucrativa y provechosa. No representa nuestra intelectualidad, ni es siquiera exponente de las inquietudes espirituales, el teatro nacional no existe, porque vivió y vive regido por un fin comercial, ajeno a toda manifestación de arte y a todo ideal.

Frente a ese estado de indiferencia, por cuanto signifique ideas fundamentalmente renovadoras; en presencia de la perversión y relajamiento que caracteriza a nuestro teatro, cuya obra, huérfana de toda intención artística, contribuye a desorientar y envenenar el gusto del público, se impone la creación de un teatro independiente, que desarrolle su acción libre de toda traba, y desvinculado en absoluto de lo que constituye hoy el teatro oficial. Por consiguiente, los que suscriben esta declaración, dan por constituida la agrupación Teatro Libre, cuyos fines inmediatos serán:

a) Utilizar el concurso de un grupo de escritores, pintores e intérpretes que aspiren a la formación de un nuevo teatro, y a quienes les preocupen más los intereses artísticos que los inmediatos;

b) Celebrar periódicamente representaciones teatrales, o temporadas estables cuando lo permitan sus recursos, con obras, intérpretes y material escénico de los que adhieran a los fines del Teatro Libre, incluyendo las obras extranjeras que caractericen un movimiento renovador;

c) Proceder de inmediato a una agitación previa, utilizando la tribuna pública para divulgar los principios y propósitos de Teatro Libre; y

d) Declarar órgano oficial de la institución a la revista "Claridad". — (Fdos.) Leonidas Barletta, Elías Castelnuovo, Guillermo Facio Hébequer, Octavio Palazzolo, Augusto Gandolfi Herrero, Abraham Vigo y Alvaro Yunque."

SIGUE LA RISA EN EL ARGENTINO

La gracia personal de Parravicini continúa proporcionando veladas gratísimas al público del Argentino. Hay momentos en que la



TEATROS



gente se ríe tanto, que llora. (Los extremos se tocan). La pieza de Velloso, "Una cura de reposo", parece destinada al centenar de representaciones consecutivas, por lo menos. De seguir así, Parra va a tener el "trust" de la risa...

UN PAJARO PARA EVITA

Viejos y noveles escritores escénicos se interesan por Evita Franco, la celebrada primera actriz de la compañía de la Comedia. Y es que la joven comedianta ha demostrado ya poseer un rico temperamento dramático, capaz de dar muchísimo realce a los papeles que en carne.

Es así como Martínez Sierra autorizó la representación de su bella comedia "La Pasión", donde Evita se luce extraordinariamente y que al ser interpretada atrajo numeroso público a la sala de la Comedia.

Para evita ha escrito su primera obra teatral el periodista Sr. Guillermo Zalazar Altamira. Se titula "Un pájaro en la nieve", bonito título que hace esperar una bonita obra. Amén.

LEYENDA CRIOLLA PARA EL SOLIS

Los conocidos autores Oscar R. Beltrán y Salvador Riese han escrito en colaboración, una leyenda gaucha, en verso, titulada "El payador", que al ser leída al maestro Carrillero gustó sin reparos, pronosticándose desde entonces un buen éxito. En breve será puesta en ensayo, para ser estrenada en el corriente mes.

LA BERUTTI

Salvo postergación, ha debido el viernes reaparecer ante nuestro público, desde el escenario del Ateneo, la aplaudida tiple Inés Berutti, primera figura de una compañía de operetas que daría su primer espectáculo con "La Bayadera", del maestro Kalman.

En nuestro próximo número aludiremos a este nuevo elenco que quiere restaurar el género entre nosotros, un poco olvidado en esta temporada.

COSAS RARAS

Que el nombre no hace a la cosa es una verdad muy cierta, y en cuestiones de teatro aumenta más su certeza. Está bien que en el Apolo Ratti, el feo, se envanezca, que en el Smart esté Blanca con su elegancia y belleza, que en el Buenos Aires Muñio parezca criollo de veras, que den en la Opera cine, sainetes en la Comedia y revistas en los circos y en los cines operetas, pero que el teatro Sarmiento no obstante el nombre que ostenta sirva de sede a revistas, ¡qué revistas, Santa Eufemia!, es una cosa que a todos debiera darnos vergüenza. ¡Si Domingo F. Sarmiento levantara la cabeza!

PINCHO.

LA CATEDRAL DE LAS REVISTAS

Decididamente, el teatro Maipo se ha erigido con el pontificado de la bataclanería. La presentación de

las revistas que es, en suma, el nervio vital del género, es un problema que ya no tiene incógnitas para la empresa de esta sala. El buen gusto y el chic son siempre el mismo, y vencida la dificultad de conseguir y conseguida la plata que con el se consigue, ya está conseguido todo. Por eso la temporada del Maipo continúa en pleno auge con las dos revistas del debut. Por si fuera poco, no falta de vez en cuando una novedad como para atraer a los reacios, siendo la del día la famosa orquesta negra, cuyos alegres compases y disonantes acordes causan el encanto de los aficionados a estos espectáculos que están en boga en todas partes.

EQUIVALENTE

En el Nuevo, "Un buen muchacho", gusta al público y le gusta porque tiene un libro ameno y es agradable su música, y hay lindas chicas que bailan y luz y alegría y bulla y todo lo que hace falta para las obras que triunfan. El programa se completa con otra pieza muy chusca, "Tres chicas desnudas" que hacen por el mundo, de las suyas. En ambas secciones hay mucha gente y palmas muchas, de modo que puede hacerse esta sentencia inconcusa: Un buen muchacho equivale a tres muchachas desnudas.

TIRIN.

DOS BUENOS EXITOS

En el Nacional siguen dándose con buena fortuna "Cortafierro", el interesante sainete orillero de Vacarezza y "La proa", pieza novedosa y extraña de Martínez Cultiño, que mantienen el interés del público en todas las secciones. Es curioso que dos obras de tendencias tan antagónicas constituyan las dos columnas en que se sostiene una brillante temporada. "Cortafierro" es un sainete a la manera vieja de los sainetes criollos y "La proa" es una pieza moderna, renovadora, de inquietudes espirituales. Un habla por intermedio de sus personajes, el castizo lunfardo del suburbio porteño y la otra está animada por el soplo ideal de un espíritu culto y artístico, con algo de predicador y de visionario. Este pequeño símbolo de los gustos de nuestro público, demuestra que para él, todo lo que es bueno y tiene verdad y belleza, puede constituir parte integrante de un programa de de éxito.

BLANCA REPRISA

Blanca Podestá esta reprisando en el Smart viejas obras de éxito. "La montaña de las brujas", "Con las alas rotas", "El rosal de las ruinas"... Hace bien. Vale más lo bueno conocido que lo malo por conocer.

VOS RATTI

Las dos obras con las que este conjunto debutó en el Apolo, mantienen firmemente el éxito con que

fueron acogidas. Sobre todo, "Yo quiero un marido criollo" divierte extraordinariamente al público con sus pistorescas escenas y sus diálogos ingeniosos. Truculenta y todo, también "Buenos Aires la reina del Plata" atrae mucho público, merced a la labor interpretativa de los dos capos de la compañía y de Chela Cordero que da a su papel un valor personalísimo. Por de contado, que las simpatías de que goza este elenco, son una buena parte de su éxito.

PARRA Y SU CURA

"Una cura de reposo" Parra está haciendo, en virtud del éxito de Velloso y nunca, por mi salud, lo he visto tan trabajoso.

CORREO TEATRAL

AFICIONADO. — Aunque no correspondiera a esta sección su consulta, podemos decirle que Moratín no tiene nada que ver con Parravicini, porque éste no ha representado ninguna comedia del célebre autor español. Ahora bien. Si se refiere al caballo, podemos informarle que corre con los colores de stud de Parra. De modo que Parra no representa a Moratín, pero Moratín representa a Parra.

EL 5 DE MAYO...

...se inaugurará el nuevo tetro denominado Cómic, situado en la calle Corrientes, casi en frente del Smart. Será ocupado por la compañía de género chico de Luis Arata y la noche de la inauguración se estrenarán dos piezas: "Facha tosta" de Alberto Novión, director artístico del conjunto, y "El procurador Galiniano", sainete de Carlos Cabral y Eleodoro Peralta.

TEMPORADA DEL MAYO

Sigue trabajando con buena fortuna la compañía española Casenave-Hernández. La reprise de "La montería", de Guerrero, gustó y en tanto prepara la reposición de "Doña Francisquita", la bella comedia lírica del maestro Vives, acaba de intercalar una novedad, "Vaya jarana", parodia de "La Bejarana", que fué bien acogida y promete largo cartel.

GRAND SPLENDID

La marcha de la temporada de invierno en este bello cine, no acusa otra novedad que el mayor número de familias de la mejor sociedad que concurren a las funciones y se hacen en seguida "habitués". Para esta semana, conoceremos hermosas películas.

CAPITOL

Bonitos espectáculos cinematográficos ofrece esta importante sala, de largo tiempo atrás acreditada. El cartel de estos días será, como siempre, selecto.

CINE PARC

A las funciones que brinda este hermoso cine de Palermo asisten las mejores familias del barrio, atraídas por la excelencia de las películas que se pasan.



ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA

Marthe
Pinchart



1. Lindo vestido confeccionado en Georgette azul con ramos en los tonos de orquídeas. — 2. Vestido de Georgette color rosa marchita, con bordados de punto de seda en relieve. — 3. Traje sastre confeccionado en lana fantasía, color unido, azul "estera" y "beige". — NOTA: Estos modelos han sido especialmente ejecutados para FRAY MOCHO, por la acreditada casa Marthe Pinchart, de París.

ROPA DE CUERO

LA MEJOR Y MAS DURADERA
IMPERMEABILIDAD Y ABRIGO



TALABARTERIA - CURTIEMBRE

ARTICULOS DE VIAJE Y SPORT

Casimiro

Gómez

Bde de Trigoyen 165
BUENOS AIRES

San Martin 1150
ROSARIO

SACOS, BRECHES, CHALECOS, PATUCALOTES, BOMBACHAS, SOBRECOSOS, COVERCOATS, CAPADOS PARA SEÑORAS
TIÑOS, GUANTES, CORRAS Y SOMBREROS